

N.º 2 - II EPOCA



CUADERNOS

DE

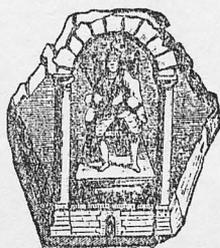
ESTUDIOS MANCHEGOS

CIUDAD REAL

T. Onuma '70

**Cuadernos
del
Instituto de Estudios Manchegos
Ciudad Real**

2.^a época :- N.º 2 :- Diciembre, 1971



Patronato "José M.^a Cuadrado"
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

**BERNARDO DE BALBUENA
EN SUS OBRAS**

por Cecilio MUÑOZ FILLOL

Conferencias pronunciadas por el autor, en el ciclo organizado con motivo del IV Centenario del nacimiento de Bernardo de Balbuena, en Valdepeñas, desde el 22 de noviembre al 31 de diciembre de 1968.

PROBLEMAS BIOGRAFICOS

LOS tratados de Historia de la Literatura y las introducciones eruditas a cualquiera de las obras publicadas de Bernardo de Balbuena vienen diciendo, por regla general, hasta ahora, que nació en Valdepeñas, provincia de la Mancha, cierto día ignoto de 1568, posiblemente de noviembre, ya que la única constancia oficial de su nacimiento, que se tuvo por legítima, es una partida de bautismo que expresa la fecha en la que fue bautizado en Valdepeñas: 22 de noviembre de 1568.

Algún autor afirma que nació el mismo día 22 de noviembre, mientras otros sitúan la fecha de su nacimiento unos ocho días antes, sin faltar los que aseguran que nació en los primeros días del mes. Pero en general han venido aceptando, casi todos, que nació en Valdepeñas.

En la copia de la partida de bautismo publicada por el excelentísimo Ayuntamiento de Valdepeñas en un folleto que con motivo de este IV centenario editó la Imprenta Municipal y que dice transcribir literalmente la partida que consta en el archivo parroquial de la Asunción, libro 3.º de bautismos, folio 305, vuelto, se lee:

«Lunes a veinte y dos del mes de noviembre del año mil quinientos sesenta y ocho años bauticé yo frey Juan Muñoz Prior de esta Iglesia Parroquial de esta villa a Bernardo hijo de Gregorio de Villanueva y de su mujer la primera Luisa de Valbuena. Su compadre el capellán Pedro Gallego. La comadre Juana de Valbuena. Lo firmé. Frey Juan Muñoz».

Esta es la partida que se consideró auténtica. El cronista de Valdepeñas D. Eusebio Vasco Gallego advierte ya la anomalía de figurar en todos los documentos y hasta en su firma como «Bernardo de Balbuena» quien debió llamarse lógicamente «Bernardo de Villanueva y Balbuena» y razona la irregularidad con la posible explicación de «haber tomado el apellido Valbuena de la madre, debido quizá a su madrina Juana de Valbuena».

El profesor norteamericano Van Horne, de la Universidad de Illinois, que ha estudiado en forma casi exhaustiva todo cuanto se relaciona con la vida y con las obras de Balbuena, dice que el propio D. Eusebio Vasco dudó ya de la autenticidad de la partida mencionada, y que ésta pertenece a un primo de Balbuena llamado **Hernando**, que los investigadores han transcrito por **Bernardo** a causa de la parecida caligrafía de ambos nombres, con evidente error.

Surgió, por consiguiente, la sospecha de que el Bernardo bauti-



Busto de Bernardo de Balbuena, obra del escultor Leonardo Martínez Bueno, instalada en la plaza de Balbuena, en Valdepeñas.

zado en Valdepeñas el lunes 22 de noviembre de 1568 no era la misma persona que escribió «El Bernardo», «Grandeza Mexicana» y «El Siglo de Oro en las Selvas de Erifile».

Ocurre algo parecido a la conocida disputa sobre si el Cervantes bautizado en la Iglesia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, es el mismo que escribió «El Quijote». En la partida de bautismo de Cervantes que yo he tenido ocasión de examinar en Alcalá, no figura el nombre de Miguel, que solo con tinta roja y caligrafía muy posterior aparece al margen. Se ha dudado mucho, y se sigue dudando de la autenticidad de la partida de bautismo de Cervantes.

Y era lógico que la misma duda surgiera en el caso de Balbuena. Van Horne infiere de documentos examinados en el archivo de Indias que Bernardo de Balbuena es hijo de D. Bernardo de Balbuena, natural de Viso del Marqués, y de Luisa Sánchez de Velasco, que no era precisamente su esposa, por lo que Balbuena es hijo ilegítimo. D. Bernardo de Balbuena senior, funcionario que vivía en México, en uno de sus viajes a España debió tener relaciones adúlteras con la expresada Luisa Sánchez de Velasco o Luisa de Velasco, en Valdepeñas, de las que nació Bernardo junior que quedó en su pueblo natal después de reintegrarse su padre al trabajo que realizaba en México.

Van Horne cita la publicación mexicana «Excelsior» y un estudio que vió la luz en dicha revista los días 14 y 15 de marzo de 1927, titulado «Un poeta mexicano reintegrado a su patria», donde dice su autor, V. Salado Alvarez, que Balbuena nació en México. Tal afirmación estaba bastante fundada, puesto que su padre Bernardo de Balbuena vivía en México, al parecer, cuando nació el poeta, pero no fué en 1568, sino, aproximadamente, en 1562. Van Horne deduce tal año con acertada idea y autorizando su opinión con pruebas documentales obtenidas en el archivo de Indias. Los argumentos del erudito norteamericano son las declaraciones de Balbuena en un proceso, donde se dice que tenía 50 años en 1612 y que parece impropio —y este razonamiento lo consideramos más débil— que a los 17 años obtuviera premio en los certámenes poéticos que en México se celebraron.

En el proemio de «Grandeza mexicana», entre los versos que publica Balbuena en alabanza de su obra, figuran unas redondillas de D. Francisco de Balbuena Estrada, «hermano del autor», dato que parece no haber sido debidamente considerado por los investigadores y ante el que puede inferirse que D. Francisco de Balbuena era hermano de padre del poeta y tal vez hijo legítimo de D. Bernardo.

Sea lo que fuere, lo cierto es que hay motivos para dudar, y se ha dudado mucho, del origen de Balbuena. Van Horne afirma que nació en España pero muy tímidamente admite que naciera en Valdepeñas, ya que no existe ninguna prueba escrita que lo asegure. En el archivo parroquial de la Iglesia de la Asunción no aparece,

desde luego, su partida. Pero habiendo desaparecido varios libros de nacimiento de aquellos años, puede pensarse que en ellos estaría consignado el bautismo del ilustre poeta. Por otra parte y a mayor abundamiento, se conservan testimonios de tener familiares en Valdepeñas. D. Eusebio Vasco, en «Valdepeñeros ilustres», reproduce el fragmento de un testamento otorgado por Mateo Martínez Castellanos, natural de Valdepeñas, en 21 de junio de 1623, ante el escribano Bernabé de Castro, y dice:

«Item declaro yo a mi primo D. Bernardo de Balbuena Obispo de Puerto Rico y según sus cartas me ofrece muy buenas premisas especialmente ahora que ha tomado la posesión de dicho oficio medice y ofrece buena paga con acrecentamiento y así digo que confiando en su persona y dignidad si en algún tiempo enviare algún dinero dél se quite un censo que contra mi tiene el convento y monjas franciscanas de la villa de la Membrilla».

Otro pariente de Balbuena es Miguel Sánchez Cejudo, religioso profeso de la Orden de Calatrava, valdepeñero bautizado el 11 de octubre de 1578 y elogiado por Lope de Vega en el «Laurel de Apolo». Dedicó un soneto a «su primo Bernardo de Balbuena», con motivo de El Siglo de Oro», que figura también en «Valdepeñeros ilustres» y que se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional.

No voy a ser yo quien niegue a Valdepeñas la gloria de contar entre sus hijos a tan eminente autor. Pero quiero afirmar que tal gloria no está plenamente justificada con la partida de bautismo que conocemos, con la lápida en mármol que hay en la parroquia de la Asunción, con los documentos exhumados por Van Horne ni con los estudiados por D. Eusebio Vasco. Hay otras razones que voy a exponer aquí para demostrar que es Valdepeñas la cuna de Bernardo de Balbuena y que son, a mi juicio, razones de mayor gravedad.

Entiendo que la investigación erudita ha postergado estas razones a la documental, cuando debió proceder al revés. Es decir: después de haber aceptado la afirmación de Balbuena en «El Bernardo» de haber nacido en Valdepeñas, entonces y sólo entonces podemos asegurar que esta ciudad fué su cuna, no obstante no corresponder a Balbuena la partida de bautismo conservada en el archivo Parroquial de la Asunción y considerar bastante nebulosas las otras pruebas documentales.

Porque sabemos poco, muy poco, de la vida de nuestro poeta. Como acontece con otros autores, por ejemplo, con el Arcipreste de Hita, su biografía no tiene más vigencia que la posible interpretación de su vida a través de su obra, ya que ésta se deriva de aquélla. Y así yo pretendo encontrar en la obra de Balbuena datos y huellas para interpretar su biografía. Que no hay ningún autor que no haya

dejado escapar en sus obras alguna fluencia biográfica más o menos intensa, disimulada o consciente.

En primer lugar las impresiones alusivas al cuadro de su tierra, a la ubicación de su orto, si bien por si solas no justifican el lugar de su patria, nos orientan a considerar en la imaginación y en la fantasía del autor un sedimento psíquico potenciado de vivencias del campo manchego.

En el libro 7.º de «El Bernardo» dice:

«La noche toda navegando fuimos
a vela y remo, y cuando el alba abría
en el oriente de oro los racimos
de que se cuaja y enguinalda el día».

Se acordaba, pues, de los racimos, y aunque la alusión parece muy vaga, nos la presenta en una metáfora marina de alborada, que muestra un contraste de sabor extrañamente lírico, como si quisiera pensar en una estampa de su tierra, tan continental, sobrepuesta a la imagen del océano. ¿Pensaría Balbuena en una «Valdepeñas del mar»?

En el libro 8.º desliza otra alusión, ya más directa:
«la vendimia en agraz y en flor los ciega».

Y en el libro 10.º:

«Como el gañán que la alquilada yunta
con el seco rastrojo desvolvía,
perdida la dejó la corva punta
que entre los surcos más el sol lucía».

Esto parece ya una fotografía instantánea del campo manchego. En el libro 16.º, cuando el mago Malgesí va mostrando la tierra desde el barco volante, pone en boca del mago lo que sigue:

«Y el humilde gañán rompiendo el suelo
con la yunta de bueyes alquilada,
de tan nuevos portentos asombrado,
a la manquera se quedó arrimado».

Y más adelante:

«aquí un fértil sembrado, aquí un majuelo,
allí un lagar de vino, allí de aceite»...

Aparece después la explícita confesión de haber nacido en Valdepeñas, en este mismo libro 16.º. No es extraño en los autores que proceden del Renacimiento, la exposición de un autobombo engolado que bebieron en las fuentes clásicas. No pueden sorprender estas autoexaltaciones egolátricas a quienes han leído a los poetas latinos y griegos. Así Balbuena conoce bien a Horacio y a veces lo imita. Y Horacio, en uno de sus cármes, se describe transformándose en

cisne para volar en la inmortalidad. Balbuena también, amplificando su verbo con presunción de celebridad inmortal, anuncia su nacimiento —no su muerte— con la misma imagen horaciana del cisne.

No cita, precisamente, a Horacio. En la extensísima carta al Arcediano que precede a «Grandeza mexicana», donde asegura que «es en toda lección antigua muy ordinario comparar los sabios a los cisnes», se funda en Cicerón y en otros autores, con citas numerosas y diversas. Pero que conocía profundamente a Horacio está probado por otra serie de citas de este autor latino en la misma carta al Arcediano, a la que nos venimos refiriendo.

Describe, en primer lugar, la Mancha en las inmediaciones de Valdepeñas, en las proximidades de Granátula, en palabras del ya mencionado mago francés Malgesi:

«Aquella verde mancha de hermosura
que allí corre en floridos arcos bella
es la que heredó el nombre y la frescura
de las manchadas flores que hay en ella.
Del claro Javalón el agua pura
allá entre juncia y concha vá; y aquella
es la célebre Oreto, cuyos llanos
los pueblos ocuparon oretanos».

Téngase en cuenta que el mago Malgesi profetiza desde una época en la que no existía Valdepeñas aún. La escena del vuelo mágico de Malgesi hay que situarla en el reinado de Alfonso II el Casto y en las inmediaciones de la batalla de Roncesvalles, que tuvo lugar en el año 778. Por eso no menciona Valdepeñas, porque no puede hacerlo, porque no existía. Pero tampoco es necesario. Anuncia con tal propiedad, para siglos futuros, su nacimiento en un lugar cuya ubicación ha querido que no pueda ser motivo de ninguna duda:

«De aquel valle amenísimo de peñas,
ahora humildes chozas de pastores,
que el claro Javalón las verdes greñas,
de rosas viste y de pintadas flores,
un cisne nacerá de alas pequeñas,
que si el tiempo las llega a ser mayores
la fama hará de ellas por memoria
del valor vuestro una inmortal historia.
Ya en mi esperanza el tierno fruto veo
de dos mirtos salir parto fecundo,
y del sol imitando el gran rodeo,
los golfos desvolver del mar profundo,
y por colmo a mi altísimo deseo

cruzar le veo el viejo y nuevo mundo,
juntando de ambos, para el grave acento,
lo de mayor sustancia y fundamento».

Después de leer estas dos octavas reales de «El Bernardo», la afirmación de su nacimiento en Valdepeñas, en «aquel valle amenísimo de peñas» y junto al «claro Javalón», no puede contener una exactitud más diáfana. El «cisne de alas pequeñas», el que obtendrá la fama, el que cruzará «el viejo y nuevo mundo», por el camino del sol, es nuestro poeta, descrito por él mismo, con sus datos biográficos que tanto nos agobian, en la fantasía de un mago francés, creado por su imaginación, y que habla 800 años antes de convertirse en realidades tales augurios. Más adelante insiste en el libro 17.º, pero en términos mucho menos concretos:

«de un ramo de laurel desta floresta
en una nacerá de dos Castillas:
a vuelta de otros cisnes una pluma
que a tus hechos dará compendio y suma».

No puede, repetimos, mencionar a Valdepeñas, porque en el lugar que hoy ocupa Valdepeñas, en el siglo VIII sólo podían existir «humildes chozas de pastores».

Es evidente que conocía Balbuena ya las excelencias del vino de Valdepeñas y sin embargo no lo menciona tampoco cuando pondera los vinos de España, para no incurrir en anacronismo:

«sus vinos (exceden) al falerno y al greciano,
de Yepes, San Martín, Ocaña y Pinto;
Alanís, Rivadavia, Coca y Toro
de humana ambrosía celestial tesoro».

En cambio, como hemos visto, cita a Oreto, que ya existía. Y a Almagro, que existía también. Y menciona las aguas agrias de La Nava, en las inmediaciones de Almagro:

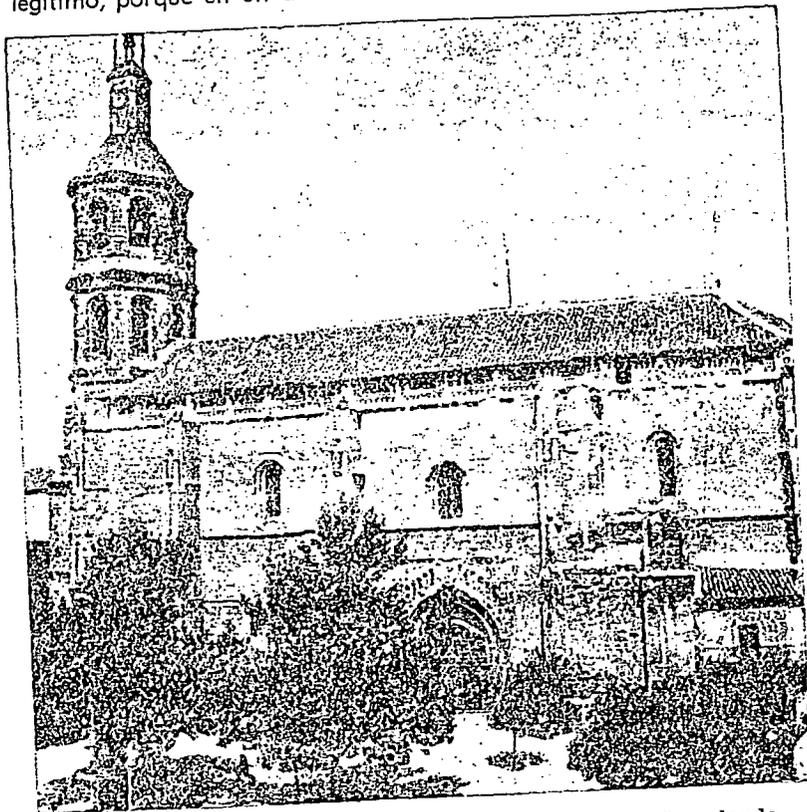
«allí Almagro nos dá su agua exquisita
y La Nava el suave licor frío.
que en dulce gusto el agrio que destila
la ijada sana, el bazo desopila».

Propiedades terapéuticas posibles de las aguas de La Nava que, como las del Peral, de San Joaquín, de la Gredera o de los Agonizantes eran preconizadas por sus cualidades diuréticas, según la creencia, nada descaminada, de aquellos tiempos. Estas aguas son de origen volcánico, como la contextura geológica de nuestra península.

No existe, pues, la menor duda de que el poeta confiesa su nacimiento en Valdepeñas. Solamente después de esta declaración y

cómo consecuencia de su contenido, tiene vigor la certidumbre de que nació en Valdepeñas y cobran cierta consistencia algunos documentos alegados en tal sentido.

Van Horne ha probado, como ya hemos visto, que no era hijo legítimo, porque en un documento se ponen reparos a su nombra-



Fachada sur de la iglesia de la Asunción, en Valdepeñas, donde fue bautizado Bernardo de Balbuena.

miento para altas dignidades eclesiásticas, fundados en ser hijo ilegítimo, ni siquiera hijo natural legitimado por matrimonio posterior de los padres. No obstante su oscuro origen, pudo constituir para él un orgullo apellidarse Balbuena, porque significaba un timbre de gloria que pretende colgar a su genealogía. Si rastreamos analíticamente en el contenido del libro 19 de «El Bernardo», en el

que glosa formalmente todo un tratado de heráldica, nos encontramos con el origen que Balbuena, poco afortunado por cierto, trata de aplicar históricamente a sus precedentes ancestrales:

«Destos dos troncos, la tercera rama
Vela y Martel serán, después Valbuena,
que al castillo Ferral al brazo y fama
la insignia subirá de trabas llena:
más la enemiga de quietud que trama
la humana estambre al pulso de su vena,
con la potencia de Baeza y Baza
rendir le hará la conquistada plaza.

Y él, ya ofendido del contrario hado,
sus armas renunciando y su apellido,
a eremítica vida retirado,
nada parecerá de lo que ha sido:
aquí de vanos faustos descartado
a los firmes de cielo reducido
del valle ameno y de su dicha buena
de Vela el nombre trocará en Valbuena».

Hemos de convenir en que la calidad histórica del pasaje es forzosísima e inconcreta. El castillo Ferral es Castro Ferral, cuyas ruinas todavía existen y hemos estudiado profusamente en las intermediaciones de Despeñaperros. Baeza y Baza parecen aludir a episodios de la batalla de las Navas de la Losa. Pero el **valle ameno** donde se retiró su ancestral es Valdepeñas, y el trueque de Vela por Valbuena después del exilio eremítico nos hace confirmar la hipótesis de que se cree proceder de la rancia estirpe presentada en su heráldica.

Lo que no podemos asegurar de una manera irreprochable es el lugar de Valdepeñas donde nació. La existencia de la Plaza de Balbuena, en la que se ha instalado su estatua, nada nos dice, porque la plaza y los jardines que hoy la decoran son de nuestros días, aunque existiera el nombre de la plaza con anterioridad a su estado actual. La calle de Balbuena pudiera ser una pista, si no es que tomó su nombre arbitrariamente porque las autoridades quisieran dedicar una calle cualquiera al recuerdo del poeta. Pero no está probado que naciera en tal calle. Ningún edificio de la calle de Balbuena remonta su construcción al siglo XVI y hasta es probable que la calle no existiera en ese siglo. Entonces hay que pensar que Balbuena nació en el casco viejo de Valdepeñas, por las intermediaciones de la calle de Bataneros, Empedrada o Principal, o por la ermita, hoy desaparecida, de San Nicasio.

Sin embargo, D. Eusebio Vasco parece admitir que nació en la calle de Balbuena actual, y hasta en una casa determinada, por cuanto dice en «Valdepeñeros ilustres»:

«Valdepeñas que aún no ha erigido un monumento a Valbuena, tampoco ha colocado una lápida conmemorativa en la casa en que nació el más ilustre de sus hijos. La calle es calle de Balbuena, pero esto es bien poco...».

Todavía podría esgrimirse otro argumento, de tipo psicológico, para razonar que Balbuena nació en Valdepeñas. El atento estudio de su obra nos lo muestra como un Valdepeñero por su carácter, por sus condiciones estéticas y por sus reacciones. Balbuena se nos presenta en rípios de la tosquedad de nuestros terrones y en conceptos de la sequedad de nuestras glebas. Pero se nos presenta también con su carácter volcánico vehemencial y exaltado, como somos los que bebimos los aires de estos cielos y las aguas duras de estos manantiales. Etnicamente, a través de sus obras, Balbuena es un Valdepeñero puro. Mas éstas razones, que solo los de Valdepeñas podemos conocer y comprender, no pueden elevarse más allá de una sugerencia.

El resto de la biografía de Balbuena sigue la misma estereotipada estructura en los autores. Bien se vé que todo es nebuloso y que son escasísimos los datos que se pueden afirmar con absoluta certeza.

Parece que sin duda por conveniencias familiares, se marchó a México siendo todavía muy joven, donde estudió Teología, obteniendo allí el grado de bachiller. Estableció contacto con un tío suyo, don Pedro de Balbuena, Canónigo de la Catedral de México, y con otro valdepeñero jesuíta, Pedro de Morales, que vivió en Los Angeles y fué Profesor de Teología Moral y consultor del III Concilio Mexicano.

En México fue premiado en tres certámenes poéticos, uno de ellos el día del Corpus, en presencia del Arzobispo D. Pedro de Moya, que también fué virrey en 1584, y de seis Obispos que asistían al concilio mexicano en 1585: los de Mechoacan, Yucatán, Guatemala, Tlaxcala, Nueva Galicia y Antequera. Es entonces cuando contaría nuestro poeta 17 años de edad si fuera legítima su partida de bautismo, pero que debemos computar por 22 años, según la cronología de Van Horne.

Volvió a España en 1606, pero antes ya faltó de México 12 años y hay que suponer que en estos 12 años visitara de nuevo España o tal vez Italia, si es que no estuvo en otros países. En 1608 obtuvo en Sigüenza el grado de Doctor. Por eso vemos su pomposa firma: «El Doctor Bernardo de Balbuena». Es de extrañar que en 1604 ya se titulara doctor en «Grandeza mexicana» sin haber obtenido todavía el título.

En el año 1608 leyó la égloga 6.^a de «El Siglo de Oro» en su despedida de México, ante una escogida reunión en la que estaban Zaldierna, Avila y Cadena, Lorenzo de Ugarte, etc., que luego alabaron con sus versos la obra de Balbuena «Grandeza Mexicana», según

datos recogidos de la obra de D. Eusebio Vasco «Valdepeñeros Ilustres».

Tenía 45 años cuando lo hicieron abad de Jamaica en 1608. Allí permaneció hasta 1620. Antes había sido Capellán de Nueva Galicia y cura de las Minas del Espíritu Santo y San Pedro de Lagunilla, según Van Horne. En 1620 fué nombrado 11.º Obispo de Puerto Rico, asistiendo ya con esta dignidad al Concilio de Santo Domingo en los años 1622 y 1623. También se enorgullece de su cualidad de Obispo en las artificiosas profecías que hemos comentado. He aquí una presuntuosa alusión a su dignidad episcopal en el libro 19.º de «El Bernardo»:

«Aquí también si el arco de la esfera
incierta luz no llueve a mi memoria,
el sacro pastoral báculo espera
al que yo autor espero de esta historia:
allá en sombras de eterna primavera
mientras tu fama al mundo hace notoria,
en esperanza de mayores bienes
preciosa mitra ceñirá sus sienas».

Con la «eterna primavera» alude al clima de México y de las Antillas.

En 1625 debió pasar momentos amargos cuando el asalto al Castillo del Morro de San Juan de Puerto Rico por los holandeses, al mando del general Balduino Enrico. Lope de Vega dice a este respecto en «El Laurel de Apolo»:

Tenias tu el callado
de Puerto Rico cuando el fiero Enrique
holandés rebelado,
robó tu librería,
pero tu ingenio no, que no podía».

Estos versos están esculpidos en mármol junto a la puerta sur de la Iglesia de la Asunción de Valdepeñas. Pero hay que tener en cuenta que, sin duda, las noticias que corrieron entonces, las de ser Balduino Enrico algo así como un pirata o un corsario, y que admitió como ciertas Lope de Vega, no eran muy legítimas. «El fiero Enrique», Balduino Enrico, no fué ningún holandés rebelado, a menos que se quiera significar con este epíteto el carácter de una rebelión contra España. Balduino Enrico era un general holandés que pertenecía a la Compañía Privilegiada de las Indias Orientales, creada por Guillermo de Orange, ya después que Holanda se había separado definitivamente de España, para buscar el desarrollo comercial y destruir, en lo posible, las posesiones españolas y portuguesas de América y Africa. Pero Balduino Enrico permaneció siempre fiel a su

metrópoli, sin rebelarse nunca, y murió precisamente ante Puerto Rico.

Robada y saqueada entonces la biblioteca de Balbuena, parece ser que desaparecieron los manuscritos de algunas obras que, como el «Arte nuevo de poesía», la «Cosmografía», el «Divino Christiados» y «La Alteza de Laura» no han llegado a nosotros. Tal vez este episodio aceleró el fin de su vida.

Parece indudable que tales obras existieron, porque figuran sus títulos en un soneto del licenciado Miguel Zaldierna de Maryaca que aparece al principio de «Grandeza mexicana», entre las composiciones en alabanza del poema.

En mi opinión no es muy propia ni segura la autenticidad de los retratos ni de las estatuas procedentes de ellos. En la Plaza de Balbuena de Valdepeñas se ha erigido, con motivo del IV Centenario de su nacimiento, una estatua, obra del escultor Leonardo Martínez Bueno, que recuerda un retrato al óleo del pintor José María de Juan Undiano, a su vez inspirado en el retrato que dice ser auténtico el publicista de la última edición del «Siglo de Oro» que actualmente se conserva (1820). El retrato a que nos referimos del pintor de Juan se halla en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Valdepeñas. Dudamos mucho de la fisonomía y del aspecto físico que representan las efigies, todas procedentes del retrato a pluma que se publica en «Grandeza mexicana» y que se reproduce en otras obras del autor. En 1931 se instaló otra estatua de Balbuena en el comienzo de la Avenida del Generalísimo de Valdepeñas, obra del escultor Federico Núñez, en la que se representaba al poeta vestido de Obispo. Tal estatua fue destruida en los primeros momentos de la guerra civil en 1936.

D. Eusebio Vasco, en «Valdepeñeros ilustres», asegura que el Bachiller Jarana es el propio Bernardo de Balbuena que se esconde tras del expresado pseudónimo.

El Bachiller Jarana es la firma que suscribe unos versos manuscritos dedicados al «Ilustrísimo y Excelentísimo Sr. D. Alvaro de Bazán Marqués de Santa Cruz, Sr. de las villas del Viso y Valdepeñas, comendador de Alhambra y La Solana». Estos versos manuscritos se encuentran en el archivo del citado marqués.

Los versos del Bachiller Jarana que se reproducen en el «Valdepeñeros ilustres» son ocho actavas reales y una elegía a la muerte del Marqués de Santa Cruz «por el Bachiner Jarana, su basayo, vecino de la ciudad de Valdepeñas».

La elegía consta de 70 tercetos encadenados, con el serventesio al final, y fueron publicados en 1888 por D. Angel Altolaquirre y Dural.

Los argumentos que el Sr. Vasco emplea para razonar que el Bachiller Jarana es el mismo Balbuena son los siguientes:

Que el Marqués murió en 1588 y dos años antes fue premiado

Balbuena en México cuando tenía 17 años; que en los versos, Jarana habla de su juventud y se llama Bachiller, grado que había obtenido ya; que alaba al Marqués con elogios parecidos a los que contiene «El Bernardo»; y que los tercetos presentan cierto parecido con los de «Grandeza mexicana».

El Sr. Vasco, no obstante, y con prudencia, duda en identificar las personas del Bachiller Jarana y de Balbuena, pero se inclina mucho a la hipótesis de que sean una misma.

Para mí, el mayor parecido y lo que pudiera mejor apoyar tal hipótesis, es la hinchazón de mitología, tan frecuente en Balbuena. Pero este dato es demasiado vago, porque lo presentan todos los autores que proceden del llamado Renacimiento.

No admito la hipótesis del Sr. Vasco, sin que tampoco la rechace abiertamente.

Los argumentos son débiles y confusos, pero dentro del terreno de la suposición todo es posible en aquella época, oscurísima para la investigación, no obstante su proximidad en el tiempo, donde hay tantas incógnitas, de momento, insolubles. Recuérdese, por ejemplo, que aún no ha sido posible conocer quien fue el autor del Quijote de Avellaneda.



OBRAS LITERARIAS DE BALBUENA

Tres son las obras que conocemos de Balbuena:

GRANDEZA MEXICANA, publicada en México en 1604:

EL SIGLO DE ORO EN LAS SELVAS DE ERIFILE, publicada en Madrid en 1608; y

EL BERNARDO O LA VICTORIA DE RONCESVALLES, publicada también en Madrid en 1624.

Como apéndice a «Grandeza mexicana», en la edición de «La Voz de Valdepeñas» de 1890, se publica un «Compendio apologético en alabanza de la poesía», del cual dice D. Eusebio Vasco haber sido solamente publicado en México en vida del autor. En efecto, en otras ediciones españolas consultadas, no figura. En la de Van Horne, de 1930, de Illinois, aparece, como en las dos ediciones mexicanas de dicha obra.

No tenemos noticias de ediciones en América de otra obra que no sea «Grandeza mexicana» y del compendio que acabamos de citar. Es seguro que en América no publicó ninguna más y si lo hizo con «Grandeza mexicana» se debe únicamente a su carácter puramente americano. En esta misma obra Balbuena escribe:

«Y así los demás trabajos míos, si algún día, como estos, merecieran salir a la luz, será gozando de las comodidades de España, enviándolos allá o disponiéndome yo a llevarlos».

Lo que corrobora que las otras obras sólo las publicó en Madrid.

La cronología de ediciones de las citadas obras no responde a la cronología de composición. La primera publicada, «Grandeza mexicana», es la última que compuso Balbuena. Y la primera que escribió, «El Bernardo», es la última que publicó en 1624, tres años antes de su muerte. Tal vez tuviera sus razones, como veremos a lo largo de este estudio, para retrasar la publicación de «El Bernardo» hasta la última época de su vida.

Penetraremos mejor en el análisis de la poesía de Balbuena siguiendo sus obras por el orden en que las compuso. Y así empezaremos por considerar «El Bernardo» y terminaremos con «Grandeza mexicana».

Pero conviene antes decir algo de la personalidad del poeta, siempre visto a través de sus obras.

Visto en sus obras, adivinado a través de sus versos, Balbuena se nos presenta como un excelso poeta de imaginación desbordante, de fulgurante fantasía, escultor de pensamientos con formas apasionadas, a veces delirantes, a veces monstruosas. Su poesía es la palpación radiante de toda estructura y de todo módulo estético. No retrocede ante ninguna situación y vence todo obstáculo que se presenta en su camino con airosa y animada fuerza. Es un poeta de tromba y de vorágine, de torbellino y de emoción. Saturado de un barroquismo volcánico, se desliza y ciñe a las columnas salomónicas del pensamiento y urde estructuras de sentimientos en curvas y recovas.

Su cultura es inmensa. Su sensibilidad, deliciosa. Presenta rusticidad, tosquedad y elegancia en prolijas anastómosis. Hay en él mucho de pedestre y mucho de exaltación. Sus líneas verticales y horizontales se suceden en extraña e irregular fuerza. Muchos celajes bellísimos nos muestra entre terrenos secos y mezcla la arena con las flores.

Ha absorbido todos los motivos del llamado Renacimiento, amplificándolos, deformándolos a veces. Para comentar serenamente sus obras sería preciso consagrar una vida entera a su estudio. Estoy seguro de que muchos, acaso todos, hemos pasado demasiado deprisa por la lectura de su producción literaria.

No resalta en ningún momento ni se infiere de la lectura de sus versos la condición eclesiástica del autor, ni adivinaríamos, de no saberlo, su cualidad de sacerdote. Hasta parece, no ya un autor profano, sino pagano. Destilando por todas partes mitología, muy del cuño renacentista, no hemos encontrado ni una cita bíblica en sus versos. En los adjuntos a «Grandeza mexicana», es decir, en la carta al arcediano y en el compendio apologético de la poesía se encuentran, en cambio, citas a montones, muchas escriturarias. Van Horne atribuye la fatigosa proliferación de citas a su pedantería y a su ambición, al deseo vehemente e incoercible de mostrarse erudito. Solamente en la carta al arcediano, Van Horne ha contado 159 referencias, de ellas 90 de autores paganos y 69 de la Sagrada Escritura y de autores cristianos hebráicos.

Está en el polo opuesto de la mística y de la ascética, y él mismo lo sabe muy bien e intenta disculparse en alguna ocasión de su embriaguez de paganismo erudito.

No quiero con esto decir que se pueda dudar de la integridad de su condición de clérigo, y aún de obispo, ni mucho menos que podamos conjeturar en su vida períodos o paréntesis de indiferencia o de crisis de piedad, porque nada hay que nos autorice para ello. Antes al contrario pretende en momentos excepcionales, que son

muy pocos, cuando el contexto lo exige, acentuar un catolicismo insobornable.

Sin embargo el ansia aventurera que señala y determina la impronta de los emigrantes al nuevo mundo, desde el propio Colón, se refleja perfectamente Balbuena, a pesar de su condición clerical. Podríamos decir, sin escándalo ni recelo para nadie, que es un clérigo muy mundano, del molde de los cardenales humanistas del Renacimiento florentino y aún de toda Italia, en aquellos siglos cuando la pintura veneciana del Giorgione, con sus desnudos femeninos, y la Academia Platónica de los Médicis se proyectaban, con influencias decisivas, sobre la intelectualidad.

De temperamento viajero, de contextura anímica peregrina, tal vez misionera al estilo y nivel de los conquistadores de las Indias, goza en conocer tierras, pueblos y gentes. De inteligencia preclara, más proclive al análisis que a la síntesis, construye sus versos sobre toda clase de cimientos y los sostiene con arcos, vigas y bóvedas del más variado pulso estético.

Veremos mejor su personalidad al pasar, como pensamos hacer con movimiento de sucesión acelerada de película, por sus obras, donde exhibe, sin soborno ni hipocresía, su pensar y su ser como si nos mostrara en el espejo de sus versos reflejados todos los matices, colores, músicas y paisajes que vivían en su alma.

PANORAMICA DE «EL BERNARDO»

Que celebremos el IV centenario de Balbuena, gloria de los poetas valdepeñeros, no significa que todo lo que escribió Balbuena sea, por sistema y por tradición, admirable y digno del mayor elogio y de la más desenfrenada exaltación. El centenario es un recuerdo a Balbuena y la presentación de su figura humana y literaria: es la exposición de la obra de Balbuena, y toda exposición de una figura inmortal exige un estudio completo de su trabajo. Cuando el estudio se hace de forma penetrante y detallada, cuando se leen minuciosamente sus obras, si hemos de presentar la figura honradamente, nuestro deber es ceñirnos a la realidad. Otra cosa sería el **florilegio emponómico** y la amplificación deformada y desmesurada, tal vez caricatura de sus cualidades. El centenario de Balbuena no puede ser una floritura espumosa, con tendencia a la ampulosidad laudatoria y al humo de la tópica adulación.

Para mantenerse en una estricta justicia crítica, para exponer con la más absoluta imparcialidad y con la objetividad más serena y desapasionada las sugerencias que despierta la lectura de «El Bernardo», es preciso comentar todos los errores que, a mi juicio, tiene la obra, y al mismo tiempo elogiar sus cualidades y sus bellezas. No voy a seguir la norma de «Una de cal y otra de arena» ni de «Al pan, pan y al vino, vino». Pretendo destacar la cal muerta de la cal viva, sin dejar que la arena sea siempre permeable cuando esté en el suelo ni que irrite los ojos cuando el viento la impulsa. Y en cuanto al pan y al vino, no ocultaré la ocasión de rechazar el pan cuando se nos presente negro, hediente y duro, ni de oponerme al vino cuando esté dañado por la fermentación acética o por cualquier otra alteración desagradable. De «El Bernardo» hay que decir mucho, malo y bueno, y ninguna pasión debe cegar el camino de un estudio sistemático, analítico y fecundo.

«El Bernardo» es una obra farragosa y pedánea, de ingrata y difícil lectura, insoportable a veces, ampulosa, pretenciosa, empachosa y carente de interés en muchísimos pasajes, en los que dominan la galería y la superficie, con desprecio del fondo. Destila pedantería, petulancia y efectismo. No es de extrañar que no sea popular ni corriente. Leer «El Bernardo» es un sacrificio que muchos no han podido superar, ya que requiere abnegación y dominio de la voluntad, que en muchas ocasiones tiende a abandonar la lectura.

Son 5.000 octavas reales que arrastran necesariamente a la monotonía; 40.000 versos endecasílabos, con abundancia de sinalefas, como el autor advierte en el prólogo, que se traduce en más de medio millón de sílabas, pues son las sílabas las que debemos contar en los versos y no las palabras como ahora se estilaba en la ponderación de las composiciones.

«El Bernardo», mirado en conjunto, es un gran error. Compli-

cado y prolijo, con multitud de personajes artificiosos y mal contruídos, de difíciles nombres, plagado de rípios, cansado, con pesantéz de plomo en su música prolongada de pesadillas sin aurora, no consigue el propósito que pretende. Se pierde la perspectiva por la complejidad de sus narraciones, cortadas en los momentos de mayor emoción e interés, como en las novelas por entregas y en las antiguos películas de episodios.

Cualquiera pensaría que la obra, cuyo título opcional es «El Bernardo o la victoria de Roncesvalles» va a ser la descripción épica de la batalla como lo es, por ejemplo, «La Chanson de Roland» que Balbuena, sin duda, conoció y estudió. Nada de eso. Hay que llegar al libro 24.º, al último de la obra, para enterarnos de algo de la batalla que se precipita fugazmente en su terminación:

«Cayó muerto Roldán, quedando vivo
su eterno nombre: su alma arrebatada
feroz voló a su esfera, y su gallardo
cuerpo cayó a los pies del gran Bernardo».

Pero en toda su vida, Bernardo es un personaje, en muchísimos lugares ausente, que a veces parece secundario en la obra y que es utilizado por el autor, sin disimulo, como un pretexto para enhebrar episodios, leyendas y descripciones de toda clase y contenido y lucir una enorme erudición mitológica, histórica, geográfica, astrológica y literaria.

Dice el autor en su prólogo que «El Bernardo» es uno de los primeros trabajos de su juventud. Se ve bien que esto es cierto por su fogosidad y vehemencia, por su exaltación, brío y empuje.

El poema no tiene nada de místico, sino, por el contrario, como ya dije al comentar la personalidad de Balbuena, presenta un constante móvil, no solamente profano, sino pagano. La mitología clásica se desborda y rezuma por todos los poros de la obra. En el prólogo ya establece un paralelo entre sus personajes y los de la Iliada y asimila sus héroes a los de la epopeya griega. Pero además, hace vivir en la obra a los personajes de la Iliada, y tanto los héroes como los dioses intervienen al estilo de las epopeyas en la vida mística de Bernardo del Carpio, al que atribuye cualidades de la más insospechada magia. Algunas veces, tal vez de modo inconsciente, parece que el mismo autor profesa una religión del tipo de los dioses antropomórficos de Grecia y del Panteón Romano. En el libro 14.º llega a decir:

«La dama por quien son estos nublados
en una cueva se quedó escondida:
segura estoy que Marte sepa a donde
que a los ojos de Dios nada se esconde».

Si bien es cierto que no es el propio autor el que habla, sino uno de sus personajes, parece deslizarse la idea, irreverente por no decir blasfema, de una asimilación de Marte con el Dios del cristianismo en atrevida inconsciencia: porque atribuye a Marte una omnisciencia y una omnipresencia que son más propias del Dios de las Sagradas Escrituras, ya que tales atributos no corresponden a los dioses del paganismo, que ignoran, luchan y se engañan. Tal vez quiso decir:

«que a los ojos de un dios nada se esconde».

La verdad es que así, el verso nos tranquilizaría. Pienso que Balbuena no se dió cuenta de la enormidad que contenía este verso, si es que no se trata de una alteración posterior.

En un pasaje del libro 24.º, precisamente en relación con la batalla de Roncesvalles, plasma toda una nómina de héroes mitológicos, mezclando griegos y romanos al servicio de la rima:

«Salgan Héctor, y París, y Troylo,
el fiel Tideo, el bravo Hipodemonte,
el fuerte Alcides, y el que en sabio estilo
venció de Esfinge el cavernoso monte:
Turno, Eneas, Mecenio, Adastro, Egilo,
Tereo y la arrogancia de Faetonte,
y en su cruel hermandad, que la ira atice
Rómulo y Remo, Eteocle y Polinice».

Las armas de Bernardo son las del propio Aquiles, proporcionadas por el hada Alcina. Surge ante el lector la duda maliciosa de si su triunfo se debe a su valor o a su encantamiento y a sus armas mágicas, y aún trata de desviar esta idea con la alegoría que sigue al libro 24.º

«...y en los muertos de Roncesvalles y los demás paladines, y últimamente en la de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo con la espada Belisarda muestra como no hay encantamiento, armas ni defensa que basten contra la muerte».

De la saturación mitológica nos dan idea estos versos del libro 2.º, en los que el autor, al mismo tiempo que incide en su autobombo egolátrico, se quiere situar a la altura de Homero:

«A alcanzar con mi pluma cuanto quiero
fuera Homero el segundo, yo el primero».

Esta manía del autor de equipararse a Homero, y aún de superarlo, debía ser de tipo familiar, porque en «Grandeza mexicana» su hermano D. Francisco de Balbuena Estrada, lo asimila también a Homero para elogiarle:

«Vino a mi de mano en mano
y en oyendo el cortesano
estilo dije: parad
y decidme esa deidad
¿es de Homero o de mi hermano?».

Desfilan por la obra ninfas y sátiros, en paisajes que localiza en las inmediaciones del Ebro, pero que, atendida su construcción jugosa, lozana, magnífica y atrayente, podría muy bien referirse a Sierra Morena, en la que sin duda pensaba el autor.

Tiene Sierra Morena una propiedad de atracción absorbente entre los escritores. Así se vé también en D. Quijote, donde antes de pasar el protagonista a Sierra Morena, lo que ocurre en el episodio de los galeotes, ya está dentro de Sierra Monera, porque Cervantes tenía presente Sierra Morena, con carácter de constancia casi obsesiva, cuando describe el escenario donde aparece la pastora Marcela ante el cadáver del pastor Crisóstomo. Igualmente Sierra Morena está en la mente de Balbuena cuando el sátiro persigue a la ninfa, si bien, con geografía convencional y por exigencias de la narración, traslada la acción a las tierras aragonesas o catalanas.

Hasta los orígenes de España se nutren de mitología. En el libro 2.º nos habla de la ninfa Iberia y en el libro 8.º dice:

«Este del rey Hesperio es descendiente
que antiguamente gobernó en España».

Se hace eco, pues, de la leyenda mitológica que sitúa en España el Jardín de las Hespérides, que por cierto no puede ser otro que las inmediaciones del Collado de los Jardines, en Sierra Morena, dentro del **Saltus Castulonensis**, al que más adelante nos hemos de referir.

Parece asustarse de la gran profusión mitológica que inconscientemente le araña, por tratarse de ideas antípodas a las de un autor cristiano, y en el prólogo se cura en salud, afirmando que «en alguna manera desdice de lo que en rigor toca a mi oficio y dignidad y a la profesión de púlpito y estudios de teología». Pero se disculpa por tratarse «de los primeros trabajos de mi juventud», que acometió sin miedo y que lo llevaron, «en aquella primera edad, con los bríos de la juventud y la leche de la retórica a escribir esta obra.»

La abrumadora carga de mitología lo agobia obsesivamente, y para defenderse de sus aseveraciones escandalosas, dice: «remito al lector al final de cada libro», donde con alegorías en prosa trata de arrancar consecuencias moralizadoras o de explicación natural de tantas explosiones delirantes y fantásticas, sin conseguirlo siempre. Porque se ve que para él la mitología es ya cegadora, dominadora y agresiva. Y parece que se queda tranquilo presentando los

desenfadados relatos míticos como alegorías de virtudes respetables, de ejemplares conductas, de censuras de vicios o de explicaciones racionales de símbolos disparatados.

Veamos, como paradigma, el fragmento siguiente de una alegoría, donde la consecuencia pretende ser una explicación fisiológica:

«Los alcázares de vidrio en el suelo del mar significan que el calor y la humedad son los autores de la hermosura y de la juventud.»

Y al igual que aquí se pretende justificar la descripción de alcázares en el fondo del mar, en otras ocasiones se justifican virtudes o derivaciones morales.

Ya en su época se le reprochó a Balbuena que Bernardo del Carpio era un personaje que no tuvo jamás existencia. En el prólogo se defiende de este reproche, afirmando que por eso precisamente lo ha tomado como sujeto de su poema, pues tal es una de las cualidades de la verdadera poesía: la de presentar como tema un personaje inexistente. Sin embargo, y a pesar de ello, en el mismo prólogo asegura que Bernardo del Carpio es descendiente de la sangre real de los godos y, por consiguiente, de la mayor nobleza de la tierra.

Balbuena en «El Bernardo» sigue fielmente la teoría de ser la sangre goda nota de la máxima aristocracia. Es algo así como la calificación de **ario puro** o de limpieza de origen. La sangre goda es la distinción suprema del hombre. Ya conocemos la crónica llamada «Estoria de los Godos» y el Padre Juan de Mariana establece también como signo de la más elevada distinción la genealogía goda de todos los reyes de España, por parentesco directo, desde Recesvinto hasta sus días. No es, pues, tal teoría de Balbuena, pero nuestro poeta la aceptó con toda fidelidad.

En la dedicatoria de «Grandeza mexicana» al Conde de Lemos, habla mucho de la «gótica sangre»:

«La sangre de los godos se juntó a la de Castro en Nuño Belchides, descendiente de Bernardo del Carpio.»

Este Nuño Belchides, según el propio Balbuena, nieto de Bernardo del Carpio, fue padre de Nuño Rasura y suegro de Laín Calvo, con lo que indica que la sangre de los godos se filtra hasta los jueces de Castilla y después a los Condes.

Es probable que Balbuena mismo, se crea proceder de aquella sangre bárbara, como, en general, proceden, para su criterio, los españoles más distinguidos. La dedicatoria de «El Bernardo» al mismo conde de Lemos, Excmo. señor don Francisco Fernández de Castro, Conde de Lemos y Andrade, Marqués de Sarriá, Duque de Taurisano, etc., revelan la esclarecida descendencia de la casa de Castro, la cual está relacionada con Bernardo del Carpio, su héroe,

cómo acabamos de ver. La obra estuvo escrita y sin publicar mucho tiempo: por eso añade en la dedicatoria que la había dirigido «hace más de 14 años» a D. Pedro Fernández de Castro, hermano de D. Francisco, y ya difunto. Al proceder ambos señores de la casa de Castro y siendo, por sus ancestrales, esta casa de sangre goda, es evidente que tal distinción aristocrática afecta a D. Pedro y a D. Francisco.

La lisonja propia y el autobombo, según tales teorías, sólo caben en quien lleva por sus venas la sangre goda. Veamos cómo en percusión obsesiva, Balbuena, sin decirlo, se precia de tan esclarecida distinción.

Ya en el libro segundo hace una prolija relación de los reyes godos, a quienes dedica versos de gran exaltación y calor, sin dejar ni uno solo, desde Ataulfo hasta D. Rodrigo.

Y en el mismo libro, en artificioso pronóstico, en su estudiada profecía, se define como autor de «El Bernardo»:

«Hasta que el tiempo que ofuscarla pudo
hermosa y clara al cielo se levante,
y de su oscuro y encontado nudo
un nuevo verso y voz la desencante.
Esto por las molduras de su escudo
grabado ví y con letras de diamante:
«a otro de su nombre está guardado
el romper de la pluma este nublado.»

El «otro de su nombre» es precisamente Bernardo de Balbuena, cantor de la epopeya de Bernardo del Carpio.

En el libro 20.º escribe:

«Mis papeles, mis versos, mis razones
volarán de naciones en naciones.»

En el libro 17.º se congratula de llevar el mismo nombre que su héroe y vuelve a insistir en lo que ya dijo:

«Tú serás el primero, él el segundo,
ambos de un mismo nombre y un cuidado:
tú en hacer con tu espada maravillas
y él con su humilde fama de describillas.»

Y añade por su cuenta:

«Y entre el temor y osar, un nuevo aliento
divino o natural nació en mi pluma,
para hacer, conforme a mi talento
del grande libro una pequeña suma:
esta es de mi alta historia el fundamento:
quien no quiera agravíarme no presuma
que yo, para su adorno y elegancia
cosa le añida o quite de importancia.»

Se viene clasificando «El Bernardo» dentro de la poesía épica. En la hora presente tal encasillamiento fósil de los poemas se ha trascendido y superado, y no aceptamos la clasificación precaria de los géneros en líricos y épicos que tanto curso ha tenido hasta ahora. Ni la poesía bucólica y pastoril puede distinguirse de la lírica ni de la épica, porque nadie negará que en el Cantar de Mío Cid hay mucho lirismo ni que en Federico García Lorca se presentan y describen motivos épicos. Pero aún aceptando la clasificación trasnochada, con todos sus caracteres y condiciones, «El Bernardo» no es el simple relato de una epopeya ni pertenece integralmente a la épica que tanto ha dado que hablar en el cuadrículado catálogo de los viejos preceptistas. «El Bernardo» tiene, además de sus caracteres y componentes épicos, mucho de poesía lírica, de poesía bucólica, de poesía filosófica y de poesía erótica y sentimental.

Y es esto algo que enaltece a «El Bernardo», ya que todo no ha de ser defectuoso y censurable y por algo venció la cabalgata de los siglos y pasó a la inmortalidad. «El Bernardo», a pesar de sus errores de bulto, contiene pasajes de una elocuencia lírica inimitable, de una elegancia majestuosa, de una inflamación de belleza delirante, de una fantasía sugestiva y arrolladora, de una enjundia sustanciosa y atrevidísima para la época en la que se compuso.

Balbuena nos habla de

«el aire negro, de color desnudo.»

Y nos dice que

«La noche ya en el denegrado oriente
sus cortinas de luto desdoblaba.»

Y nos cautiva con pinceladas como esta:

«Y la eclipsada luna, puesta en vela
del nocturno silencio, así concibe
al trasponerle el sol sus resplandores
un mudable color de mil colores.»

O nos absorbe, de cuando en cuando, con expresiones cuyo lirismo nadie sería capaz de discutir:

«como la luna humilde las estrellas
o los nortes de luz de la mañana.»

O nos pinta el crepúsculo con un grafismo enternecedor:

«El día huyendo en vuelo perezoso
el sol del horizonte dividido,
y apuntando por una y otra mata
la luna llena de encendida plata.»

O nos habla de un cielo

«por donde vuela el sol cada mañana
y las estrellas corren tras la luna»,

esa misma

«humeda luna, la montaña fría»,
esa «fría luna», que está teñida de sol, porque
«dos veces ya los argentados cuernos
con tibio oro bañó la luna llena.»

Sería prolijo y agotante traer aquí más citas de exaltado lirismo, descripciones de paisajes de églogas, pensamientos de denso contenido filosófico expuestos en forma lírica y hasta de gran excitación erótica, como veremos después. Bastará recordar ahora la magnífica exposición astronómica con la que finaliza el libro primero, la descripción de las ninfas en el segundo, sobre todo la de la fuente y de la cueva, donde el aparato lírico no puede ser más vivo y exaltado; la frialdad de Angélica, la bella, en el libro cuarto, donde revela su gran conocimiento de la psicología femenina, la trágica descripción de Ferragut en el episodio cruelmente sentimental del séptimo, la narración macabra del noveno, el recuerdo de Cleopatra en el décimo, a quien, con excelente propiedad llama

gitana:

«No fue de Cleopatra la gitana,
el capitán romano más servido»:

La descripción de Dulcinea en el libro 11.º, con el discurso del ruiseñor a Orlando, la gráfica pintura de la tempestad en el mar en el 13.º, el retrato del alquimista en el 15.º, la bellísima descripción de Sierra Morena en el 16.º, el verdadero aguafuerte del aposento del mago en el 18.º y la alusión a las montañas de la luna y a las fuentes del Nilo en el 23.º, además de otros muchos pasajes que estudiar y analizar detenidamente consumirían una vida entera de trabajo, dedicada a la investigación, y había de requerir más palabras que las contenidas en las 5.000 octavas reales.

Y para terminar el tema del lirismo, baste decir que el mismo Balbuena, en los premios de «Grandeza mexicana», formula una confesión formal de ser poeta lírico. Tras de una imagen astronómica que se refiere a la constelación de la Lira, dice:

«Deste nombre, Lyra, se llaman líricos los poetas que escriben canciones y cosas para cantar con biguela... y yo... cuanto al sujeto de mi canción y mis tercetos (se refiere a los tercetos encadenados de «Grandeza mexicana») tengan harto de la magestad heroica, todavía en el modo la canción es lírica y los tercetos no del todo heroicos.»

Tal aseveración del propio autor encaja perfectamente y tal vez con mayor propiedad en las octavas de «El Bernardo.»

Pero sobre estas distinciones y clasificaciones de la poesía volveremos más adelante.

CONTENIDO LEGENDARIO, CABALLERESCO Y MAGICO DE «EL BERNARDO»

No fue posible a Cervantes conocer «El Bernardo» porque se publicó en 1624 y Cervantes murió en 1616. No podía, pues, hallarse la obra en la biblioteca de Don Quijote cuando hicieron el Cura y el Barbero el famoso escrutinio. Pero he dado en pensar, desde que leí la obra de Balbuena, en el destino que hubiera tenido «El Bernardo», en el caso de encontrarse allí ante la decisión expurgadora y hábilmente crítica del Cura del Quijote, que llevaba, naturalmente, el pensamiento de Cervantes debajo de la sotana. Y creo estar en lo cierto afirmando que «El Bernardo» no hubiera escapado del fuego. Porque para «poner en aborrecimiento de las gentes los libros de caballerías» era preciso destruir el poema que está inflamado y cargado de encantamientos, hechicerías, invenciones y aventuras de jayanes, y en todo él palpita la acción caballeresca en su más pura traza y en su más matizada integridad. Yo creo, en principio, que el Cura hubiera destruido «El Bernardo.»

Hay, sin embargo, un argumento que oponer: algunos episodios de «El Bernardo» están calcados de «Las lágrimas de Angélica», del médico Luis Barahona de Soto, y esta obra, que se hallaba en la biblioteca de Don Quijote, no mereció la condena del fuego, ya que al mencionar el título de la obra, el Cura dijo que las llorara él (las lágrimas) si se hubiera quemado tal libro, digno de las mayores alabanzas. Y en «Las lágrimas de Angélica» también abundan episodios aglomerados, como en «El Bernardo», de la más ferviente hechicería. Terminó la digresión dejando al arbitrio del lector esta pregunta: ¿Se hubiera salvado «El Bernardo» en atención a la presencia de Angélica, de quien se enamora el protagonista?

Pero veamos ya el contenido legendario, caballeresco y mágico de la obra, en conjunto, por ser imposible desglosar, sin repetir, las tres componentes.

Balbuena conoció los romances viejos, tal vez con más detalles que nosotros y también más completos y extensos. La leyenda de Bernardo del Carpio, su origen, su nacimiento, la prisión de su padre, el internamiento de su madre en un convento, que ya aparecen en Lucas de Tuy y en la Crónica General del Arzobispo toledano D. Rodrigo Ximénez de Rada, tengo para mí que la bebió en el romancero. El primer romance del ciclo de Bernardo del Carpio que se cita en la «Primavera y flor de romances», de Wolf y Hofman, es el que parece seguir Balbuena con más fidelidad. Conviene reproducir aquí este romance:

«En los reinos de León
el Casto Alfonso reinaba:
hermosa hermana tenía,

Doña Jimena la llaman.
 Enamorárase de ella
 ese conde de Saldaña,
 mas no vivía engañado,
 porque la infanta lo amaba.
 Muchas veces fueron juntos,
 que nadie lo sospechaba:
 de las veces que se vieron
 la infanta quedó preñada.
 La infanta parió a Bernardo
 y luego monja se entraba.
 Mandó el rey prender al conde
 y ponerle muy gran guarda.»

Mi dilecto amigo, D. José Castillo, quiere rechazar la hipótesis de Van Horne, según la cual Balbuena era hijo ilegítimo, para trasladar esta cualidad únicamente a su héroe. Yo me permito suplicar mi perdón al señor Castillo y razonar que Bernardo del Carpio era hijo natural y no hijo ilegítimo, pues sabido es que el Código Civil define como hijos naturales los concebidos cuando los padres están en condición de contraer matrimonio con o sin dispensa. Y no era éste el caso de Bernardo de Balbuena, hijo del padre del mismo nombre y al parecer casado, y no precisamente con Luisa Sánchez de Velasco, que fue la madre de nuestro poeta.

Por otra parte la existencia de hijos ilegítimos, imposibles de legitimar por ulterior matrimonio, no era infrecuente. Coetáneo de Balbuena era el héroe de Lepanto, D. Juan de Austria, hijo de Carlos V y de Bárbara de Blomberg, ya que si bien es cierto que la esposa del César doña Isabel de Portugal ya había muerto cuando D. Carlos tuvo sus amores con la lavandera de Ratisbona, Bárbara de Blomberg estaba casada con un desdichado llamado Príamo. Y poco después de la muerte de Balbuena, otro D. Juan de Austria tuvo Felipe IV con la cómica María la Calderona, hijo ilegítimo asimismo, pues si bien es cierto que no tenemos noticias de que la Calderona estuviera casada, la esposa de Felipe IV, Isabel de Borbón, no había muerto aún.

Pero dejemos esta digresión jurídica para seguir con el romance anónimo de Bernardo del Carpio.

Es de extrañar, sin embargo, que el nombre del conde de Saldaña, Sancho Díaz, que aparece en el romancero, aunque no en el romance transcrito, no figura ni una sola vez en «El Bernardo». Por otra parte, la muerte del expresado conde, patética y efectista cuando sostenido el cadáver en el caballo, como cuentan de El Cid, Bernardo del Carpio besa su mano fría, que figura en la Crónica General de Alfonso X, el Sabio, pero no en los romances, no es

recogida por Balbuena. Lo cual robustece la opinión de que nuestro autor tuvo como fuente única los romances.

También los del ciclo carolingio tienen su repercusión en «El Bernardo». Por el poema desfilan los caballeros de la Mesa Redonda (de la **Tabla Redonda**, que dicen, aplicando una fatal traducción de la palabra francesa **table**, mesa): los doce pares de Francia, Carlomagno y su sobrino Roldán, Rolando u Orlando, que con estos tres nombres aparece en la gesta, Montesinos, Reynaldos de Montalbán, el Conde Dirlos, el Arzobispo Turpin, etc. La batalla está cristalizada en el discutido romance que se cita también en El Quijote:

«Mala la vistes, franceses,
 la caza de Roncesvalles,
 do Carlos perdió la honra,
 murieron los doce pares,
 capturaron a Guarinos
 almirante de los mares...»

Don Gaiferos, «Señor de París, la grande» tiene mucha acción en el escenario de «El Bernardo». Ya se nos presenta en el libro primero y a través de la obra se refieren todas las vicisitudes de su cautividad, la de su esposa Melisenda, y la liberación de ambos por el propio D. Gaiferos. Es una resonancia histórica del romance que empieza:

«Media noche era por filo,
 los gallos querían cantar,
 cuando el infante Gaiferos
 salió de captividad.»

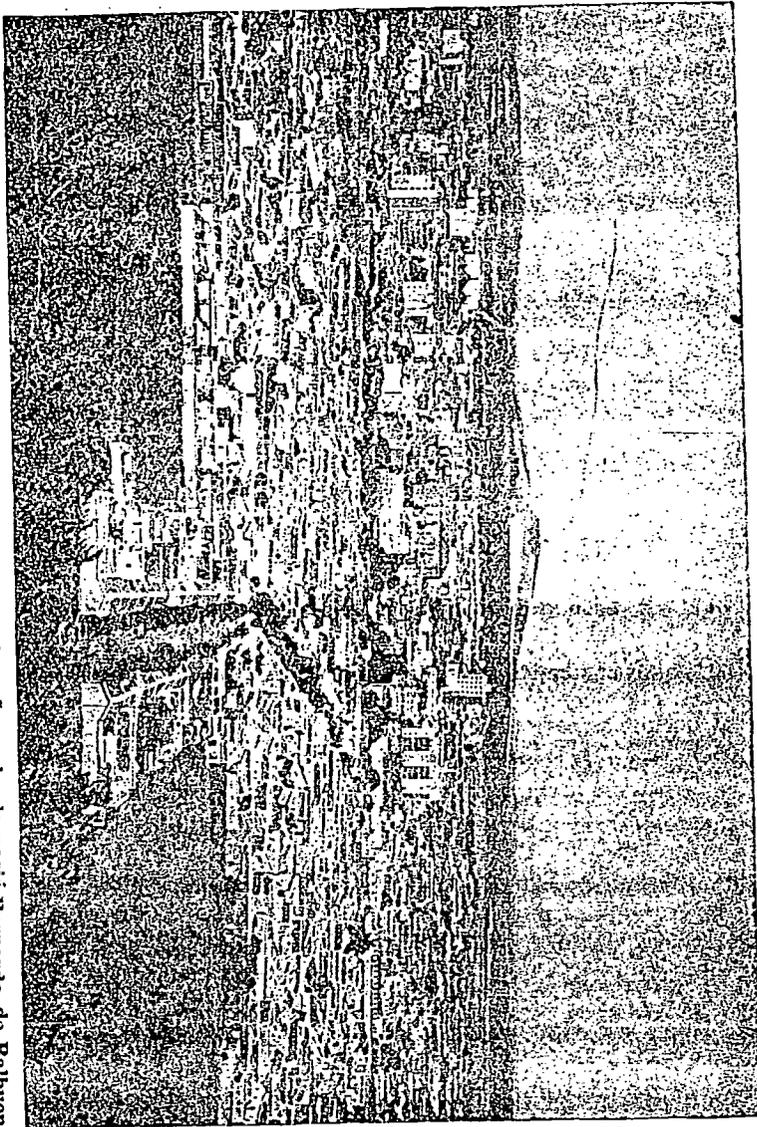
Los encantamientos se eslabonan como en los libros de caballerías, que también debió conocer Balbuena profundamente. Nuestro poeta expone toda una teoría de la misión de las hadas:

«Las Hadas, que a las cosas variables
 de nuestro inferior mundo dan gobierno
 y en cavernas y rutas espantables
 reinas parecen del silencio eterno,
 y del antojo humano los mudables
 gustos al suyo revalidan tierno,
 y en sus varios asientos desiguales
 los bienes acrecientan y los males...»

Nos expone las habilidades del hada Alcina para apoderarse de las armas de Aquiles y entregarlas a Bernardo; especialmente la espada, que había de ser templada nuevamente en una sangre joven, con lo que ya está aludiendo a la sangre de Roldán:

«De aquella rica y peligrosa espada
 que Falcina obró en su encantamiento,

Vista panorámica de Valdepeñas, «aquel valle amencísimo de peñas», donde nació Bernardo de Balbuena.



«en conjunciones de menguante luna
y temples de mudanza de fortuna.»

Se ve aquí aparecer ya la componente astrológica. Las «conjunciones de menguante luna» debían ser importantísimas para la dinámica preternatural de las hadas, porque en el libro segundo insiste de nuevo en ellas para condicionar encantamientos:

«En cierto aspecto de menguante luna
la oscura cueva está en segura entrada
hasta donde en los libros de fortuna
la humana cuenta se nos dá ajustada.
Por tu ocasión aquí, en hora oportuna
de fantasmas bajé y horror cercada,
a consultar tu caso y ser testigo
de lo que allí hallé y aquí te digo.»

La luna menguante, como es sabido, aparece seis horas después de ponerse el sol. Está en el cielo en el período más avanzado de la noche, y por ello en las horas más propicias al encantamiento y a todo dinamismo mágico. Véase tal creencia en otro pasaje del libro tercero:

«Cuando se había de cansar fortuna
y hacer menguante la creciente luna.»

Es la luna menguante la que dirige y preside la calamidad y el horror: la luna del maleficio, la luna fatídica. Pero se puede superar:

«Si punto no hay de tan menguante luna
que algún día no halle su creciente.»

Que la luna preside todo avatar y engranaje de la vida, lo confiesa plenamente en el libro 11.º:

«que de cuantos adoran a la luna
por monstruo la confiesan de fortuna».

En otra leyenda del libro 13.º interviene la luna también. Parece que Balbuena conocía los ritos místicos de adoración a la luna que refieren Plinio y Estrabón:

«En cada luna una doncella espero
que aquí degüelle la venganza mía
hasta que ponga otra de mayor belleza
esta hermosa guirnalda en su cabeza.
.....

Del consejo del rey salió acordado
que se ejecute lo que el cielo ordena,
y el sacrificio, cual lo pide el hado,

se ofrezca cada mes la luna llena,
hasta que en sangre laven su pecado
y con la culpa quede igual la pena».

Nos recuerdan estos versos los sacrificios prehistóricos, que atisba sin conocer su realización en los pueblos ibéricos, cuando en las cuevas arqueológicas se sacrificaban vírgenes a la luna en los santuarios rupestres que admiramos hoy. Después, Balbuena cierra la narración con igual motivo patético:

«Ya el verdugo el cuchillo aparejaba
y la luna sin luz y sin figura
su variable curso apresurando
iba creciendo y mi placer menguando».

Balbuena no conocía, naturalmente, la Prehistoria, que solo tiene su aparición en el siglo XIX. Sus leyendas son pura fantasía, porque él no sospechó nunca que tales sacrificios tuvieran su realidad, y precisamente en las tribus ibéricas.

Desliza un pensamiento bellísimo, una de las imágenes más hermosas y trazada con la mayor finura y más elegancia y primor, aunque se refiera a las maquinaciones de las hadas:

«Cuelga el último día del primero
y en torpe yunta de alquilados bueyes
ara la vida el mundo, y nadie advierte
que es el vivir dar surcos a la muerte».

¿Surgiría este pensamiento en Balbuena cuando veía arar las tierras de la Mancha?

También hay ritos de magia negra:

«Allá en ciegos desvanes y rincones
sus cercos formen, recen sus conjuros».

En el libro 9.º describe, con patetismo amoroso, los gigantes y el dragón que intervienen en el encantamiento de Angélica. Se hace el gigante en la cabeza una herida,

«por donde en vez de sangre salen toscas
bandas de avispas y de negras moscas».

Hay algunos elementos mágicos del poema como este episodio macabro que inserta en el libro 9.º y que tiene relación con otras fuentes de la literatura:

«Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
negro fantasma o sombra descarnada:
quedó pasmado y el cabello yerto,
suspenso el paso y la color mudada:
hasta que reportado: ¡Oh tú, encubierto

cadáver! dijo, dime en voz pintada,
si no la tienes propia, por cual cueva
un jayán bruto preso a un ángel lleva».

Es una reminiscencia de Juan de Mena: en su «Laberinto» se increpa un cadáver para que hable, azotándolo con una serpiente viva.

La navegación de Bernardo, conducido por el mago Orontes, es de una impresionante fantasía:

«Parécele que vuela más furioso
su barco que la esfera de la luna,
y no se mueve más ni dá más paso
que en Tesalia las cumbres del Parnaso».

En el libro 11.º, un ruiseñor pronuncia un gran discurso a Orlando. Lo interesante de este pasaje es la prolija relación de reencarnaciones por las que ha pasado el alma del ruiseñor. En la alegoría que este libro tiene como todos, a su final, donde expone una pretensa moraleja para absorber los humos de tanta mitología, de tanto encantamiento y de tanta magia, dice que «las tres cosas que concurren en la generación son calor, humedad y espíritu», palabras que nos tientan a una disquisición filosófica, a la que renunciamos para no hacer más extenso este estudio.

En el libro 15.º presenta cierta propiedad del caballero, muy en consonancia con las leyes de la caballería y con la psicología de la mujer:

«Que ningún caballero fué homicida
de mujeres jamás, malas ni buenas:
que es fragil gente y todos sus errores
o son por ignorancia o por amores».

En el mismo libro, la descripción de la cueva del alquimista es admirablemente gráfica. El alquimista es también astrólogo, por lo que se ve:

«A Mercurio combusto en los airados
rayos de sol y la inconstante luna
en el noveno ángulo nocturno,
triste y lóbrega casa de Saturno».

Después el alquimista habla de una sierra misteriosa:

«Y de antojo en antojo y daño en daño
a los collados vine de esta sierra,
donde por modo y artificio extraño
algún tesoro incógnito se encierra,
si ya de la filosofal piedra el tesoro
no es quien convierte aquí hasta el aire en oro».

Tal, para mi, es una alusión a Sierra Morena, cuyos tesoros estético admiraron tanto a todos los clásicos, que se dejaron absorber por sus montañas. No vieron ni soñaron con los tesoros arqueológicos ni geológicos, que apenas supieron intuir. La constante de atracción de Sierra Morena es evidente, y acaso vivía en la subconsciencia de todos los que la vieron, aunque solo fuera de pasada.

Después llega a una conclusión de tal enjundia filosófica que nos recuerda, por la nitidez de sus pensamientos, los de Calderón:

«Es el mundo una farsa de opiniones
que a todos encandila y entretiene
y aunque humilde, reparte estimaciones
conforme al tiempo y la ocasión le viene.
El que es hoy Salomón en sus razones
mañana ni le valen ni las tiene:
el que fué ayer gigante es hoy enano
y muere rey el que nació villano».

Abunda después en el mismo pensamiento:

«Un día con salud otro indispuesto,
ya al rincón, ya en el cuerno de la luna».

Es curiosa la pregunta que el rey de Persia formula al mago sobre la existencia de los antípodas:

Si es de creer que allí la luna ronde
en perpetuo silencio y noche entera».

El vuelo de Malgesí en un barco alado es otro elemento de encantamiento mágico, muy propio de los contenidos en los libros de caballerías:

«Iba el barco tan alto que pudiera
aferrar con el cuerno de la luna».

Y dice después:

«El mesón y hospedaje de la luna
este alcázar lóbrego se llama».

Como se vé ya el mago verifica viajes planetarios y en la fantasía del autor explora la luna muchos siglos antes de que lo hicieran los astronautas.

El mago pronuncia unas palabras en las que se vé la opinión que ya el autor tenía de la contextura psíquica de la humanidad:

«Que en nuestra ínfima espera y tierra oscura
¿Quién hay sin senda o rama de locura?».

La descripción de la guarida del mago es escalofriante. Balbuena tenía conocimientos de toda clase de hechizos y de bruje-

rías. Debió conocer «La Celestina» porque más parece la cueva de dicha bruja que el aposento de un mago: allí se encuentran todos los filtros posibles y para todo linaje de pretensiones. El pasaje, además, es terrorífico y lleno de movimiento y de emoción.

Sería inacabable la cita de versos que contienen los elementos que venimos considerando: el viaje del hada Alcina a Escandinavia, donde están los palacios del hada Morgana; don Gaiferos, vencido, por Rodamante; el origen de la fuente del desengaño; el robo de Bernardo por Orontes; la lucha de Bernardo con el rey de Persia; la batalla por la libertad de la reina de La China, arrebatada en un carro de fuego; los sueños junto a la fuente y la descripción de los palacios de Galiana; el encantamiento de Gundemaro; las cualidades mágicas del caballo Clarión; el hallazgo de Angélica entre las uñas de un dragón horrible; los encantamientos de Bernardo y de Ferragut cuando el caballo quiere despeñar a este último; la fábula de Galirtos; los compañeros de Orlando convertidos en estatuas de oro en la sala encantada del castillo; los monstruos de Creta; la pérdida de Arcangélica, princesa de Catay, en la tormenta; la genealogía de Arcangélica, que procede del dios Marte; Bernardo en la cueva de la diosa Temis y en el Parnaso, luchando con los monstruos; el asalto de los necios al mesón de la Fortuna; la doncella liberada de las garras del león; las justas de Acaya; la fuente de las maravillas; el encantamiento de Bernardo en el castillo del Carpio; el espejo donde se vé la genealogía de la casa de Castro, de pura sangre goda; las armas de Anteo y la clava de Hércules; el sueño de Carlomagno; la maravillosa aventura de Orimandro con Arlaja; el artificioso origen de Granada; la conversión de Estordian en gusano de seda y de Doralice en fuente; todos estos episodios, en fin, nos descubren un conocimiento de las leyendas, de la literatura caballeresca y de los ritos mágicos nada común. Hay que hacer constar, empero, que no se exponen en «El Bernardo» como un simple calco de las lecturas o como una imitación vulgar, sino con la genial impronta de la imaginación del autor que si a veces nos arrastra por textos farragosos y plúmbeos, como en la lenta descripción de las luchas, duelos y batallas singulares, es otras veces fulgurante, abigarrada y de gran belleza, con salpicaduras de una elegancia, por desgracia, infrecuente.

HISTORIA Y GEOGRAFIA DE «EL BERNARDO»

En «El Bernardo» aparece una historia completa de España, desde sus orígenes hasta la época en que escribe su obra. Ya en el libro 2.º encontramos la relación rimada y comentada de los reyes visigodos. Por todas partes resalta el patriotismo, en estrofas entusiasmadas, que nutre el poema, diseminándose a través de muchos pasajes. En el libro 19.º, como iniciación del tratado de heráldica, puede verse una muestra:

«¿Qué brazo llega a todo? ¿Quién alcanza
del cerco lácteo el número de estrellas
o el honor español, lanza por lanza,
la suma sin faltar alguna de ellas?».

Y más adelante habla de las

«...lunas llenas del honor de España».

Debió conocer Balbuena gran parte de las crónicas —no todas, como ya vimos— y de las historias de España publicadas hasta su época. Es muy posible que conociera la del Padre Mariana, muerto tres años antes que él. Desde luego demuestra una portentosa erudición histórica. En el libro 19.º citado empieza describiendo, en su futura visión profética amañada, la conquista de México por Hernán Cortés, ponderando la capacidad bélica de los indios para más destacar la epopeya del conquistador, que solo disponía de un mundo muy reducido de fuerzas, sin olvidar la leyenda de la destrucción de las naves. Parece extraño, y ya lo comentaremos en su lugar, que no se hiciera eco en «Grandeza Mexicana» de tal gesta, cuando en «El Bernardo» nos habla de:

«...los mexicanos escuadrones
cuando al mundo asombraron sus banderas».

Parece aludir también a Moctezuma:

«Entonces mi constante pueblo altivo,
sin nunca ver de espaldas la fortuna,
la verde juncia en ademán esquivo
y el cerco ha de asombrar de su laguna,
cuando ya llegue el colmo fugitivo
de su prosperidad la llena luna,
y a un rey sañudo que su cetro tenga
del rubio sol a verle un hijo venga».

Después de la historia de América de su tiempo, inicia una historia de España integral, detallando las acciones de los reyes de España, desde sus orígenes, si bien sin que aparezca ni un dato solo de historia interna. Describe las luchas de los hijos de Fernando I

con gran detalle, sin separarse tampoco mucho, cuando hay materia, del romancero; pero siempre con la estratagema, con el recurso de ser un sabio vidente quien profetiza sobre el futuro de España:

«Al sabio Clemasi, que en luna nueva
vía el mundo venidero».

Las gesta de Zamora es muy gráfica:

«Y Vellido en el muro zamorano
al uno vengará y al otro hermano».

es decir, a García y a Alfonso VI, dando muerte a Sancho II.

Destaca, y no con mucho acierto, la batalla de Uclés:

«Y su santo heredero en nube densa
de armas rendido a la africana luna,
de la fuente de Uclés en el desierto
quedará a vueltas de otros muertos, muerto».

Lo que resulta inexplicable es el error histórico que desliza, confundiendo a Alfonso VII con Alfonso VIII, error muy chocante en Balbuena, dado su profundo conocimiento de la historia de España, y que no sé a qué fuente atribuir, si es que no se trata de un simple lapsus mental.

Primero escribe:

«Y tras su libertad, Alfonso el Bravo
vendrá, aunque sin segundo, a ser octavo».

Le llama «Emperador», siendo así que el mote corresponde a Alfonso VII, pero nos presenta las alianzas de Alfonso VIII:

«De España emperador, cuyos vasayos
el de Aragón será y el de Navarra».

El yerro se acentúa todavía más, cuando habla de la muerte de Alfonso VIII, aplicando a este rey la de Alfonso VII:

«(¡Suerte humana!) que al tiempo de gozalla
por cama en la Fresneda una pizarra,
del Muradal rigor dará el camino
el alma al cielo, el cuerpo a un pardo espino».

El que murió en Fresneda, cerca del Muradal, al regreso de su expedición, fué Alfonso VII, el Emperador, y no Alfonso VIII, que también anduvo por aquellos contornos de Despeñaperros en la batalla de las Navas de la Losa.

La sentenciosa ecuación con la que trata de caracterizar a Juan II de Castilla, por sus resabios astrológicos, es también digna de ser citada:

«El segundo Don Juan, rey justiciero
a este sucederá desde la cuna,
que, como único sol, hará severo
crecer y decrecer la altiva luna».

De su agudeza histórica es una muestra el detalle de no silenciar datos como el de la expedición a Persia de la embajada de Payo Gómez de Sotomayor y Ruy González del Clavijo en tiempos de Enrique III el doliente, siguiendo la información de «El gran Tamorlán».

Cuando habla de la grandeza de Francia en tiempos de Carlomagno, sus palabras parecen proféticas de verdad, ya que podrían aplicarse a la Francia del tiempo de Napoleón, cuando Valdepeñas hizo su gesta gloriosa del 6 de junio de 1808:

«Cargada de favores de fortuna,
altiva estaba la indomable Francia,
su fama por el cuerno de la luna
y sobre el mismo rumbo la arrogancia».

En cuanto a la geografía, leyendo y releendo las descripciones de países, algunas de encendido lirismo, parece que Balbuena conoce todo lo que describe. No es probable, aunque sí posible, pero no tenemos noticias de más viajes que de los que hizo a América. Toda su geografía, si bien mezclada en episodios fantásticos de encantamientos, es objetiva y exacta. Es una geografía universal, panorámica, eminentemente descriptiva, con alusiones históricas y legendarias constantes, en la que utiliza la ficción del barco volante con el forzado recurso del viaje aéreo de Malgesí. Cuenta a veces el tiempo por lunas, como los primitivos indios aztecas.

«Ha dos veces seis lunas que se encierra
de un yermo en las incultas soledades»

«Diez lunas volvió Francia el campo escaso
de gente esta ocasión...»

«en seis siguientes lunas que así estuvo
como encerrada cárcel nos detuvo».

Describe la luna a nivel de los conocimientos astronómicos de entonces, pero con magnífica intuición:

«y que de lo que aquí luna parece
huecas montañas son llenas del lumbre».

La descripción de Europa, especialmente la de Italia, parece estar llena de vivencias. Lamento discrepar aquí otra vez de la opinión de D. José Castillo y de la reducción con la que limita los viajes de Balbuena, ciñéndose tan solo a la constancia en los pasaportes y listas de viajeros. ¿No pudo Balbuena ir a Italia alguna vez con motivo de su ministerio, aunque no haya constancia oficial o se hayan perdido las pruebas documentales?

También la descripción de Asia parece vivida, por el color de sus pinturas, y no desdice de las descripciones de América, especialmente de las contenidas en «Grandeza mexicana», que no son producto de su imaginación. Leídas las descripciones de Asia, encontramos en ellas tal propiedad que pensamos si alguna vez estuvo allí, lo que vuelvo a decir que es muy difícil, a pesar de su espíritu viajero. Las descripciones de África parecen más apagadas y abstractas.

Dice que el mapa de Europa parece un dragón, mirada desde lo alto (y ya es preciso remontarse alto para ver en una mirada el mapa de Europa). Se me ocurre pensar qué figura representaría para su imaginación inflamada el mapa de América. Ya sé que es atrevidísimo el propósito, pero no me niego a aceptarlo, después que son imágenes frecuentes la piel de toro de España y la bota de montar de Italia. El mapa de América, con la perfección que hoy se nos presenta, no pudo elaborarse hasta muchos años después de la muerte de Balbuena. Pero interpretando, tal vez temerariamente, la fantasía del autor y consciente de su psicología por haber penetrado profundamente en su pensamiento, yo aseguraría que América se le hubiera antojado una bailarina de perfil, estilizada en plena danza: los brazos, tendiendo al esquematismo, están doblados, con las manos detrás de la cabeza en el Canadá; la cintura, de avispa, hoy rota, sería el canal de Panamá; las rodillas, dobladas en trance de compás de danza, corresponderían al saliente del Brasil, y los pies, sostenidos sobre la punta de los dedos en la Tierra del Fuego, se apoyarían en el estrecho de Magallanes.

Si dudamos de que las descripciones de Europa y de Asia sean realidades vividas, no podemos hacer lo mismo con sus descripciones de las regiones españolas. Sería muy prolijo anotar todas las citas y sugerencias que de ellas pueden derivarse, pero no resisto a practicar un breve análisis de las concernientes a Sierra Morena, ya que a esta sierra hemos dedicado otras atenciones, que prueban que Balbuena la conocía muy bien.

En la fingida evolución aérea, tan excelente para la visión panorámica, empieza la descripción:

«Y la que yerta va a la diestra mano,
de árboles llena, breña y monte oscuro,
la alta preñez del monte Mariano
estofada de plata y oro puro,

de rojo cobre y bermellón los riscos
y de grana nevada los lentiscos».

La **grana nevada** es una metáfora que aplica a las flores del adelfo, la famosa **rosa de Jericó**, con un grafismo maravilloso, toda vez que en la época de floración de esta planta, que tanto abunda en los ríos de Sierra Morena, parece que los valles están cubiertos de **grana nevada**. Se deja luego absorber por la doble presión de la belleza y de la leyenda, cuando no de la historia:

«Allá Linares, que el Parnaso antiguo
sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro,
el que encierra la frente, por su abrigo,
un castillo labró y forjó de hierro:
el puerto Muradal es el que os digo,
donde si un punto de Merlin no yerro,
degollarán más moros en un día
que a España dé en cien años Berbería».

Se vé bien clara la alusión a la batalla de las Navas, y precisamente en su lugar correcto, en las inmediaciones del Muradal, junto al puerto de la Losa, como ya está suficientemente demostrado. La alabanza de Sierra Morena que sigue no puede ser más apasionada y palpitante:

«La fértil sierra donde el cielo quiso
por los riscos fundar y ásperas breñas
a los ojos del mundo un paraíso»
.....

Es una alegre piña de frescuras,
florido y concertado ramillete,
que sin tierra nacido en peñas duras
al mundo sirve de inmortal pebete».

Como puede verse, dirige la alabanza con alcance universal, «al mundo».

Narra también el origen fabuloso de Vilches:

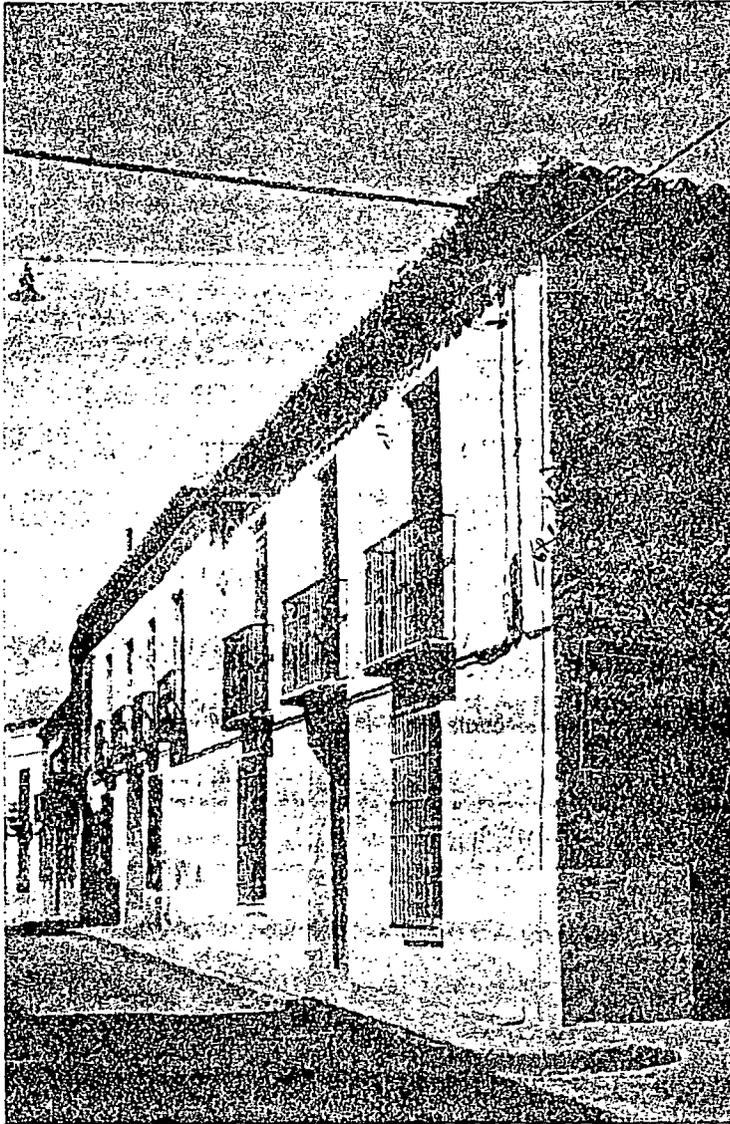
«Bilches, que fué un jayan, hoy encantado
encima aquel pináculo parece,
y el limpio arroyo de cristal nevado
que, cual veis, nace allí y allí fenece,
será Guadalimar que el un costado
rompe a Guadalquivir, donde le ofrece
entre una ola y otra, al disimulo
las ruinas y destrozos de Castulo».

Es interesante la mención de Castulo —hoy Cazlona, junto a Linares—, porque el «Saltus Castulonensis», según el arqueólogo Cabré, en el que está ubicado el Collado de los Jardines, es un yacimiento arqueológico de máxima importancia que ya intuye el poeta: «las ruinas y destrozos de Castulo». El «Saltus Castulonensis» se prolonga hasta Aldeaquemada, y en estos momentos realizamos activas prospecciones sobre **ruinas y destrozos** en «La Desesperada», en «El Barranco de la Hoz», en «El Prado del Azogue» y en la «Loma del Lentisco», con hallazgo de sensacionales pinturas rupestres, hoy en pleno estudio, todo dentro del «Saltus Castulonensis» cuya riqueza en vestigios de civilizaciones muertas ya intuyó Balbuena.

Una deliciosa pincelada, en la que, a la vez, nos presenta una aurora en Sierra Morena con la alusión a Cazorla, merece destacarse también:

«Aquellos riscos, que al nacer el día
la luz le toman y a la aurora el paso,
y en punta sus pirámides envía
el que está de los dos al turbio ocaso
son donde ya Casteón ser solía
y ahora Cazorla está, que en día escaso
goza el verano y su encumbrada breña
al sol le asombra la dorada peña».

El estudio de la prehistoria empieza a cultivarse con intensidad casi tres siglos después de la muerte de Balbuena. Por esto no hay alusiones prehistóricas en su obra ni se hace eco de los jeroglíficos aztecas como una de las grandezas de México, según veremos después. No obstante, como algo inconsciente y vago parece que los enigmas de la prehistoria le tientan, al menos en «El Bernardo», y gusta de los orígenes de los pueblos, envolviéndolos en una hemorragia de misterio lírico, como en el sacrificio de vírgenes a la luna Ilena, que ya comentamos en su lugar.



En primer término, la casa de la calle de Balbuena, donde se dice que nació el poeta.

LA ASTROLOGÍA EN «EL BERNARDO»

Ochenta y tres veces se menciona la luna en «El Bernardo», y la mayor parte con motivo de la astrología. Llevamos vistas ya varias de estas menciones.

Para mí no puede haber duda ninguna sobre la creencia de Balbuena en la astrología. En la alegoría del libro 7.º me parece terminante y sin posibilidad de discusión:

«Estos aspectos, estas mutaciones
de signos y planetas diferentes,
la variedad nos dán de inclinaciones
y sucesos del mundo y de sus gentes».

Si rastreamos en el poema, nos encontramos con serias influencias astrológicas por todas partes. Al principio de la obra dice:

«Que siempre los favores de fortuna
crecen para menguar como la luna».

Y más adelante:

«Que cierto es en la noche más serena
el decrecer la luna siendo llena».

Estas, que parecen metáforas sin contenidos astrológico, no son más que alusiones al complejo misterioso de los astros, ya suficientemente expuesto anteriormente, con motivo de la influencia de la luna en la magia. Sus conocimientos astrológicos no son elementales ni de superficie:

«La ciega noche atenta contemplando
del pardo cielo aspectos y señales
fué en puntos de efemérides sacando
de los pasados los futuros males.
Saturno al sol en diámetro mirando...».

Y es instructivo considerar la interpolación lírica en sus deducciones astrológicas:

«Y la encantada luna que preside
el flojo sueño en su mayor creciente
se vió alegre salir con sus estrellas
y faltarle la luz en muchas de ellas».

Otras veces no es la astrología, sino la astronomía científica, en sus tiempos en mezcla constante con la astrología, la que apunta por la pluma del poeta:

«Contó el sol sus eclipses y a la luna
la luz que con dorados cuernos bebe».

A veces se vale de un rodeo lírico para expresar la aparición de la luna: veamos una salida de la luna llena que describe sin mencionar la luna:

«Puesta la luz del cielo en dos balanzas
y al mar de Atlante lo último del día,
por sus gonces, sus puntos y mudanzas
el sol entraba y Hécate salía».

La luna llena, como es sabido, asoma su facies cuando se pone el sol. Y a pesar de la afirmación erudita de que Balbuena escribió «El Bernardo» en México, los versos indican que lo compuso en España o que tenía el pensamiento puesto en España cuando escribió, por lo menos, este pasaje. El occidente para México no puede ser el Atlántico, y si daba «al mar de Atlante lo último del día», está bien claro que la puesta del sol era contemplada en un lugar de España.

También desfilan las constelaciones por esta inmensa procesión de versos:

«Más que el divino artífice, que solo
el globo hizo máquina presente,
la luna variable, fijo el polo,
a Bootes frío y al León caliente».

Las temperaturas de las constelaciones son una buena aplicación de la magia. Bootes es la constelación boreal llamada también «El Boyero» que contiene la estrella Arturo, de primera magnitud. «El León» es uno de los signos zodiacales. Ambas constelaciones son muy tenidas en cuenta por los astrólogos de todos los tiempos.

Parece que la estructura astronómica que conoce Balbuena es la clásica:

«Las cinco partes de las seis del cielo
ya el sol pasado el horizonte había
y el primer orbe, con su raudo vuelo
al otro mundo trastornaba el día».

Otra vez cita a Bootes para calcular la hora nocturna, pasada ya la media noche:

«Más de Bootes ya el carro helado
lo alto ocupó de la esmaltada esfera,
la luna en medio el cielo, y las estrellas
lloviendo sueño altísimas y bellas».

También los planetas ocupan su lugar en el escenario del cielo y del poema:

«Y al no afijar Mercurio con la luna,
dar su razón querellas de fortuna».

Vimos también antes que citó a Saturno. Imagina un observatorio, en la luna, para el mundo entero:

«Que en las altas montañas de la luna
la fuente al Nilo vé, si tiene alguna».

Se desconocían entonces las fuentes del Nilo y aún se dudaba de su existencia, teniendo por fabuloso el origen del río. Por ello Balbuena considera la cuestión como un problema que desde la luna podría descifrarse.

Contrasta, empero, la creencia de Balbuena en la astrología con sus agudas afirmaciones astronómicas, del más puro sentido científico en su época, y solo el contraste se explica por la burda mezcla de la astronomía con la astrología en aquellos momentos. Es chocante que la Inquisición dejara pasar «El Bernardo» sin sanción y sin censura. En el libro 18.º pone en boca del mago estas octavas:

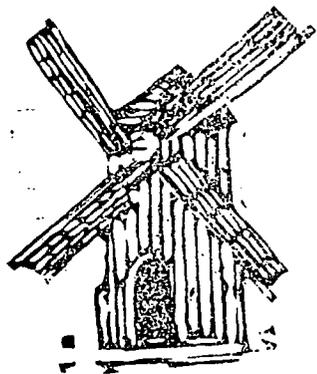
«Tiénesse por sospechas que esta lumbre
que es de todas las lumbres la primera,
no como el mundo juzga está en la cumbre,
más en el fijo centro de la esfera:
Y la demás inmensa muchedumbre
de estrellas rubias, con su rueda entera
en torno rueda dél, y también rueda
la tierra, aunque parece que está queda.
Que él, como silla y soberano asiento
de los dioses se está inmutable y fijo,
de cuya eterna luz toma sustento
la suya y della el mundo regocijo:
vosotros, que en los páramos del viento
reposo y vuelo dísteis tan prolijo
sabréis quien lo que ahora se desea,
si se anda el sol o el mundo lo rodea».

Sin paliativos ni eufemismos, aquí se acepta el sistema heliocéntrico de Nicolás Copérnico. Es inexplicable que no lo persiguiera la Inquisición, o al menos ninguna noticia tenemos de roces de Balbuena con el Santo Oficio. Que el poeta conocía el sistema copérnico es evidente; que lo acepta, también. Suponía esto en aquel momento histórico un modernismo atrevidísimo. Copérnico murió en 1543, sin atreverse a dar su obra al público por temor a la Inquisición; luego, después de su muerte, la obra fue publicada y pasó al Índice de los libros prohibidos, donde permaneció hasta 1828.

Galileo, que aceptó las teorías heliocéntricas de Copérnico, fue perseguido por la Inquisición, que lo envolvió en el célebre proceso. Galileo murió en 1642, 15 años después que Balbuena. No es fácil ni probable que Balbuena conociese la obra de Galileo. Hemos de pensar que tomó sus conocimientos astronómicos de la obra de Co-

pérrnico directamente, la cual debió consultar, aún estando prohibida. El proceso de Galileo fue en 1632, ya después de la muerte de Balbuena. ¿Por qué la Inquisición no tomó medida ninguna contra «El Bernardo», donde se venía a decir lo mismo que dijo Galileo? ¿Se respetó la condición episcopal del autor? No lo creemos. ¿Era la Inquisición española más tolerante que la italiana. Tampoco es admisible. ¿No llegó «El Bernardo» al conocimiento de los inquisidores? No parece probable. Este problema tiene el aspecto de un enigma histórico, si no es que el Santo Oficio vió muy por encima la farragosa exposición de Balbuena y no se fijó en detalles por tratarse de un mero libro de poesías.

Puede ocurrir que haber pasado tanto tiempo —catorce años dice el autor— entre la composición de «El Bernardo» y su publicación, dando el libro a la luz solo en los últimos años del poeta, se debiera a estas atrevidas afirmaciones, tan peligrosas en su momento histórico y susceptibles de haber despertado en Balbuena un incoercible miedo, a pesar de no haberse producido todavía el proceso de Galileo: miedo a la teoría copernicana y a la poesía erótica desenfundada que contiene «El Bernardo» y que vamos a ver a continuación.



CONTENIDO ERÓTICO DE «EL BERNARDO»

Tengo para mí que el temor expresado por Balbuena en el prólogo de «El Bernardo», cuando afirma que su obra «en alguna manera desdice de lo que en rigor toca a mi oficio y dignidad y a la profesión de púlpito y estudio de Teología», se refiere muy especialmente a las descripciones que ahora vamos a ver. Porque no parecen muy propias de púlpito, en efecto, sino, por el contrario, fruto de cierta relajación poco compatible con el púlpito y con la Teología.

Ya vimos el gran conocimiento que hay que conceder a Balbuena sobre la psicología de la mujer. Lo advertimos en los comienzos del libro 1.º de «El Bernardo»:

«Que no hay mujer tan dura y desabrida
que del todo aborrezca si es querida».

Son versos paralelos a los que aplica al hombre en el mismo libro:

«Que no hay sin agraviados victoriosos
ni hombre tan ajustado y tan querido
que de alguno no sea aborrecido».

En el libro 7.º nos presenta ya una descripción que hoy podríamos motejar, acaso, de pornográfica. Es de advertir, no obstante, en justificación de Balbuena, que estas expresiones lanzadas entonces con naturalidad, no tenían el alcance malicioso que hoy pone en ellas nuestra civilización. Recuérdese que ya había pintado Giorgione el «Concierto campestre», con desnudos femeninos, y que otros muchos pintores, como Tiziano y el Corregio, los habían pintado también, y no había razón para no representar esos desnudos en la literatura:

«Los tiernos pechos dos pequeñas pomas
de rosas hechos y apretada leche,
de un gran valle de amor pequeñas lomas
que al ensancharse le hacen que se estreche:
no hay Panchaya con todos sus aromas
que olor más fino que sus pechos eche,
ni Venus de marfil ni oro de indiano
con dedos más bien hechos que su mano».

Se trata de la aventura de Ferragut con Arleta, que resulta ser una ramera bruja. Las palabras de Arleta revelan su falta de prejuicios cuando relata las concesiones íntimas pretéritas:

«Hame tiranizado un caro amigo
que era otro tiempo el alma de mi gusto
y en fé que dió de se casar conmigo
de mí le dí más parte que lo justo».

La escena, después se vé truncada por una hechicería, y el poeta la describe con toda corrección, aunque sin gazmoñerías ni remilgos:

«Cuando con el luchar desordenado,
él sujetalla y defenderse ella,
la vela se cayó, y sin lumbré alguna
lo que encubrió la luz mostró la luna».

La transformación es de la más clásica magia:

«Sobre una cama de pajizo heno
abrazando se vió a una flaca vieja».

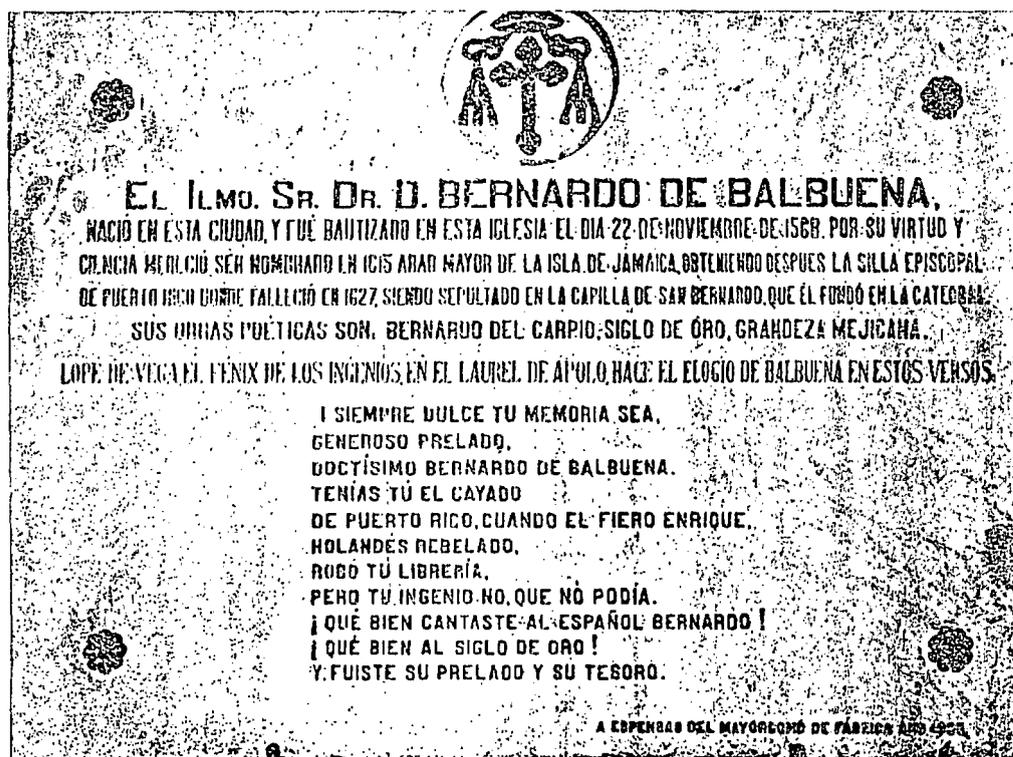
Citaré otro deseniace del libro 8.º, sin relación con el anterior pero que, en fórmula, nos presenta otra situación de tipo erótico:

«Hallóla allí y no habiendo resistencia
en su gusto no fué en cumplillo tardó,
niño y niña también, la mora bella
que salió madre donde entró doncella».

Y la descripción de Dulcinea, en el libro 1.º es el mismo carácter:

«Cañido el talle y rito de Diana,
la púrpura igualmente recogida,
y descubierta aquello que podía
fuego ardiente volver la nieve fría.
De la rodilla abajo descubierta,
cual clavel sobre nieve deshojado,
el pecho de alabastro y grana abierto
y el un brazo y el otro arremangado:
el dorado cabello sin concierto
como al descuido con un nudo atado».

Son estas muestras suficientes, entre otras varias que pudiéramos traer y que no lo hacemos en honor a la brevedad, para hacerse cargo de que el componente sensual asoma la oreja en «El Bernardo» también.



Placa de mármol, instalada en el interior de la iglesia de la Asunción de Valdepeñas, junto a su puerta sur, en la que dice que Balbuena fue bautizado en dicha iglesia, el 22 de noviembre de 1568, fecha que parece errónea, según investigaciones posteriores.

ALUSIONES TAURINAS

En el libro 12.º de «El Bernardo» figuran unos versos que significan una clara alusión al toreo:

«Es en tal ocasión de ánimo cuerdo,
y discreta ganancia echar perdida
la capa al toro por salvar la vida».

Otra alusión encontramos en el libro 22.º:

«No en barreado coso toro altivo
que nunca al yugo altivo ató la frente
con más furor se arroja al curso vivo
con que dél huye la plebeya gente».

Con toda evidencia Balbuena se refiere al toreo en ambas citas. En la primera, «echar la capa al toro» es una muestra del toreo a pie, como en la actualidad lo conocemos; hablar en la segunda del «coso» quiere significar claramente una corrida, pero de un tipo más popular, como las conocidas capeas en las plazas de los pueblos, ya que solo así puede explicarse que el toro, que es un toro bravo porque «nunca al curvo yugo ató su frente», se arroje «al curso vivo» y vaya corriendo delante de él, para evitar la embestida, «la plebeya gente».

De gran interés son estas citas para la historia de la Tauromaquia. De la obra «Los Toros» de Cossio, se colige que en un principio fué el toreo a caballo, por los caballeros en plaza, pertenecientes a la nobleza, y nada sabemos o fué muy poco frecuente el toreo a pie, como en la actualidad, ya que los primeros testimonios escritos sobre tal forma de torear proceden del siglo XVIII, cuando aparece el famoso clan de los Romeros, fundadores de la escuela de Ronda. Es decir, que la prehistoria del toreo a pie se remonta hasta el siglo XVIII. Pues bien: en tiempos de Balbuena existía ya el toreo a pie y existían las capeas de los pueblos, espectáculo que sin duda importaron los emigrantes en las nuevas ciudades de América.

Por otra parte la afición a los toros en personas eclesiásticas estuvo bastante extendida. Nada sabemos de esto, aunque lo suponemos, en los tiempos de Balbuena. La primera noticia que ha llegado a nosotros es de los albores del siglo XIX, época que podríamos llamar la «Edad antigua de la tauromaquia»; en aquellos años un fraile mercedario, el Padre Pablo Negrón, toreó en la plaza de Lima, quebrando al toro con sus hábitos blancos, tal vez como un espontáneo de nuestros días. ¿Sería también el doctor Bernardo de Balbuena un aficionado a los toros que, después de todo, es una de las bellas artes? Pensando en la arraigada formación estética de su personalidad, es presumible que sí.

CONTENIDO RELIGIOSO CRISTIANO

Independientemente de la alusión a los mártires cristianos que sufrieron suplicio por los musulmanes, solo encuentro una cita piadosa, como excepción rarísima de afirmación cristiana entre tanta y abrumadora mitología: es en el libro 9.º y dice así:

«Pide también en su sereno pecho
favor a la purísima María
y a su santo custodio...».

«EL BERNARDO» FUENTE LITERARIA

Pueden encontrarse a lo largo del vasto poema frases y sentencias muy numerosas que, si unas proceden de fuentes literarias anteriores, como ocurre con todos los que escriben, otras pueden ser fuentes para otros pensadores y poetas.

— Tenemos un pensamiento, por ejemplo, muy de los místicos, a pesar de que Balbuena está en el polo opuesto, en la antípoda de la literatura mística:

«Que a saberse lo dulce de la muerte
fuera el largo vivir adversa suerte».

Y otro que nos recuerda a Jorge Manrique:

«Y al gusto no hay dolor más grave
que el bien pasado en quien sentirlo sabe».

Muchas frases son de carácter tópico, muy usadas por los escritores de todas las literaturas, y cuyo origen no sabríamos precisar:

«Suele estar la ponzoña entremetida
y tras la flor la víbora escondida».

O bien esta otra:

«Y el sosegado mar, riendo en calma
de la tormenta en que se anega el alma».

¿Conoció Calderón la obra de Balbuena? Probablemente, sí, porque la cronología de ambos poetas lo permite y hasta yo creo que se pueden evidenciar vestigios de Balbuena en Calderón. Ya anteriormente hemos visto algún parecido. Veamos ahora esta octava que nos pone delante, aún sin quererlo, al poeta de los Autos sacramentales:

«El mundo es un teatro, en que fortuna
sus varios entremeses representa
de inconstantes figuras, y ninguna
sale que con la suya esté contenta;
desde las tiernas fajas de la cuna
al estrecho ataúd todo es tormenta:
ya sopla un aire, ya vuelve otro viento
los pasados placeres en tormento».

En cambio, se pueden rastrear ciertas reminiscencias de Juan de Mena en los versos siguientes:

«¿Qué bien tiene la tierra tan seguro
que en invariable estado permanezca
y cual luna mortal no mengüe o crezca?
Todo es sombra y no más: mas donde en todo
es digna de llamar la humana suerte
es en ver cuál a tiento y de qué modo
anda el hombre en la vida y en la muerte:
aquí le dan la mano, allí del codo,
aquí le hacen errar, allí que acierte:
¡Oh laberinto humano! ¡cuán a ciegas
los gustos das o los contentos niegas!»

Frases sentenciosas y que se repiten en muchos escritores son muy abundantes y no siempre significan influencia.

Dejaremos, pues, este camino, cuya iniciación está ya despejada, porque nos llevaría muy lejos.

De manera rápida, fugacísima, hemos pasado por «El Bernardo o la Victoria de Roncesvalles» sin más pretensión que la de presentar unos cuantos cuadros de esta película de **larguísimo metraje** que estudiada y analizada con el reposo y la serenidad que merece necesitaría mucho tiempo de trabajo y muchos volúmenes de imprenta.

No era otra mi intención que la de mostrar unas facetas de la personalidad de Balbuena en esta obra, plasmada en su juventud y publicada en su vejez.

El Siglo de Oro en las Selvas de Erifile

Voy a intentar, en el mismo plan que he seguido en «El Bernardo», pasar con esa velocidad de reportaje cinematográfico que lo vengo haciendo, otra obra de nuestro poeta: «El Siglo de Oro en las Selvas de Erifile.»

La primera edición conocida de esta obra es la de Madrid de 1608. No hay constancia de haber sido publicada en América, durante su vida. Parece que aprovechó su estancia en España, cuando la colación del grado de doctor en Sigüenza, para su publicación. Lo corrobora también el párrafo que figura en «Grandeza mexicana»:

«Y así los demás trabajos míos, si algún día, como estos, merecieran salir a la luz, será gozando de las comodidades de España, enviándolos allá o disponiéndome yo a llevarlos.»

Esto lo decía en 1602. De la lectura del pasaje se infiere que quería gozar de las comodidades de España cuando publicara sus obras, no obstante sus alabanzas y encomios al paraíso mexicano.

Como «El Bernardo» se ha clasificado dentro de la poesía épica. «El Siglo de Oro» se dice que pertenece a la bucólica. Ya dije que en la hora presente tal encasillamiento fósil de poemas se ha trascendido y superado, y no aceptamos la clasificación precaria de la poesía que tanto curso ha tenido hasta ahora en todas las preceptivas literarias y que ha sido tormento de los escolares. Ni la poesía bucólica se puede distinguir de la lírica ni ésta de la épica. Nadie negará que en «El Cantar de Mío Cid» hay mucho lirismo ni que en García Lorca y en Alberti se presentan y describen motivos épicos. El cuadrículado catálogo ineficiente y antañón, que enjaulaba las distintas modalidades de la poesía entre barrotes de hierro convencionales e intransferibles, es algo ya trasnochado y pasado de moda.

El poeta no puede poner fronteras a sus sentimientos porque, al hacerlo, dejaría de ser poeta; ni se puede enjaular en un determinado y presunto género literario, porque dentro de una jaula no se puede volar, y la poesía es una forma alada.

La evolución de la poesía hasta el actual momento, podríamos decir que ha seguido paralelamente la evolución de la filosofía cosmológica de los pensadores griegos primitivos.

Tales de Mileto afirmaba que el agua era el principio de todas las cosas; Anaxímenes decía que era el aire; para Anaximandro era el apeiron; el fuego, para Heráclito; Pitágoras aseguraba que el número; y Empédocles rompía la unidad del principio con su doctrina de las cuatro raíces de las cosas: el aire, la tierra, el fuego y el agua.

Pero vino Anaxágoras y dijo que el principio de todas las cosas eran las omeomerías, que se situaban en determinadas perspectivas

para formar las cosas, y que no encontraba por ninguna parte las raíces de Empédocles, porque **había de todo en todo**. No importa que los gamberros de Atenas en aquellos tiempos lo apedrearán por las calles y lo llamarán el Nus.

En la poesía se ha dicho que Góngora era culterano, Quevedo conceptista, Cervantes clásico, Ercilla épico, Garcilaso bucólico, Espronceda romántico y García Lorca, por ejemplo, lírico. Falta un Anaxágoras que se nos presente rechazando tales encasillados y rompa estructuras y filiaciones que por ninguna parte se encuentran en la distinción radical de los géneros, afirmando que **hay de todo en todo** y que los versos son como las omeomerías, algo así como perspectivas aladas que solo por su disposición se distinguen. No importa que lo vuelvan a llamar Nus, porque la palabra lo dignifica y enaltece, por ser una de las más hermosas que ha creado el lenguaje humano. Los géneros literarios están implicados en tal anastomosis que para diseccionar uno hay que destruir el poema.

Pero, además, y empleando un nuevo paradigma, también tomado de la filosofía griega más primitiva, uno de los más grandes de aquellos filósofos, el «Gran Parménides», como lo llamaba el propio Platón en sus diálogos, afirmó que el ser era uno, infinito, inmóvil, inmutable y eterno. Tal afirmación chocaba con lo que vemos en la naturaleza, donde los seres son múltiples y no son eternos porque nacen y mueren, ni inmutables porque apreciamos en ellos una abigarrada diversidad de cambios, ni infinitos porque todos tienen sus límites, ni inmóviles porque nos presentan todo linaje de movimientos. Parménides, que veía como nosotros que las cualidades aparentes de unidad, infinitud, inmovilidad, inmutabilidad y eternidad no convenían al ser, explicó la presunta antinomia diciendo que, en efecto, para la doxa los seres eran varios, pleomorfos, polimorfos, cambiantes y perecederos, mas para el Nus el ser era único, infinito, eterno, inmóvil e inmutable. No es éste el momento de exponer las razones en las que Parménides fundaba su especulación filosófica. Pero, como símbolo, diré que la afirmación parmenídea sigue vigente aplicada al campo de la poesía. Y que ante la doxa, que se traduce por opinión de los mortales en el poema parmenídeo, la poesía podrá ser épica, bucólica, lírica, sentimental, etc. Mas para el Nus la poesía es una, inmutable, infinita e inmortal. El Nus no tiene una traducción exacta, pero puede significar entendimiento, mente, inteligencia, algo en fin de un valor semántico infinitamente superior a la significación de la doxa que es, simplemente, la opinión de los mortales, el contenido de las impresiones que suelen engañar nuestros sentidos.

«El Siglo de Oro» es un poema bucólico, pero ¿habrá quien se atreva a afirmar que es sólo bucólico? ¿No encontramos en él un

lirismo sentimental que lo penetra y unas infiltraciones épicas que lo entranan?

«El Siglo de Oro es poesía columnaria y ensamblada en prosa, porque es también una novela pastoril, pero, tanto poesía como novela, pertenece a todo orden y a todo género, al menos ante el Nus. Balbuena nos presenta selvas, amañadas ciertamente y de guardarropía, de atuendo escénico y de dulcedumbre estereotipada y teatral, porque nos pone las encinas junto a los claveles, y los enebros junto a los jazmines, y las azucenas junto a las madroñeras, y los alcornocos junto a los lirios. Pero en «El Siglo de Oro» los relatos épicos vienen junto a las explosiones líricas y junto a las bucólicas simplicidades.

Yo tengo para mí que Balbuena escribió «El Siglo de Oro» para romper la rigidez estática de su porte heroico, para arrancar la incómoda armadura, ese esqueleto exterior, ese caparazón de formas que envolvió sus otras composiciones; para doblar, para flexionar sin obstáculo las coyunturas del alma, inflexibles en las descripciones de México y en la epopeya de «El Bernardo». Balbuena nos entrega aquí, con desnudez de hopalandas inflexibles, su propio pensamiento, sustituyendo el manto por la zamarra y la mitra por la montera.

Sin embargo, hay que convenir en que no lo consiguió del todo. En vez de expresar la rusticidad encantadora de las componentes, se obstina en decorar las aposturas excelsas de indumento civilizado, llevando la intención del pebetero a las yerbas del campo natural. Pero aún así, como vamos a ver en seguida, es el poeta que mejor nos presenta la rudeza de los pastores y nos deja andar entre sus matorrales, sin importarle las dificultades que allí encuentra nuestra andadura de lector.

Teniendo en cuenta que «El Siglo de Oro» no sólo es un poema, sino también una novela pastoril, intentaré filiar a Balbuena en la línea de la llamada literatura bucólica para mejor analizar las calidades de la obra que motiva nuestro comentario.

Dos líneas han trazado los eruditos para estructurar las sendas que seguían los escritores de temas campestres y asuntos pastoriles: la línea de Teócrito, poeta griego de Siracusa, autor de los «Idilios», y la línea de Virgilio, poeta latino que escribió las «Bucólicas», las «Geórgicas» y la «Eneida». Sin que nadie pueda rechazar que el propio Virgilio se ubicó en la línea de Teócrito, es cierto también que se echó fuera en cuanto pudo su personalidad hacerse independiente, porque contaba con fuerzas y recursos para ello.

A nuestra distancia de aquellos poetas, los caracteres que se han dado para distinguir y diversificar las dos líneas son la mayor rusticidad de los personajes pastoriles de Teócrito, en consonancia

con la rudeza de su vida, y más reales, por consiguiente, y la convencional y elegante estructura de los pastores de Virgilio, menos propia de la simplicidad agreste que presentan los personajes consagrados al cultivo de la ganadería en los campos, y, por tanto, más irreales en la evolución de su papel poético.

Haciendo honor a esta discriminación han clasificado en la línea de Virgilio a Garcilaso de la Vega, que lo sigue fielmente, a Francisco de Figueroa, contemporáneo de Balbuena, y a Francisco de la Torre, de biografía muy dudosa, que escribió «Las Bucólicas del Tajo», de tónica virgiliana indiscutible. En cambio, nuestro Bernardo de Balbuena ha sido colocado en la línea de Teócrito, catalogando en ella su obra «El Siglo de Oro en las Selvas de Erifile.»

Yo he de rechazar esta clasificación por dos razones: la primera porque Balbuena sigue también a Virgilio, como vamos a ver después en algunos pasajes de su obra; y la segunda porque, a mi juicio, sin echarnos fuera de la literatura castellana, encontramos dos líneas más definidas y en mejor contraste para la filiación de tales tendencias.

En los albores, en el germen, en la semilla de la llamada poesía bucólica, dejando al margen los brotes que de tal poesía podemos encontrar en los cancioneros galaico-portugueses, que no son netamente castellanos, vemos dos líneas definidas y concretas que pueden servir perfectamente para la determinación de los dos aspectos de dicha poesía: la del Arcipreste de Hita, en sus «Cantigas de la Serrana», montaraces y agrestes, rudas y espontáneas, sin retoque ni maquillaje escénico, perfumadas de espliego y de mejorana, musicales al ritmo de la zampoña, de la vihuela y del caramillo y con sabor de montañas de verdad y no de montañas de decoración, y las «Serranillas» del Marqués de Santillana, atildadas, amaneradas y academicistas, afeminadas y amerengadas, pálidas como flores de estufa, falsas, circunspectas y pudibundas, con maquillaje y atuendo de escenario, de calefacción y de guardarropiá.

Quiero presentar modelos de uno y otro estilo para hacernos cargo de las diferencias que resaltan palpablemente en las citas de uno y de otro.

El Arcipreste nos muestra pastoras de verdad, de una brutalidad encantadora, nutridas de serranía, con olor de lentisco, con sabor de jara, con estructura reaccional primitiva, sincera y recia. Veamos una de estas serranillas para familiarizarnos con su estilo; obsérvense bien las cualidades de las pastoras que nos pinta:

«Siempre me verná en miente
desta sserrana valyente,
Gadea de Riofrío.
A la fuera desta aldea,
la de aquí he nombrado,

encontreme con Gadea.
Vacas guarda en el prado:
Dixel: «En buen'ora sea
de vos cuerpo tan guisado».
Ella me rrespuso: «Ea
ia carrera as errado
e andas como radío.

—Radío ando, serrana,
en esta grand'espessura:
A las veces ome gana
o pierde por aventura:
Mas, quanto desta mañana,
del camino non he cura,
pues vos yo tengo, hermana,
aquí en esta verdura,
rribera de este rriyo».

Rriome como rrespuso
ia serrana tan sañuda.
Descendió la cuesta ayuso.
Como era atrevucia,
dixo: «Non sabes el uso
como s'doma la res mucla:
Quizá el diablo te puso
esa lengua tan aguda:
Si la cayada t'enbyo».

Embiome la cayada:
dióme tras el pestorejo,
fizom' yr la cuestalada,
derrocom'en el vallejo;
Dixo la endiablada: «Asi
enpiuelan el conejo:
Sovart' é, «diz', «el'álvardá
Sy non partes del trebejo:
Lyévate. Vete, sandío.

Hospedom' é dióme vyanda;
mas escotar me la fizo:
Porque no fiz' quanto manda,
diz: «Rroyn, gaho, everniso
Cómo fiz' mala demanda
en dexar el vaqueriso.
Yo t' mostraré, sinó abianda,
cómo se pella el eriso
sin agua é syn rrocío».

Veamos ahora una serranilla, la más conocida, del Marqués de Santillana. Véase qué distinta es esta pastora de la que nos ha presentado el Arcipreste. Se trata de una pastora pulida y maquillada, de una pulcritud metafísica estomagante:

«Moza tan fermosa
non vi en la frontera
como la vaquera
de la Finojosa.
Faciendo la via
del Calatraveño,
a Santa María
vencida de sueño,
por tierra fragosa
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.
Mas dixé: Donosa
por saber—quien era
¿donde es la vaquera
de la Finojosa?
Dixo: Caballero
tiratvos a fuera
dexad la vaquera
pasar el otero».

La vaquera del Arcipreste, al requerimiento sensual, responde con la brutalidad agreste que le es natural y propia. Ni a él se le ocurre llamarla, con verbo académico, «donosa», ni ella responde «tiratvos afuera». Santillana no podía emplear otros términos desde la pulcra atalaya de su formación poética ni podía descender de su dosel conpiscuo al lenguaje gráfico de los pastores. Por ello su heroína podía desmerecer envuelta en su disfraz de pastora y disonar en las orejas de sus lectores si hubiera respondido con arrojar la cayada, con *sovarle el albarda* o con *apiolar* al atrevido pretendiente, como «empiuelan el conejo». Las pastoras de Santillana son mujeres de cosmético, de maquillaje y de compostura, falsas de toda falsedad en la vida campestre.

Pues bien: Balbuena está en la línea del Arcipreste de Hita. Si quitáramos a «El Siglo de Oro» todo su empaque mitológico virgiliano, encontraríamos pastores del tipo insobornable del Arcipreste. Garcilaso, en cambio, queda en la línea del Marqués de Santillana.

Tales características de ambas líneas se extienden a la novela pastoril, introducida en España cuando se tradujo y publicó en

Toledo, en 1549, la «Arcadia» de Sannazarò y se conocieron las «Saudades» de Bernaldim Ribeiro, cuyo comienzo «Menina e moca» cuadra también con la tendencia del Marqués.

En la línea de Santillana están la mayor parte de las novelas pastoriles, que tuvieron, por cierto, tan corta vida, ya que ni un siglo de existencia transcurre desde que se publica la primera, la «Diana», de Jorge de Montemayor, hija primogénita de la «Arcadia» de Sannazarò, probablemente en 1559, hasta la última clásica que yo, al menos, conozco, «Los pastores del Betis», del Caballero Veinticuatro de Córdoba, don Gonzalo de Saavedra, en 1633.

La vida entera de la novela pastoril coincide con la vida de Balbuena. Estaba de moda, era *fashionable*, como ahora se dice. Balbuena tenía que rendir tributo a la moda de entonces. Pero Balbuena no se dejó arrastrar por la corriente azucarada y pulcra, ingenua y melodramática de disfrazar de pastores a las relevantes personalidades de su entorno y nos presentó pastores de verdad, de buena enjundia, de pura cepa, pastores hasta el tuétano si no los hubiera cargado de tan lamentable erudición mitológica, tóxico que estaba en el ambiente, que fluía por todos los aires, que se respiraba en todos los climas y que bebieron hasta embriagarse los autores de las dos líneas. Balbuena, sin embargo, no se estableció a la sombra del árbol de Santillana, como Montemayor, el portugués, con su «Diana», ni como Alonso Pérez, seguidor de Montemayor, con su «Segunda parte de Diana»; ni como Gil Polo, aunque mereciera tan engolada alabanza de Cervantes, ni como el propio Cervantes, en su «Galatea», que bien pudo conocer Balbuena porque se publicó en 1585, donde el propio autor de «El Quijote» se presenta bajo la zamarra de pastor, ocultándose como los demás personajes en disfraz campestre; ni como Lope de Vega en su «Arcadia», donde los personajes, si pudieran y no constituyera un enorme anacronismo, diríamos que bailarían un refinado minué de salón; ni como Gálvez de Montalvo en su «Pastor de Filida», que vio la luz en 1582; ni como sus homónimos Bernardo González de Bobadilla, autor de «Ninfas y pastos del Henares», publicada en 1587 y Bernardo de la Vega en «Los pastores de Iberia» que apareció en 1591.

Balbuena tiene el inmenso mérito y el incontaminado orgullo de conservarse en la línea del Arcipreste, sin deformación ni disfraz; de haber logrado plasmar una novela pastoril, aunque un tanto compleja y demasiado convencional, pero de intención pura, sin carnavaladas. Porque hasta el empacho de mitología no es una impregnación de sus personajes, sino un embadurnamiento. Si pudiéramos lavar a sus pastores de esa costra, exhibirían su porte montaráz sin empaque de alusiones, a pesar de la mitología, lo que no es aplicable a los personajes de los otros autores citados, que no tienen alma de pastores. Balbuena supo hacer, con palabras que él

mismo utiliza, la «anatomía del alma» del pastor, lo que no pudieron hacer los otros que nos han presentado personajes que no tienen ni la piel de pastor.

Balbuena es el único autor de novela pastoril que se inscribe en la línea del Arcipreste de Hita. Ante los demás autores es original y distinto. Solo tomó formas exteriores, como el estilo retorcido, imbricado y pedante, la presencia de esa abrumadora mitología y el convencionalismo de unas selvas bastante irreales. Bebió el tósigo, pero no llegó a emborracharse. Lamentable y penoso resulta que, a pesar de tan buenas intenciones, tengamos que advertir en su obra recursos absurdos y fealdades indiscutibles como en seguida vamos a ver.

Entramos en una nueva fase de la literatura de Balbuena. «El Siglo de Oro en las Selvas de Erifile» nos presenta otro poeta con otros caracteres. No es que sea posible desdoblarse la personalidad de Balbuena en dos vertientes, porque ambas están anastomosadas y mutuamente se penetran y se imbrican. Es que ahora Balbuena gira su linterna para iluminar otros campos y en ellos se centra, despojando ya de epopeyas ruidosas y haciéndose eco del silencio y la dulcedumbre de las selvas que nos va a describir.

Parece extraño que no tengan estas selvas la apostura ingente de aquella Sierra Morena que tan maravillosamente nos pintó en «El Bernardo» y que analizamos en su crítica. Son más llanas y apacibles, porque Sierra Morena exalta, excita y enerva con su estructura de rocas verticales, tal vez poco aptas para la evolución pastoril. Las que ahora describe son «Riberas del Guadiana», como el autor confiesa. El valle del Guadiana es manso y solemne, no como el escalón que desciende al valle del Guadalquivir, la Sierra Morena, que es abrupta y más agreste y montaraz.

Ni la fauna ni la flora corresponden a Sierra Morena tampoco. La primera, la explotada por los pastores, es de animales domésticos, naturalmente: vacas, ovejas y cabras. Además aparecen luego ruiseñores, mirlos y calandrias como principales aves canoras, y los tordos, pardales, perdices, gallos, tórtolas, faisanes, grullas, abubillas y palomas. No faltan los grillos y las ranas que hacen por la noche concierto con las aguas en su orquestal polifónico. Y aparecen ciervos, culebras, cigarras y arañuelos. Describe las luciérnagas, pero no las menciona, cuando un pastor las utiliza para cazar aves.

La flora es más reducida también que la numerosa y compleja de Sierra Morena, que tanto trabajo ha dado a los botánicos. Es una flora menos fuerte, más monótona, más dulce y más propicia al cultivo y a la agricultura. Tiene hasta árboles frutales y plantas de jardín. Balbuena nos habla de pinos y de cipreses, que no hubo jamás en Sierra Morena antes de la repoblación forestal; de álamos, madroños, ciruelos, amapolas, claveles, laurel, acebuches, arrayán,

yedra, enebro, manzano, lirio, azahar, haya, alhelies, mosquetes, tomillo, parral, lentisco, algarrobo, encina, alcornoque, avellano, nogal, ruda, y hasta de la vid, el jazmín y la azucena; y del romero, castaño, olivo, zarza y, aunque de modo absurdo, del plátano. Habla también de unas yerbas fosforescentes que yo no sé identificar y que un pastor pone en los cuernos de los carneros para hacerlos relucir durante la noche. Faltan las margaritas, los gamones, la cornicabra, el adelfo, el quejigar, por solo citar algunas de las plantas que constituyen la flora típica que exorna Sierra Morena.

Los pastores, como habitantes de las inmediaciones del Guadiana, son serranos y extremeños. Sus nombres nos parecen bastante artificiosos y alusivos a sus pasiones y a sus actividades: Beraldo, Clarenio, Rosanio, Clavelio, Florenio, Graciolo, Leucipo, Ursanio, Cristalio, Liranio, Gracildo, Arcisto, Acrisio, Delicio, Toribio, Galicio, Felicio, Melanio, etc.

Erifile es el nombre de una fuente que describe con gran lujo de lirismo: «Una límpida y clara fontezuela... que con el nombre de Erifile es conocida». Parece, en efecto, ser conocidísima en aquel lugar: «Rara sería la florecilla que no supiera mi nombre» que es el de una ninfa transformada en fuente.

Todos los pastores están enamorados y todas las amantes son ingratas, como ocurre en la literatura bucólica, cuyo molde asimiló Balbuena en este aspecto sin salir del tópico sentimental.

Tampoco las composiciones poéticas siguen una construcción monótona de estrofas: hay liras, estancias, sonetos, romances, octavas, tercetos, etc.

Los pastores son rústicos, sin ese saber civilizado e impropio de los que nos presenta, como ya hemos dicho, Garcilaso de la Vega. La tosquedad de los pastores es la que hace decir a Hurtado y a González Palencia que las églogas de Balbuena están más cerca de las de Teócrito que de las de Virgilio. Es admirable, a veces, la rusticidad de estos pastores que se quejan de amores desdichados con gran inflamación sentimental, expresándose en sus diálogos como verdaderos pastores cuando no se hinchan de mitología. Su carácter es muy rústico, dice uno de ellos, «porque nacido entre robles y encinas y entre bellotas y castañas criado apenas como los otros pastores sabía hablar». Suponemos que tampoco sabía leer ni escribir, lo que resulta muy extraño, dado el conocimiento profundo y la erudición mitológica que todos demuestran.

La obra consta de doce églogas, en general con más extensión en prosa que en verso. Las descripciones se hacen siempre en prosa. Los parlamentos de los pastores están en prosa o en verso, y en este último caso en forma dialogada. El estilo de la prosa es retorcido y ampuloso, muy propio de los autores de novelas pastoriles.

Se derrocha mitología como es costumbre y patrimonio de la literatura de esta clase y del autor de la obra. Todos los pastores conocen la nómina de los dioses griegos y del panteón latino, a pesar de su rusticidad, y hasta les rinden culto y tributo, derramando libaciones y sacrificando víctimas en sus altares. Junto a la fuente Erifile aparecen faunos y bailan los sátiros y las ninfas. La misma Erifile se presenta alguna vez en forma de ninfa, mirándose en sus aguas.

Todo en la obra se contrae a exaltar la vida del campo y a pintar pasiones de pastores. Y a cantar a los sonos de la zampoña y de la flauta —instrumentos músicos fabricados por los mismos pastores— la ingratitud de las mujeres amadas, que describen como las más hermosas de la tierra.

Cuando la vida del pastor se reduce a su oficio, la sencillez nos acaricia por su sóbria simplicidad y por la carencia de artificios morbosos. Así en la égloga segunda, canta Liranio:

«Viene la noche, ordeña su ganado,
cena queso y cuajada
o manteca más blanca que la nieve;
échase sin cuidado
sobre la paja usada,
cuando más niva, más ventisca y llueve,
y en pellejos envuelto
duerme toda la noche a sueño suelto.»

Y el pastor Serrano, tras del que se oculta el propio autor, exalta con procedencia muy horaciana, las excelencias de la vida del campo: «Yo nunca con semejante vida envidiaría las grandes ciudades donde todo es inquietud y apenas una hora de sosiego se alcanza».

Nos asombra que en «Grandeza mexicana» diga todo lo contrario, despreciando la vida campesina. La contradicción es notoria y manifiesta, y pensamos en cual de los dos lugares hablaba con sinceridad. Parece a mi juicio que es sincero cuando habla de la vida del campo. Las alabanzas de la ciudad en «Grandeza mexicana» huelen a escena, a guardarropía, a circunstancias y a espuma.

Clarencio se expresa con una tosquedad en la égloga 4.^a, que bien pudiéramos llamar naturalidad:

«Calla rústico, que es tu voz ponzoña.
¿No miras cómo traes tu ganado
maganto, sin pacer, lleno de roña?»

Y en la égloga 1.^a, Rosanio hace una apuesta con Beraldo, en la que se ve que éste no tiene otra propiedad ni riqueza que el poco ganado que el dueño le permite:

«Solo una cabra tengo toda mía,
a criar dos cabritos enseñada,
y ordeñase dos veces cada día:
aquesta si será de mi apostada.
Bien es el premio hasta aventajado:
señálame otra tú de tu manada.»

Tal rusticidad no empece un gran derroche mítico y los pastores invocan a Apolo y hablan de las ninfas. Así dice Leucipo en la égloga 2.^a:

«Ninfas que entre las flores de estos prados
vivís en tiernas flores convertidas,
sin apartar de allí vuestro cuidado
o ya en las claras aguas escondidas
guardáis por dicha aquesta dulce fuente,
guardad también mis lágrimas perdidas.»

Hay dos cosas muy interesantes en esta estrofa: la metamorfosis de las ninfas en plantas y en agua de la fuente, y la invocación a las ninfas para que alienten a Leucipo en las angustias de su amor. Es de notar la preciosa imagen que aplica al destino de sus lágrimas.

Invocan a los dioses paganos con un desenfado a veces inconsciente. En la égloga 4.^a canta Delicio:

«A tí, Príapo, al renovar el año
en tu ara ofreceré templada leche,
si pones fin a mi amoroso daño.»

Tenían altares dedicados a los dioses, porque también se dice en la égloga 5.^a: «donde todas las lunas de abril se celebraba universal sacrificio». Aquellos altos de adoración que en la Biblia son objeto de constante anatema, surgen por donde quiera en la obra.

Entre mitología y sentimiento se deslizan las tristes pasiones. Acrisio canta:

«Haz en tu huerto al agua sus canales,
con esto agotarás la de tus ojos
quedando claros para ver tus males.
Ocupate en arar nuevos rastros
y escardando en el trigo las espinas
arrancarás del alma los abrojos.

... ..
Y porque vió que estaba su cabrío
ya tras la nueva yerba por el monte
se fué tras él y yo pasando el río
el sol pasó también nuestro horizonte.»

A veces en la selva hay flores de jardín. Canta Delicio:

«Abre el clavel, desplégase la rosa,
brota el jazmín y nace la azucena
en dando luz los ojos de mi diosa.»

Son conscientes de vivir en el Siglo de Oro, única justificación que puede tener el derroche de mitología. Florenio dice:

«Dulce es la historia de la vida nuestra:
aquí se muestra vivo el siglo de oro,
rico tesoro a pocos descubierto.»

No faltan metamorfosis, encantamientos ni hechicerías:

«Acullá nacen dragones que se transforman en gentes.»

La transformación del pastor en árbol descrita en la égloga 4.^a, juntamente con el ruiseñor liberado, son de muy sabrosa enjundia. Gusta el autor de presentarnos hechicerías y embrujamientos:

«Con la raíz de la encantada ruda.»

Y la magia logra el posible influjo astrológico que se puede conseguir «en cierta conjunción de la menguante luna», en reminiscencias muy gráficas de «El Bernardo.» »

Hay, asimismo, yerbas, que no cita, las cuales

«Con su virtud en cisne convertido
vi su primer pastor.»

El viejo sistema medieval de brujerías, de enamoramientos y venganzas a base de filtros amorosos y de figuras de cera, se relata por Tarsis en la égloga 5.^a en todo su vigor:

«Luego los miembros ligarás desnudos
desta imagen que ves en limpia cera,
tres veces con tres lazos y tres nudos.
Y atándola dirás desta manera:
la que me tiene ahora ligado,
ligada como yo de amores. muera.
Y tres veces aquello pronunciado,
tres veces cercarás el encendido
altar donde se abrasa tu cuidado:
que el número ternario es escogido
de los sagrados dioses, y en su acento
cierto divino olor está escondido.
Ya la imagen ligada al pensamiento
así dirás poniéndola en la llama:
aquí contigo acabe mi tormento.»

Tal vez es una muestra de la rusticidad de los pastores la creencia de estos conjuros, donde la persona imitada en la figura de cera es víctima del proceder del hechicero. Se trata de la mitología de los números, de origen pitagórico, con grandes reminiscencias en el pueblo romano, que abusó de tales supercherías. Se trata de expresar las condiciones mágicas del número tres: «que el número ternario es escogido por los dioses», número fasto, como todos los nones, «porque del número impar —se dice en la égloga 5.^a— se gozan los mágicos dioses». El encantamiento, lleno de ceremonias que relata después Felicio, es muy interesante también a este respecto.

Hay descripciones muy hermosas, como la de Beraldo:

«Mientras que las estrellas
habitarán el cielo
y del sol tomará lumbre la luna.»

En la égloga 5.^a, Felicio canta un soneto que merece la pena transcribir para demostrar que aún cuando la belleza del pensamiento poético sustancialmente permanece, la jugosidad del verso se hace un poco pálida si el pastor se eleva, inconsciente, sobre su tosquedad. Por otra parte, el soneto se sale de la tónica general del libro, porque excepcionalmente no es mitológico, sino que parece cristiano. Yo he pensado si pudiera tratarse de una interpolación que hizo Balbuena, ya que parece romper la trayectoria bucólica de la composición:

«Perdido ando, señora, entre la gente
sin vos, sin mí, sin ser, sin dios, sin vida:
sin vos porque de mi no sois servida,
sin mí porque con vos no estoy presente,
sin ser porque en el ser estando ausente
no hay cosa que del ser no me despida,
sin dios, porque mi alma a Dios olvida
por contemplar en vos continuamente,
sin vida porque ausente de su alma
nadie vive, y si ya no estoy difunto
es en fé de esperar vuestra venida:
¡Oh bellos ojos, luz preciosa y alma
vuelve a mirarme, volvereisme al punto
a vos, a mí, mi ser, mi dios, mi vida!»

En la égloga 2.^a, y a pesar de que relevantes autores dicen estar más cerca el poeta de Teócrito que de Virgilio, hay una frase que recuerda más a Virgilio que a Teócrito. En la Eneida, la imprecación de Dido, violenta y descarnada es así:

«Ni eres hijo de una diosa ni descendes del Dárdano, pérfido: engendróte el Caucasos con sus duras peñas y te amamantaron los tigres de Hircania.»

La imprecación que hace Balbuena se parece tanto, que no podemos negar su influencia decisiva:

«Las fieras osas te engendraron,
nacida eres entre los duros robles.»

La égloga 6.^a es la menos pastoril de todas. El autor, en un extraño sueño, se ve transportado a un lugar fantástico, dentro de una cueva y debajo del mar, donde ve la «Grandeza mexicana» en todo su esplendor en el encantamiento de la ninfa. Por cierto que en el parlamento de Proteo hay trece versos libres, que, con otros que pueden leerse en la égloga 7.^a son los únicos que encontramos en toda la obra.

Se presenta un problema cronológico, puesto que según todos los autores y porque parece desprenderse así de la nebulosa biografía del poeta, el «Siglo de Oro» fue escrito antes que «Grandeza mexicana». Para salvar esta aparente contradicción cronológica podemos pensar que cuando escribió el «Siglo de Oro» ya tenía planeado su otra obra, o tal vez apuntes para la redacción definitiva que elaboró después, y que las circunstancias lo obligaron a publicar antes.

Alguna luz nos suministra el hecho de haber leído Balbuena esta égloga 6.^a en la reunión que tuvo para despedirse de México en 1608, ante el escogido auditorio mencionado en la biografía del autor y cuyo dato nos proporciona don Eusebio Vasco en «Valdepeñeros ilustres.»

En la égloga 8.^a, los pastores muestran una erudición mítica desmesurada y resulta muy curioso que atribuyan a la luna cualidades de antropofagia:

«Mas nunca ha aparecido vivo o muerto:
donde se encierra cierto que la luna
allí sin duda alguna lo tragase.»

La égloga 9.^a presenta el rito de adoración al sol, fustigando duramente a un pastor porque se levantó «sin hacer al nuevo sol la obligada reverencia». Clarenio describe los celos con impresionante propiedad en cinco octavas reales de construcción magnífica. El mismo pastor, que es el que habla de la «anatomía del alma», llama con notoria impropiedad fieras a los animales domésticos: «No solo las vacas, sino las ovejas, las cabras y las demás fieras de aquellos campos.»

Por primera vez se presentan pastoras en la escena idílica, pero su papel es brevísimo y silencioso.

En la canción de Polinestro de la égloga 10.^a, encontramos una nueva mezcla de mitología y cristianismo. Se refiere el pastor a la muerte de Augusta, hija del ganadero Anfimedonte, su enamorada, y en versos bellísimos, ante su tumba, va entrelazando su muerte con las deidades míticas:

«Ya tu muerte han llorado
las ninfas de los ríos,
los montes, los collados y las gentes,
las selvas y el ganado
y más los ojos míos...».

Y termina su canción con giros que estarían muy bien en los labios de un hombre cristiano:

«Que en desprecio del mundo se fué al cielo,
que pues goza la palma
que ya mereció tanto...
que a nuestra humilde choza
todo lo puede dar quien de Dios goza.»

En esta égloga, el diálogo en esdrújulos de Cloris y Arsicio es notable, pero demasiado enfático y artificial.

Para mi opinión, los mejores versos de toda la obra son los de la égloga 11.^a, el diálogo entre los pastores Liranio y Graciolo, en tercetos jugosos y apasionados:

«Ara en el mar y siembra en la arena
y en red procura encerrar el viento
quien pretende hallar vida sin pena.»

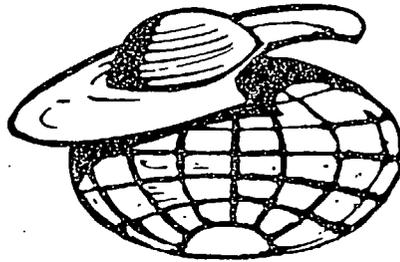
Es una égloga funeraria en el primer aniversario de la muerte de Augusta, medido en lunas, como ya vimos que hacía el autor en «El Bernardo.»

La égloga 12.^a y última, en su parte de prosa, por lo menos, es notablemente inferior. Se trata de competiciones de fuerza entre los pastores para disputar los premios concedidos por Anfimedonte a los ganadores del concurso que se celebra con motivo de las libaciones y ceremonias llevadas a cabo ante la tumba de su hija. Es una justa rústica de púgiles, que nos recuerda a veces el boxeo. Los pastores lucen habilidades verdaderamente deportivas que se nos antojan de una notoria estupidez.

«El Siglo de Oro en las selvas de Erifile» es, en suma, una obra bucólica del más tópico modelo pastoril, muy de su época, más adaptada al ambiente que otras muchas, vívida en colores y que recuerda, como tantas veces hemos repetido, la pintura de Giorgione el Veneciano, que abrió las puertas del renacimiento plástico, por

esa dulzura descriptiva plasmada por el pintor en el «Concierto Campestre» con música de selvas, pero no de selvas hieráticas e ingentes, sino de selvas de penillanura, serenas, melancólicas y apacibles, si pudiéramos desintoxicar el texto de mitología y de competiciones deportivas.

No olvidemos, empero, nunca, que es el único poeta de habla castellana que supo inscribirse en la línea pura del poeta más excelso de todos los países y de todos los siglos: el Arcipreste de Hita.



Grandeza Mexicana

«Grandeza mexicana» fué publicada la primera vez en México en el año 1604. Hay dos ediciones: la de Dávalos y la de Ocharte. La primera va dedicada al Conde de Lemos y la segunda «Al Arzobispo de México don Fray García de Mendoza y Zúñiga, del Consejo de S. M., etc.». La de Dávalos contiene un poema en alabanza del Conde de Lemos, que no aparece en la de Ocharte. Las licencias para la publicación son diferentes: la de Dávalos tiene fecha de 10 de julio de 1603 y la Ocharte de 14 de septiembre del mismo año. La carta al Arcediano, que aparece en ambas, está fechada en 20 de octubre de 1602. Hay que pensar que la obra fué compuesta en este último año. Pueden verse detalladamente ambas ediciones en la obra de Van Horne «La Grandeza mexicana de Bernardo de Balbuena» publicada por la Universidad de Illinois en 1930.

La última edición española que conocemos de «Grandeza mexicana» es la editada por «La Voz de Valdepeñas» en 1880, con prólogo de don Eusebio Vasco. No contiene la dedicatoria ni los versos al Conde de Lemos ni la extensísima carta al Arcediano don Antonio de Avila y Cadena, ni las licencias de impresión, ni los versos en alabanza de la obra. En cambio, al igual que las otras dos ediciones citadas de México, en calidad de apéndice, lleva el «Compendio apologético en alabanza de la poesía».

«La Grandeza mexicana» propiamente tal es una «carta del doctor Bernardo de Valbuena a la señora doña Isabel de Tobar y Guzmán describiendo la ciudad de México y sus grandezas», escrita toda ella en tercetos encadenados.

La dedicatoria al Conde de Lemos es un poema en alabanza de dicho prócer.

La dedicatoria al Arzobispo es muy breve y se limita a manifestar su deseo de «escribir estas excelencias de México con deseo de darlas a conocer al mundo, viéndolas hoy aumentadas y en todo su colmo y lleno con la deseada venida de V.S.R.»; por lo tanto se destaca que, entre las grandezas de México, la primera es la presencia del Arzobispo don Fray García de Mendoza y Zúñiga.

Viene luego otro proemio, en prosa, titulado «al lector» en el que, con dos citas de Eclesiastés nos explica la imposibilidad de agrandar con los libros a todos los lectores y llega a la conclusión de que «uno de los primores de Apeles fué saber levantar el pincel de la tabla; y yo, imitándole en esto, no quiero cansarme más en buscar manjar para todos, pues no le hay». Termina ofreciendo sus sacrificios a «los dioses de la tierra».

Aparece después la licencia correspondiente a la respectiva edición e inmediatamente cinco sonetos de varios autores y unas redondillas de don Francisco de Balbuena y Estrada, hermano del autor,

que anteriormente han sido comentadas al hablar de «El Bernardo».

A continuación se inserta la prolija carta al Arcediano, que contiene el poema de alabanzas al Arzobispo, y que glosa, verso por verso, y en gran extensión dicho poema, el cual empieza por una salutación impregnada de mitología:

«Divina Garza que a la blanca nieve
y al cisne altivo del Meandro helado
en canto vences y en pureza iguales,
y a cuanto de tu vuelo remontado
nos dá hoy el cielo cuanto bien nos debe,
Apolo su laurel, su oliva Palas».

Al explicar el primer verso y comentar detenidamente al Arcediano la significación de **Garza**, que aplica al Arzobispo, asimila la proximidad de Garza a García que es, como hemos visto, el nombre del jerarca de la Iglesia, al que desea la máxima dignidad: el Papado:

«Y tras este escalón de nuestros bienes
la tiara más alta
que ahora te falta y merecida tienes».

Debieron hacerse rogativas para la llegada feliz del Arzobispo, acaso porque alguna borrasca amenazó su singladura:

«Ya tu rica ciudad cumple sus votos,
que puesta de rodillas en la playa,
hizo al cielo en rescate de tu vida».

Con alguna alusión mitológica exalta la cristiana personalidad del Arzobispo:

«Así también, ¡Oh padre soberano!
Atlante firme a nuestras justas leyes,
si no eres Dios, en su lugar veniste».

Dice que procede de sangre de mil reyes y sigue un largo alegato adulatorio en el que hace derroche de mitología comparada:

«Canten otros de Delfos el sagrario»,
para superar, con estas palabras, el magno elogio:

«Que yo de la Grandeza mexicana
coronaré tus sienes
de heroicos bienes y de gloria ufana».

Prosigue la alabanza, aplicando de nuevo la mitología, con lo que acaba la canción.

Este poema es glosado ampulosamente en la carta al Arcedia-

no, tiñendo de significaciones los elementos mitológicos para aplicarlos al Arzobispo.

Van Horne, refiriéndose a esta carta, destaca la pedantería de Balbuena en las 159 citas que contiene, muchas, según la opinión del expresado erudito, de segunda mano. Lo moteja de «solemnemente pedante», citando para ello a Gallardo. Lo tacha de ambicioso, porque supone que el poema, con su cuádruple dedicatoria (al Conde de Lemos, al Arzobispo, al Arcediano y a doña Isabel de Tobar) y con sus anejos, va escrito con la intención de alcanzar méritos para lograr la mitra, insistiendo bastante en la pedantería y en la ambición del poeta.

Sin pretender disculpar a Balbuena de tales acusaciones ni oponer argumentos apasionados a los ponderados y serenos del erudito norteamericano, diré solamente que esa erudición ampulosa e infatuada de Balbuena, constante y fatigosa, exasperante a veces, es una enfermedad de la época y entra en la Literatura con el Renacimiento.

Tiene el poema datos curiosos, como el de la explicación que dá del «laurel, porque también en aquellos siglos era embeleco de los adivinos que con el modo de quemarse agoraban el porvenir, como se lee en los libros de magia», lo que corrobora el conocimiento que Balbuena tenía de tales libros. «Puesto el laurel debajo de la almohada del que duerme, dice Alciato que hace verdaderos los sueños». Tal opinión es rechazada por Balbuena, tildándola de supersticiosa, ya que «solo la voluntad de Dios puede hacer verdaderos los sueños».

Con el achaque de alabanza al Arzobispo introduce las poesías que le fueron premiadas en los certámenes de México, alguna de las cuales comentaremos después.

Y éstas, son, a mi juicio, las dos cosas que pretende en la carta al Arcediano: dar a conocer las poesías premiadas y glosar, en cristiano, las alabanzas mitológicas, glosas que son las que nos fatigan y abruman por la proliferación de citas, que a veces cansa y hasta repele.

Se advierte también un pasaje literalmente calcado de Jorge Manrique: «Y al fin ninguna cosa es más semejante a nuestra vida que las corrientes de los ríos que van a dar a la mar que es el morir» Balbuena no cita, sin embargo, a Jorge Manrique. Hace referencia, en cambio, a un pasaje del libro 2.º de los Reyes: «Buen rey (se dirige a David), todos nos morimos y como aguas que corren sobre la tierra nos vamos resbalando a la muerte», pasaje que puede ser la fuente común de Balbuena y de Manrique y con el que podemos liberar a nuestro poeta de cualquier alusión de plagio.

También, llamándose pobre a sí mismo, como recoge Van Horne, llama indigna a la pobreza, porque **díves** etimológicamente, se-

gún Balbuena, se deriva de *dignus*, y así no admite otra dignidad que la de la riqueza, lo que resulta muy censurable en un autor cristiano, porque no hay nada más lejos de la intención de Jesucristo que tildar de indigna la pobreza, como hace nuestro autor.

A la carta al Arcediano sigue una introducción también en prosa en la que empieza describiendo el árido paisaje mexicano en las inmediaciones de San Miguel de Culiacán. Habla de tierras fragosas y destempladas, de yermas y espantosas soledades, de «melancólicas intercadencias de la resaca y tumbos del mar», de la «temerosa imagen y espantosa figura de algún indio salvaje a caza de alguna fiera menos intratable y feroz que el ánimo que la sigue», de aquellos «acabos del mundo, remates de lo descubierto» donde llevó a los conquistadores «la hambre de oro y golosina» y donde está ubicado San Miguel de Culiacán.

En esta ciudad dice que se crió doña Isabel de Tobar y Guzmán, sobre la que derrama toda clase de elogios, y explica, *in extenso*, su genealogía. Y añade que después de muerto su esposo, don Luis de los Ríos Proaño, y habiendo entrado su hijo único en la Compañía de Jesús, ella se hizo monja en el Monasterio de San Lorenzo, «sacudida y libre de los inconvenientes y obligaciones del siglo». En cuanto al dato histórico de este hijo Jesuíta, Andrés Pérez de Ribas, citado por Van Horne, en la obra titulada «Historia de los Triunfos de nuestra Santa Fé» publicada en Madrid en 1646, se describen su vida y su martirio.

En víspera de la entrada de doña Isabel en el claustro, llegó Balbuena a México, doce años después de haber salido de allí. Doña Isabel le mandó que le diera cuenta de las cosas famosas de México, «para que así más aientada se diese prisa a concluir su comenzado viaje».

Esto, dice Balbuena, fué «convidar a beber al que tiene sed». Con ello, además de agrandar a la señora, hacía «un amago y rasguño... de las grandezas y admirables partes de esta insigne y poderosa ciudad de México».

«Algunas cosas —escribe también— habrán de disonar en oídos delicados».

Vagamente podemos conjeturar que Balbuena se ausentó de México en 1589 o 1590 para volver en 1601 o 1602, doce años después, como dice. Pero siendo así que fué nombrado abad de Jamaica a los 45 años de edad, según el cómputo de Van Horne, y dando por cierto que nació en 1562, hay que pensar que su estancia en México no debió prolongarse mucho. Es posible que en los doce años de ausencia de México estuviera en España, donde con toda seguridad se encontraba en 1608, año en el que recibió en Sigüenza el Título de doctor. De todas formas, durante estos años la actividad viajera del poeta debió ser considerable, dada la lentitud de los transportes en aquella época, su agitación, y habida cuenta de los datos que conservamos

de encontrarse en 1608 en Jamaica y en España, y haber vuelto a México poco antes. No son de extrañar tantos viajes ni desplazamientos, pues no se trataba de viajes al extranjero, ya que todos los puntos que visitaba estaban dentro de España en aquellos días. Si es que estuvo en Italia, como yo presumo, esto debió ocurrir dentro de los mencionados doce años, paréntesis en el que es preciso situar cualquier otra singladura de nuestro autor, hoy desconocida enteramente.

«Grandeza mexicana» que es, como ya he dicho, «una carta del doctor Bernardo de Balbuena a la señora doña Isabel de Tobar y Guzmán, describiendo la famosa ciudad de México y sus grandezas» nos plantea otro problema biográfico: si el título de doctor no es obtenido por Balbuena hasta 1608, ¿cómo es que ya se titula doctor en 1604? ¿Cómo ha pasado desapercibido este dato para los biógrafos? ¿Estaremos todos moviéndonos entre incógnitas? ¿Se titularía doctor sin serlo todavía? Confieso que el problema, de momento, y hasta que no se haga más luz sobre la vida de Balbuena, si es posible hacerla algún día, no tiene solución.

Pero veamos ya el poema. «Grandeza mexicana» empieza por la presentación de su argumento en la única octava real que tiene la obra:

«De la famosa México el asiento
origen y grandeza de edificios,
caballos, calles, trato, cumplimiento,
letras, virtudes, variedad de oficios,
regalos, ocasiones de contento,
primavera inmortal y sus indicios,
gobierno ilustre, religión y estado,
todo en este discurso está cifrado».

Siguen ocho capítulos, titulados cada uno por orden con un verso de la octava real, excepto el séptimo y el octavo, en cuyos títulos divide el séptimo verso en dos: «Gobierno ilustre» y «Religión y estado». Al final presenta un «epílogo y último capítulo», bajo el título del último verso: «Todo en este discurso está cifrado».

Contiene «Grandeza mexicana» seiscientos cuarenta y nueve tercetos encadenados, que no son, como a primera vista pudiera pensarse, 1.947 versos endecasílabos, sino 1.956, ya que hay que sumar nueve versos más, en los finales de los capítulos, cuyas estrofas no son tercetos, sino serventesios, para recoger la rima del verso suelto en el último terceto. Además hay una octava real, que ya hemos visto, y 136 versos en la dedicatoria al Arzobispo, que sumados a los 276 que tiene la dedicatoria al Conde de Lemos, el número total de versos asciende a 2.372. En «Grandeza mexicana», propiamente tal, todos son endecasílabos. En las dedicatorias hay algunos heptasílabos.

«Grandeza mexicana» es un poema en el que el autor dedica su trabajo, como repetidamente advierte, a exaltar las grandezas de la ciudad de México para complacer a la monja de que se hizo mención. Tales alabanzas, que son profusas y extensas a lo largo de toda la obra, si bien se mira, exclusivamente se dirigen a lo superficial y a la pantalla, desarrollando solamente dos dimensiones. Se echa de ver, a primera vista, que falta, por lo menos, una tercera dimensión: la profundidad. Falta, o hecho yo de menos, la dimensión histórica, que en ésta y en todas las composiciones de su tipo, es el verdadero fondo, la *hondura*, por decirlo así, la base, el cimiento.

Sorprende la ausencia de la componente histórica en todo el poema. Si el autor pretende resaltar las bellezas que encierra México, no podemos explicarnos por qué prescinde de toda raíz, de todo apoyo histórico, porque siempre la historia contiene belleza y en este caso con gran originalidad de formas.

Es chocante que Balbuena no se hiciera cargo de los jeroglíficos aztecas que tenía delante, ni de la presencia en aquellos lugares de vestigios bastante recientes de civilizaciones estratificadas y yuxtapuestas; extinguidas, pero presentes en sus perennes huellas. Nos preguntamos cómo no vió nada o no quiso decir nada de la civilización maya, que le debió mostrar muchos rastros en sus correrías por el país, ya que sus recuerdos eran voluminosos y bien visibles.

Pero si podemos disculpar, explicar y aún justificar que en aquellos momentos no comprendiera la belleza de las civilizaciones indígenas, o que las tuviera por invenciones del demonio, como hizo Pedro Cieza de León en el Perú, o incluso que no viera tales vestigios, es menos explicable que la obra, de exaltación al México español, no contenga ni una alusión definida a la historia próxima: es decir, a la grandeza de la conquista de Hernán Cortés, con sus vicisitudes y luchas, a las que solo de pasado y en abstracto se refiere, donde tantas bellezas heroicas, como la Noche Triste, la batalla de Otumba, la muerte de Moctezuma o el salto de Alvarado es posible descubrir. Sin embargo describe México como si, en guisa de propaganda turística, describiera Badajoz, Málaga o Barcelona. Es más: si no supiéramos que era México la ciudad descrita, podrían sus excelencias, *mutatis mutandi*, aplicarse a Barcelona, a Málaga o a Badajoz.

No es posible pensar que un poeta de los vuelos de Balbuena escriba 649 tercetos para pintar, con superficialidad inane y vacua lo vulgar y trajinero, lo chocante a los ojos, de una ciudad siempre en presente, siempre *hic et nunc*.

Con el pensamiento puesto en el último verso de la octava que inicia el poema, «todo en este discurso está cifrado», he querido ver que la *cifra* a que alude no es solamente la agrupación versificada y acróstica de los títulos capitulados ni las *cifras* que dá en el epílogo,

cómo veremos, de las instituciones diversas de la ciudad hiperbólicamente exaltada. Si «Grandeza mexicana» carece de profundidad histórica, existen en ella otras profundidades que el autor quiso velar piadosamente pero que pueden rastrearse detrás de los versos y que palpitan entre sus renglones. Una corriente sutil de ironía se desliza en forma subterránea por todo el poema y se vé una angustia escondida que impregna la aparente serenidad jovial de la obra.

Ya nos pone sobre aviso que en la carta, tan copiosamente comentada, al Arcedianò don Antonio de Avila y Cadena, cuando presenta el texto de las composiciones premiadas en los certámenes, presente unas cuartetas preñadas de angustia, que no corresponden, ni mucho menos, al ambiente de una vida opulenta en el paraíso mexicano que tanto se esfuerza por exaltar a lo largo del poema. Si bien es cierto que dice estar explicando el salmo 136 de David, «Super flumina Babilonis», no es menos cierto que no se trata de ninguna paráfrasis: antes al contrario revela una angustia personal en una hermosa invocación a la Virgen. En todo caso se puede conjeturar que aplica a su propia vida las calamidades y aflicciones de la cautividad de Babilonia. Dice que «vive una muerte», habla de «su dolor», se siente desterrado en «desiertos fríos», sobre dos ríos que precisamente han de ser las dos lagunas de México que después tanto enaltece, y con aspecto tan jovial; se considera «en lágrimas anegado», clavándose en su ausencia, que puede ser la aguijante nostalgia de España; habla de su continua suspirar, de su «cautividad en tierra ajena» de «este infierno», de su «guerra», de destruir su corazón, de poder decir más» y de que la Virgen leerá lo que no está escrito. Es decir: de todo lo contrario de lo que luego va a inflamar en alabanzas, repetida y machaconamente, como algo insuperable en la tierra.

Pero conviene reproducir íntegramente este pasaje, para tenerlo presente a través de nuestro estudio:

«Dulce Virgen gloria mía
donde la de Dios se sella,
salud el que está sin ella
por tenella te la envía.

Tal quede virgen sin ti
que en esta muerte en que vivo
solo me queda de vivo
el dolor que vive en mí.

De mi gloria desterrado
en estos desiertos fríos
sobre dos profundos ríos
de lágrimas anegado.

Donde en memoria olvidada
de la muerte que me viste
queda mi zampoña triste
de un seco sauce colgada.

Que en mal de ausencia tan larga
no es razón que nadie pida
dulces canciones de vida
a quien todo es muerte amarga.

Más por su mayor victoria
me manda virgen amor
en medio de mi dolor
cantar canciones de gloria.

Y es el son que en mí resuena
un continuo suspirar,
ved cómo podrá cantar
un cautivo en tierra ajena.

No hay para que se declare
la muerte que en mí quedó,
más de mí me olvide yo,
MARIA si te olvidare.

Si todo mi conversar
de ti, Señora no fuere
la lengua por do saliere
se me pegue al paladar.

Y si con un sello eterno
no sellare en mi memoria
aquella vista de gloria
y no salga de este infierno.

Pues virgen, gloria y solaz
de todo el cielo y la tierra
no te olvides de mi guerra
en el día de tu paz.

Que sabe que es el intento
desta ciega confusión
destruir mi corazón
hasta el postrer fundamento

Pero bien aventurada
tu vista cuando volviere
y su nueva luz le diere
muerte con su misma espada.

Y bendita tu belleza
si en su mayor perdición,
con su misma confusión
quebrantare su cabeza.

No puedo decirte más,
que el dolor así lo quiere,
más lo que aquí no escribiere
en mi alma lo leerás.

Fecha entre la más crecida
ansia del deseo de verte,
destos reinos de la muerte
a la reina de la vida».

Creemos haber hallado la clave, la cifra de toda la suntuosidad retórica de «Grandeza mexicana» en estos versos, que parecen una sincera salida de la angustia que devora al autor. Especialmente, la clave nos viene dada por ese designio negro que obliga al poeta a cantar

«dulces canciones de vida
a quien todo es muerte amarga».

y verse impulsado a cantar alegría donde todo es tristeza:

«En medio de mi dolor
cantar canciones de gloria»,

al igual que podría cantar

«un cautivo en tierra ajena».

En el capítulo 1.º, titulado «De la famosa México el asiento» empieza enalteciendo la «heroica beldad» de doña Isabel de Tobar y Guzmán, a la que **pone por las nubes** en sus encomiásticos versos, afirmando que de ella recibe fuerza suficiente para componer su obra: desliza, empero, el temor de que

«...del mordaz el venenoso labio
que a nadie perdonó también se atreva
a mostrar en tu envidia su resabio»,

pero esto carece de importancia, si bien ya implica que todo es exorno. Cuando dice

«Al fin un perfectísimo retrató
pides de la Grandeza mexicana,
ahora cueste caro, ahora barato»,

ya parece que estas palabras entrañan una posibilidad de que pueda costar caro lo que va a decir, expresando un temor velado que no podemos precisar a nuestra distancia histórica.

Después de la obligada alabanza y de la crispada exaltación de sus calidades, que suponemos sincera, entra en materia para exponer lo que llama «el asiento de México»:

«Aqueslas son de México las señas:
bañada de un templado y fresco viento
donde nadie creyó que hubiera mundo,
goza florido y regalado asiento».

El **asiento** se limita a expresar líricamente la latitud geográfica, «casi debajo el trópico fecundo, dentro en la zona por do el sol pasea». Describe su clima, su prosperidad agrícola y sus riquezas. Pero de pasada, y aunque allí no hay más que maravillas, acepta la existencia del mal:

«De sus altos vestidos de esmeralda,
que en rico agosto y abundantes mieses
el bien y el mal reparten en su falda».

Y añade:

«Nacen llanos de iguales intereses
cuya labor y fértiles cosechas
en uno rinden para muchos meses».

La mención de los intereses tiene importancia por lo que más adelante hemos de ver.

Acaso la superficialidad exterior con la que mueve su pluma le lleve a la contradicción. No sabemos si el suelo de México es blando o duro. Porque primero escribe:

«Sobre una delicada costra blanda
que en dos claras lagunas se sustenta».

Y después afirma:

«Ni cuando con su cierzo el frio Arturo
los árboles desnuda, de agostadas
hojas así se cubre el suelo duro.»

Se extiende luego en hablar de los caminos y calzadas que llevan a México, que son, por cierto, «firmes calzadas» y hace una

pintura de quienes transitan por esos caminos. Ya en esta pintura podemos rastrear ironía:

«Recuas, carros, carretas, carretones
de plata, oro, riquezas, bastimentos,
cargados salen y entran a montones.
De varia traza y varios movimientos,
varias figuras, rostros y semblantes,
de hombres varios de varios pensamientos.
Arrieros, oficiales, contratantes,
cachopines, soldados, mercaderes,
galanes, caballeros, pleiteantes,
clérigos, frailes, hombres y mujeres
de diverso color y profesiones
de vario estado y varios pareceres.»

Destaca las acequias que atraviesan las calles, las lagunas y el mar. Pero de pronto parece adentrarse en otro tema, con cierto apasionamiento, como si ya el **asiento** de México estuviera suficientemente establecido. A mi juicio, aquí se esconde algo de lo que hay **cifrado** en el **discurso**, que nada tiene que ver con el asiento de la ciudad. Se trata ahora de una pincelada de angustia, y seguramente contiene la clave de todo el capítulo:

«Por todas partes la codicia a rodo,
que ya cuando se trata y se practica
es interés de un modo y otro modo.
Este es el sol que al mundo vivifica,
quien lo conserva, rige y acrecienta,
lo ampara, lo defiende y fortifica.»

Es una reacción pesimista que ya fluye de su pluma hasta terminar el capítulo, y que nada tiene que ver, como decía, con el **asiento** de México. Desfilan ahora, lanzados por el chorro de la codicia, el labrador, el comerciante, etc., todos movidos por el mismo impulso;

«Si el farsante recita su comedia
y el discreto y el sabio se hace bobo
para de una hora hacer reir la media».

Vienen después el pastor, el industrial, el artesano;

«Si el jurista fantástico pleitea,
si el arrogante médico os aplica
la mano al pecho y a Galeno hojea...
Si reza el ciego; si el Prior predica,
si el canónigo grave sigue el coro,
si el sacristán de liberal se pica...».

No escapan a la codicia ni las bellas artes:

«Si la escultura y el pincel consuelan
con los primores los curiosos ojos,
y en contrahacer el mundo se desvelan...».

Y llega a la conclusión, cuyas premisas ha puesto cuidadosamente en tantas condicionales:

Si unos a otros se ayudan y obedecen,
y en esta trabazón y engace humano
los hombres con su mundo permanecen,
El goloso interés les dá la mano,
les fuerza el gusto y acrecienta el brío
y con el suyo lo hace todo llano.

.....
Pues esta oculta fuerza, fuente viva
de la vida política, y aliento
que al más tibio y helado pecho aviva,
Entre otros bienes suyos dió el asiento
a esta insigne ciudad en sierras-de-agua,
y en su edificio abrió el primer cimiento».

Llega, pues, a afirmar con delicadeza, pero con valentía, que la codicia es el eje de la vida, y que fué la codicia quien dió asiento a «esta insigne ciudad»; que el primer cimiento lo puso la codicia y que, por consiguiente, México fué edificada por la codicia.

La conclusión es pesimista, desgarrada y angustiada, y no parece conjugarse muy bien con la **grandeza**. Detrás del tablado de marionetas que nos construyó, está la codicia moviendo los hilos. Todo el dinamismo que ha descrito no es más que un dinamismo de codicia. Todo es pequeño y despreciable. Y angustiada, porque resulta horriblemente angustiada estar siempre sorbiendo codicia por doquier. Para volver al tema, después de incrustar en él su pensamiento **cifrado**, quiere dejar en su público buen sabor de boca. Y con tal pretensión cierra el capítulo con el serventesio final, arrastrando otra consecuencia muy distinta de la que hemos llegado a inferir de su razonamiento:

«Y así cuanto el ingenio humano fragua,
alcanza el arte y el deseo practica,
en ella y su laguna se desagua
y la vuelve agradable, ilustre, y rica».

El capítulo segundo lleva por título «Origen y grandeza de edificios». Es un título inconcreto, vago y superficial. Tal vez responda a la rima forzada en la que se encasquilló al redactar la octava donde hilvanó los títulos capitulares en dirección acróstica. «Origen de edi-

ficios» parece aludir al origen de la ciudad, puesto que la ciudad, sin edificios, no es ciudad. Pero entonces el título implicaría el origen de México, y esto ya cae dentro del campo de la Historia. Hemos visto que Balbuena rehuye hacer historia, por la razón que sea, en «Grandeza mexicana».

Tímidamente se excusa de no hacer historia:

«Pudiera aquí con levantado estilo
siguiendo el aire a mi veloz deseo
a este cuento añadir un largo hilo».

Si. Sabemos que podría hacerlo perfectamente. Más prefiere deslizarse algo relativo a ese **interés** que tanto le araña, y que tiende a disimular en todo momento:

«Un espantoso alarde, un rico empleo
de heroicos hechos, con que el tiempo añade
vida a la fama, al interés trofeo».

En forma muy vaga alude a la conquista, sin ocultar, con fondo trágico, hábilmente enmascarado, que todo se hizo por el interés:

«Y al mismo curso por do el sol camina
surcando el mar y escudriñando el cielo,
del interés la dulce golosina
les trajo en hombros de cristal y hielo
a ver nuevas estrellas y regiones
a estotro rostro y paredón del suelo».

¿Qué quiso significar con la expresión «en hombros de cristal y hielo»? ¿Qué encierra la frase «estotro rostro y paredón del suelo»? ¿No puede verse aquí la cara negra de la conquista, **cifrada** en angustiosas apetencias y agrias ansiedades?

Vuelve a excusarse, prometiendo, en otra ocasión, hacer historia:

«Y otras grandezas mil en que yo llevo
puesta la mira en una heroica historia
donde pienso pagar cuanto le debo.

.....
Y en pompa sonora y voz suave
lo diga todo y los milagros cuente
a que la brevedad hecha hoy la llave».

No sabemos que cumpliera su propósito, si acaso no se trataba de un pretexto para no plasmar la amargura de una historia, como él sin duda la veía, llena de nubes, y no decir todo ni contar **milagros** que pudieran escandalizar.

Pero no alude solo a la historia de la conquista. También, y con la misma timidez, se refería a la historia azteca, o, al menos, a la del pueblo indígena que en aquellos momentos podía atisbar:

«Dejo también el áspero concurso
y oscura origen de naciones fieras,
que la hallaron con bárbaro discurso.
El prolijo viaje, las quimeras
del principio del águila y la tuna
que trae por armas hoy en sus banderas.»

Una aguja de ironía parece pinchar «las quimeras del principio del águila y la tuna» de la bandera, porque la tuna es una planta xerófila, carnosa, cactus que pincha con sus agudas espinas a quienes ponen sus manos sobre ella. La conquista debió pinchar también, como una tuna, en el alma del autor, que se obstina en mostrar solamente la cara blanca de tantas opacas proezas, extrayendo, de cuando en cuando, datos de la cara negra, que no puede verse ni se exhibe nunca, como la cara oculta de la luna.

Vuelve a fustigar a continuación algo que brota de esa cara negra, que le viene obsesionando en forma tal vez inconsciente:

«Y así vuelvo a decir y otra vez digo
que el interés, señor de las naciones,
del trato humano el principal postigo...»

No se atreve a seguir y pone un rodeo mitológico para ir a parar a la consecuencia de ese interés, clave única de la grandeza que describe:

«Que México por pasos diferentes
está en la mayor cumbre de grandeza
que vieron los pasados y presentes.»

Es una grandeza —añadimos— singular y mayestática, obtenido «por pasos diferentes» y lograda a base del interés, de la golosina del oro y de las riquezas y, en fin, del más oscuro de los materialismos.

Para intentar correspondencia con el título, habla de las soberbias calles, pero interpola, con cierto énfasis, algo que pudiera ser una sátira muy profunda:

«De sus soberbias calles la realeza,
a las del ajedrez bien comparados,
cuadra a cuadra, y aún cuadra, pieza a pieza:
Porque si al juego fueran entablados
tantos negros habría como blancos
sin los otros colores deslavados.
¿Quien, puesta ya la mira en tantos blancos
y los débiles pies en esta altura
irá sin dar descompasados trancos?»

Estos versos me parecen agudamente sombríos y angustiosamente satíricos. La metáfora del ajedrez, con el recalcar la presencia de negros y de blancos para terminar en los «débiles pies» y en dar «descompasados trancos», puede significar, yo no me atrevo a afirmarlo rotundamente, que en la inteligencia luminosa y en la mentalidad egregia de Balbuena pesaba amargamente la presencia de los esclavos negros. Y en tal caso, no puede expresarse con mayor habilidad y elegancia la sátira mordaz contra «el mercado del ébano» y hemos de convenir en que el poeta sabía dar **tonalidades cifradas**, con acierto sorprendente a los cuadros de iniquidad que seguramente presencié.

El problema racial existía ya cuando escribió la obra, pues unos años antes se habían sublevado los negros en Tierra Caliente, siendo virrey don Luis de Velasco y unos años más tarde, ya en la segunda década del siglo XVII, durante uno de los gobiernos de la Audiencia, hubo de ser sofocada una violenta rebelión de negros en la propia capital, según Ballesteros.

Sigue a estos versos, como contrapunto, una radiante exaltación de los edificios de México, que asimila a los de Grecia y a los de Egipto. Después hay un derroche de ditirambos para México, entre los que se cuelan algunos de sospechosa traza:

«Fénix de galas, de riqueza mina,
museo de ciencias y de ingenios fuente,
jardín de Venus, dulce golosina,
Del placer madre, piélagos de gente...»

Levanta a México de tal forma, que, pronos a la **cifra**, y tal vez porque preside la desconfianza nuestra intención, dudamos de que la exaltación sea sincera.

Si bien se mira, del «origen y grandeza de edificios» no hay mucho firme que justifique el enunciado de tal título en el capítulo segundo.

El capítulo tercero, corresponde al tercer verso de la octava: «Caballos, calles, trato, cumplimiento.»

Al margen de la oculta intención que damos por supuesta, el poeta en este capítulo alaba los caballos en primer lugar y sobre todo, si no es que con ello quiera destacar, por principales, las aficiones indígenas a los caballos. Después de las alusiones a los caballos mitológicos y a los históricos, como Babiéca, se hace eco de algunas leyendas, como las de las yeguas cordobesas, que decían ser fecundadas por el aire, cualidad que Balbuena aplica a las lusitanas:

«Ni los que de los aires concebían
las lusitanas yeguas, y en su playa
sobre las ondas de la mar corrían.»

Demuestra un gran conocimiento de los caballos, especialmente en lo que respecta a su morfología exterior y a sus cualidades: se hace eco del refrán español «Alazán tostado, antes muerto que cansado» y cita todas las capas posibles de los équidos: castaño, alazán, overo, rucio rodado, rosillo, tordo mosqueado, zaino, tordo puro (que llama ceniciento gateado), picazo y bayo. Comenta, con su peculiar exaltación, las habilidades ecuestres de los jinetes mexicanos, y se extiende en un elogio nuevo de México, «pueblo ilustre y rico, en quien se pierde el deseo de más mundo». Lanza un cable a su generosidad, que no creemos fingido, pero que, después de lo dicho, significa la prodigalidad desenfrenada:

«Aquel prodigamente darlo todo,
sin reparar en gastos excesivos,
las perlas, oro, plata y seda a rodo,
Si aquel estilo aún vive entre los vivos,
este delgado suelo le sustenta
y lo cria en sus ánimos altivos.»

Los ánimos altivos, que derrochan toda esa riqueza, ¿no pueden envolver una alusión a cierta falta de caridad, muy bien disimulada en los renglones?

Compara las riquezas de México con todas las de la tierra, para concluir que aquéllas son superiores, con lo que la hipérbola resulta un tanto fuerte.

Sin aparente transición, describe inmediatamente el cielo de México, con sus referencias a la posición ecuatorial, citando todos los signos del Zodíaco:

«México al mundo por igual divide
y como a un sol la tierra se le inclina
y a toda ella parece que preside.»

Se nos antoja excesiva esta presidencia y la relación de países que viene a continuación, entre los que se encuentra España, para no contener una intención oculta, teñida de ironía:

«Con todos se contrata y se cartea:
y a sus tiendas, bodegas y almacenes
lo mejor de estos mundos acarrea.»

Pero no podemos olvidar lo que antes nos dijo del interés y de la golosina, y que tanta grandeza tiene su apoyo en tales bases.

El capítulo cuarto, «Letras, virtudes, variedad de oficios» es una infatuada y petulante ponderación de las habilidades artesanas y de las industrias de la ciudad, que mezcla estrepitosamente con los próceres de la inteligencia y de la religión. Las alabanzas son tan

hinchadas, tan voluminosas, tan excesivas, que rozan o penetran en el terreno de la caricatura y parecen irónicas. Compara, como es costumbre, las grandezas de México con las de todo el mundo, para concluir que las supera en creces. México es algo supremo, inigualable. No obstante deja escapar sugerencias que parecen no solo contradictorias, sino sospechosas. Primero se enorgullece de la paz que se respira en México, donde

«solo el furioso dios de las batallas
aquí no influye, ni la paz sabrosa
cuelga de baluartes y murallas»,

pero luego describe las manipulaciones con el azufre y el salitre para fabricar explosivos destructores, que no serían precisos donde la paz reina incontaminada y perenne:

«El negro azufre que en salitre bebe
furor de infierno con que vuela un mundo
ni a su violencia a resistir se atreve,
aunque invención salida del profundo,
aquí también se labra y se refina
en fortaleza y temple sin segundo:
y otra inquietud mayor do a la contina
se forman cada día más barajas
en que el más cuerdo seso desatina.»

No se nos alcanza la formación de tantas barajas, que son riñas, donde todo es una paz edénica. Intercala también alusiones, entre estas grandezas, al interés espúreo, con gran cuidado:

«¿Quien jamás supo aquí de día malo
teniendo que gastar? ¿quien con dineros
halló a su gusto estorbo ni intervalo?»

La verdad es que esto ocurrió y ocurre en México y suele ocurrir en todos los países. **El día malo y los estorbos** son precisamente para los que no tienen que gastar. Inmediatamente presenta un cuadro amarguísimo de la pobreza, que no parece corresponder a tanto bienestar ni a tanto refinamiento. A pesar de que ya dijo en el prólogo del Arcediano que la pobreza era indigna, lo que ahora nos muestra no es más que una explosión angustiosa de sentimientos íntimos reprimidos, aunque persista en su teoría de que la pobreza es denigrante:

«La pobreza doquiera es vieja en cueros,
abominable, congojosa y fiera,
de mala cara y de peores fueros,
y aunque es bueno ser rico donde quiera,
lugares tan pobres y mendigos
que en estos serlo o no es de una manera.»

No veo la oportunidad de traer lugares tan **pobres y mendigos** donde todo es grandeza, si no es para resaltar un doloroso contraste. Pero hay más. Siguiendo la descripción de la pobreza, Balbuena se enreda en una sátira mordiente, finamente adaptada al ambiente de la pobreza, que resalta del contenido y que parece el objetivo primordial del pasaje, porque envuelve una crítica muy dura y descriptiva de la sociedad de su tiempo.

«Tierras cortas, enjambres de testigos,
envidiosos censores y jueces
sin poder recusar los enemigos,
del mundo horrura, de su hez las heces:
que allí son algo donde está la nada
por ser hechura suya las más veces.»

Luego vemos una salida irónica, profundamente irónica, en el mismo discurso de la pobreza:

«En el campo están ricos los caballos,
allí tienen su pasto y lozanía:
darles otro lugar es violentallos.
No hay jaez de tan rica pedrería
ni corte tan soberbia y populosa
que no les sea sin él melancolía.
Gente hay en los cortijos generosa
y en los montes no todas son encinas
que aquí brota un jazmín, allá una rosa.»

Es decir, que aún entre la pobreza germinan rosas y jazmines. El pasaje parece una bofetada a la grandeza. La ironía se hace cada vez más sagaz:

«Lo general es ser todo quimeras.
¡Al cielo gracias que me veo cercado
de hombres y no de brutos, bestias, fieras!
¡Que es ver un noble ánimo encubado
sin culpa entre contrarios animales,
del uno herido, del otro mordiscado!»

Viene después una diatriba contra los tacaños, violentísima, sangrienta:

«Allá goce su plata el avariento,
si el cielo se la dió a poder de ayunos
y ponga en adorarla su contento.
Ahóguese en cuidados importunos
con que a todos a guisa nos provoque,
sin fiar ni fiarse de ningunos:
Guarde el dinero, mire no se apoque
pues con ese gravamen se le dieron,
que aunque de hambre se muera no lo toque.»

Parece que se acuerda del aspecto exterior y propagandista de su composición y reacciona:

«Parézcale sus aires saludables
ameno el sitio, la quietud a cuento,
buena el agua, las frutas agradables,
Que yo en México estoy a mi contento.»

Posterga, pues, en estos versos, la vida del campo a la vida de la gran ciudad: desprecia la vida del campesino y del agricultor. Sin embargo, no es eso, sino todo lo contrario, lo que dice en «El Siglo de Oro», donde las alabanzas a la vida del pastor son de un entusiasmo sugestivo. Y podemos pensar: ¿Cuándo es sincero?

Toca el turno a otro tema: la mención de las altas figuras de la intelectualidad mexicana, todas de egregios personajes de indiscutible e insuperable sabiduría:

«Monstruos en perfección de habilidades
y en las letras humanas y divinas
eternos rastreadores de verdades.
«Préciense las escuelas salmantinas,
las de Alcalá, Lobaina y las de Atenas
de sus letras y ciencias peregrinas.
Préciense de tener las aulas llenas
de más borlas, que bien será posible
mas no en letras mejores ni tan buenas.»

No puedo por menos de ver ironía en tales alabanzas. Porque decir que Salamanca y Alcalá, Lovaina y Atenas son inferiores a México parece hasta ridículo.

Pero no acaba en esto: inserta después, para hacerse cargo del título y hablar de las virtudes, las excelencias religiosas en unos tercetos que luego veremos repetir, en el concepto y casi a la letra, en el capítulo octavo, y donde asimismo, aunque sea atrevido sospecharlo, parece que fluye ironía:

«De misas, indulgencias, estaciones,
relaciones, plegarias, romerías,
pláticas, conferencias y sermones.
Tanto convento, tantas obras pías,
tantas Iglesias, tantos confesores:
jubileos, hermandades, cofradías,
Religiosos, gravísimos doctores,
sacerdotes honestos, ejemplares,
monjas llenas de Dios y sus favores,
Hombres raros, sujetos singulares
en ciencia, santidad, ejemplo y vida,
a cientos, a montones, a millares.»

El capítulo quinto lleva un título tan vago como otros que hemos visto y como el verso al que corresponde en la octava acróstica: «Regalos, ocasiones de contento». Prosigue en él la interminable relación de las grandezas de México, pero en seguida si rastreamos en su contenido, hallamos la clave oculta de una palpación angustiosa. Ya al empezar, algo nos sorprende, como si fuera un inciso, porque turba un sombrío sueño la mente del poeta para despertar en el paraíso mexicano o para despistar al lector:

«¿Que mucho que hable con lenguaje ronco
quien tantos años arrimado estuvo
al solitario pie de un roble bronco,
donde si bien mil males entretuvo
fué a costa de otras tantas sinrazones
que en mis azares y desgracias hubo?
donde hay envidias todas son pasiones.
¡Gracias al cielo, gracias que ya vivo
sin escombros ni sombras de invenciones!

En plena **grandezza**, Balbuena nos habla de su vida dura y de sus vicisitudes, de las sinrazones y de las congojas por las que pasó. Sentimos desconocer pormenores de su biografía para saber a qué blanco apunta con tales quejas. ¿Podríamos pensar que más de una vez se vio postergado o recibió vejámenes por ser hijo ilegítimo? Pero la salida es de una elocuencia irónica maestra: Ya lo ha superado todo, porque está en México. Tal vez esto era en lo profundo de su sentir endulzar las lágrimas con limón. Y vuelve a martillar en las ya monótonas alabanzas a todo lo que proporciona la embujada ciudad, paraíso de maravillas. Este nuevo catálogo va destinado a las mujeres:

«De las damas deste alto coliseo,
nata del mundo, flor de la belleza,
cumplida perfección, fin del deseo.
Su amable trato, su real grandezza,
su gran honestidad, su compostura
templada con suave y gran llaneza.
Lo menos de su ser es la hermosura,
pudiendo Venus mendigarla dellas,
en gracia, en talle, en rostro, en apostura.
Cuantas rosas de abril, el cielo estrellas,
Chipre azucenas, el verano flores
aquí se crían y gozan damas bellas.»

Es de advertir que dice **fin del deseo**, añadiendo después **su gran honestidad**, para terminar afirmando que **aquí se crían y gozan damas bellas**, si bien su hermosura es lo de menos. Parece que el es-

píritu del poeta pasaba por una lucha de expresión reprimida en la que dejó brotar alguna vibración incontenida de la subconsciencia. Sólo así puede compaginarse que se **gocen damas bellas** y que sean **fin del deseo** mujeres de tal honestidad y compostura, que, a pesar de su recato, son las más hermosas de la tierra, la **nata del mundo**, superiores en belleza a la propia Venus. Aquella México, hermosura peregrina, donde se junta **España con la China** en metales preciosos y en riqueza, que da ciento y raya a todas las ciudades del mundo, también parece mostrar sus lacras, piadosamente encubiertas por el autor, pero no tanto que escapen a un atento estudio:

«Pues al que en paladar y alma golosa
del glotón Epicuro cursa y sigue
la infame secta y cátedra asquerosa,
Si su estómago y vientre lo persigue
y del hace su dios grosero y basto,
que a sacrificio sin cesar le obligue,
pida su antojo y no escatime el gasto,
que en sus hermosas y abundantes plazas
verá sainetes que ofrecerle abasto.»

Con agudeza nos indica que también se podía seguir a Epicuro, a pesar de ser glotón, infame y asqueroso. Cuando en el prólogo decía que «algo podía disonar en oídos delicados», tal vez quería referirse a estas orgías desenfundadas que en la **grandezza** tenían también su augusto lugar.

Sigue una enumeración de la flora hortícola y frutal del país: pera, cermeña, uva, «cuyo licor es néctar y cicuta», membrillo, manzana, durazno, nuez, avellana, granada... Y de la fauna cinegética: aves de altanería, como neblies y gavilanes, y liebres, conejos, tórtolas y faisanes. Habla del pescado de sus costas y hasta de sus «carnes, salsas y frutas»:

«Trague el goloso, colme bien la taza,
y el regalón con ámbar y juguetes
la prisión llena que a su cuello enlaza.»

Cuando llega a ensalzar ciertas ocasiones de contento, como «músicas, bailes, danzas, acogidas de agrídulce placer, tiernos disgustos, golosina sabrosa de la vida»,

pugna por excusar su conocimiento de tales **ocasiones**, dada la gravedad de su persona, pero insinuando siempre su existencia:

«Sin otros gustos de diverso trato
que yo no alcanzo ni sé, sino de oídas,
y así los dejo al velo del recato.»

Y termina el capítulo con su obsesiva alusión a la codicia, eje

y cimiento de toda aquella abigarrada grandeza pero también ariete que el autor no puede, no quiere o no sabe ocultar:

«Y cuando la codicia y el deseo
añidir pueden alcanzar el arte,
aquí se hallará y aquí le veo,
y aquí como en su esfera tienen parte.»

El capítulo sexto, «Primavera inmortal y sus indicios» es toda una floración emotiva y llena de colorido. Describe la perpetua primavera mexicana, y directamente, como era lógico, ofrece sus encantos a la señora para quien escribe la carta, comparando, como hace casi siempre, las delicias de México con las que dieron lugar a los mitos orientales, para llegar a la conclusión de que los supera:

«Todo el año es aquí mayos y abril.»

Relaciona una larga flora en la que aparecen el madroño, el tomillo y la retama. Se acuerda del virgiliano valle del Tempe, en la Tesalia, que trae como paradigma:

«El valle de Tempe, en cuya vega
se cree que sin morir, nació el verano»,

y se le escapa, delicadamente, que

«entre sus faldas el placer retoza
y en las corrientes de sus hielos claros
que de espigas le sirven, se remoja.»

Parece que hay una alusión, en la que se notan lejos de burla, a la coronación que solía hacerse a los poetas con laurel:

«Florece aquí el laurel, sombra y reparos
del celestial rigor, grave corona
de doctas sienas y poetas raros.»

Aparecen las ninfas como en la mejor poesía bucólica:

«al olor del jazmín ninfas bizarras»

y surge alguna concesión sentimental en el recuadro de aquella flora:

«El sangriento moral, triste acogida
de conciertos de amor...»

Entre tantas y tantas flores no podía por menos que situar a la dama para la que fue la dedicatoria, y exalta las cualidades de doña Isabel, viuda y monja, que para la honrada galantería del autor, excede en beldad a la de las flores:

«Y la blanca azucena que olvidado
de industria se me había, entre tus sienas
de donde toma su color prestado.»

Jacintos y narcisos que en rehenes
de tu venida a sus vergeles dieron
como esperanza de floridos bienes.»

Vuelve a hacerse eco de la leyenda mitológica, ya expuesta en «El Siglo de Oro», según la cual las ninfas vivían transformadas en flores, como en un encantamiento vegetal:

«Alegres flores, que otro tiempo fueron
reyes del mundo, ninfas y pastores
y en flor quedaron porque en flor se fueron.»

Tras de la flora, viene la fauna de aves canoras, especialmente, y de los estanques, donde no podían faltar figuras mitológicas, no exentas de libilinoso matiz:

«Y en los frios estanques, con cimientos
de claros vidrios, las nereidas tejen
bellos lazos, lascivos movimientos.»

A pesar de tan magnífico paraíso como nos describe, y a pesar de su eterna e inmortal primavera, es preciso tener en cuenta que había calamidades en México, que piadosamente se silencian y encubren: enfermedades infecto contagiosas de verdadero desastre invadían aquel edén. Y Balbuena sobradamente lo sabía, porque en su adolescencia, en 1576, hubo una invasión de peste en la que murieron dos millones de indios. En la carta al Arcediano que precede a «Grandeza mexicana», se refiere a otra invasión de la misma enfermedad, cuando afirma que «una peste cesó en esta ciudad al tiempo que llegó a ella la nueva de la venida de su Señoría.»

Por otra parte, las condiciones sanitarias de México dejaban mucho que desear, y esto también lo sabía Balbuena necesariamente. Un virrey, Juan de Mendoza y Luna, que sucedió a Zúñiga en 1603 y gobernó hasta 1607, durante cuyo gobierno Balbuena publicó su obra, se vio obligado a enfrentarse con el problema del desagüe de México y tuvo que empezar las obras de construcción del acueducto, que después dieron lugar a una inundación.

El capítulo séptimo se titula «Gobierno Ilustre» y es un alegato encomiástico que muestra la dócil y tal vez excesiva adulación del poeta a los virreyes de México y a todas las autoridades del país.

El «Gobierno Ilustre», en los tiempos en que Balbuena escribió la obra correspondió al virrey don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, Marqués de Monterrey, que gobernó en México desde el 5 de noviembre de 1595 hasta el 27 de octubre de 1603. No menciona Balbuena su nombre: solo pone los apellidos y recalca su genealogía con gran hinchazón retórica. A pesar de todo encontramos, buscándola bien, cierta ironía tímida y seguramente no identificable en aquellos momentos históricos.

Empieza elevando las calidades de virrey en sus condiciones y en su actuación. Pasa revista después, con un comentario que parece irónico, a los próceres que constituyen el cortejo del virrey:

«Cuatro alcaldes de corte horror y llanto
de ánimos inquietos, cuya espada
defiende, corta, quita y pone espanto».

Continúa la relación de autoridades:

«Fiscales, secretarios, relatores,
abogados, alcaldes, alguaciles,
porteros, canciller, procuradores,
almotacenes, otro tiempo ediles
receptores, intérpretes, notarios,
y otros de menos cuenta y más serviles.
Dejo la infinidad de extraordinarios,
que a estos se llegan y al dosel supremo
sirven y asisten en oficios varios».

Habla después del consulado,

«donde a pesar del tiempo y su malicia
se aclaran mil enredos que el decoro
del mundo inventa y teje la codicia».

Parece que no todo era aljófara en aquel paraíso. Las relaciones del virrey con el Arzobispo no fueron tampoco siempre cordiales. Hubo algún Arzobispo que fué nombrado virrey. Sabemos concretamente por Ballesteros que, mucho después de haber publicado «Grandeza mexicana», en 1623 el virrey Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, Marqués de Gelves y Conde de Priego, fué excomulgado por el Arzobispo.

Resalta la probidad, pensemos que exenta de ironía, del personal de cámara:

«Dejo en silencio, paso entre renglones
la suma de escribientes y escribanos
que de su plaza ocupan los rincones,
su gran legalidad, plumas y manos
llenas de fé, con otro gran concurso
de honrados pretendores cortesanos».

A pesar de sus excelentes condiciones, llegamos a la consecuencia que era numerosísima la burocracia mexicana.

Alaba después al corregidor, y prometiendo dejar para otra ocasión todo lo que queda, que debe ser mucho, entra en la exaltación del gobierno eclesiástico, empezando por el Arzobispo a quien dedicó la obra, para el que vuelve a desear la tiara papal. Dice que faltaba una estrella en el cielo de México,

«más ya está en su cenit y pueblo ufano
en vela de un pastor que sin exceso
merece serlo del sitial romano».

No olvida el «otro tribunal» que se refiere, sin duda, al de la Inquisición, que estaba ya establecida en México desde 1571:

«El otro tribunal, que en igual peso,
sin excepción de dignidad ni estado
la religión cristiana tiene en peso,
es de la Fé un alcázar artillado,
terror de herejes, inviolable muro
de atalayas divinas rodeado».

Obsérvese la agudeza de estos versos puestos a continuación:

«Una espía, a quien no hay secreto oscuro
que tiene ojos de dios y el delincuente
aún en el ataúd no está seguro».

Y termina con alabanzas al cabildo de la catedral, resaltando al dean como modelo,

«... y es, señora,
desta insigne ciudad mal dibujada
el gran gobierno que la rige ahora».

En el capítulo octavo «Religión y Estado», tras de una introducción lírica muy hermosa llega a la consecuencia de ser la mayor grandeza, la virtud.

«¿Quién me dirá desta real grandeza
cual sale más, la gracia en su gobierno,
o el olor de virtud en su nobleza?».

A continuación prodiga elogios a todas las órdenes religiosas de México, que cita una por una, empezando por los dominicos,

«de la española antorcha que encendida
alumbra al mundo y reformó la tierra»,

Siguen los franciscanos, los agustinos, los jesuitas, los carmelitas, los mercedarios y los benedictinos; después van las monjas, empezando por la concepcionistas y siguiéndolas las clarisas, las recogidas, las del Real Monasterio, las de Santa Mónica, las jerónimas, a las que va a pertenecer doña Isabel en el Monasterio de San Jerónimo el Real, las de la Encarnación, las de la Virgen de Sena, las descalzas, las del Bautista y las de Santa Inés.

Paralelas a las del capítulo cuarto, vienen después enumeradas las fundaciones piadosas de México:

«Dejo otros oratorios inferiores
de ermitas, estaciones, romerías,
santuarios de divinos resplandores:
colegios, hospitales, cofradías,
que no caben en número ni cuenta
ni yo la podría dar en muchos días.
Sus fundaciones, dotación y renta,
¿de qué guarismo compondrán la suma
por más letras y ceros que consienta?».

Acaso hay ya ironía en el último terceto. Pero después, al hablar de la Semana Santa mexicana lleva el poeta la exageración a un bulto que es inconcebible que tuvieran por sincero ni aún sus lectores coetáneos:

«Indulgencias tantas, en su tanto,
limosnas, estaciones, obras pías,
al mundo dichas causarán espanto:
Procesiones de varias cofradías
adonde yo he contado en una sola
más pasos que en un año entero días».

¿Puede creerse que en una sola procesión desfilaran más de 365 pasos? La hinchazón es evidente y el viento de burla llega hasta nosotros, como la luz de las estrellas, después de cuatro siglos.

El llamado «Epílogo y último capítulo» se construye bajo el título «Todo en este discurso está cifrado» y es el más extenso de todos, ya que tiene 126 tercetos, cuando la media de los anteriores era de 60 o 70.

Se trata de una recopilación de lo ya expuesto y se puede reducir a una insistencia en la machacona exaltación de México, en la que parece incansable su pluma, incidiendo en comparaciones de la ciudad con todo el mundo clásico y con el de sus días para llegar a la conclusión de que México es superior a todo y está por encima de todo, introduciendo frecuentes alusiones, también machaconas, a la mitología clásica, para ponderar bellezas y alabar cualidades.

Contiene un terceto en el que se refiere a la cifra que parece correr, con deslizamiento subterráneo, por toda la obra en la que, a mi juicio para disimular, emplea muchas cifras en este capítulo:

«¿Quién alborota en mis nuevos cuidados
para cifrar lo que cifré primero,
pues todo es cifra y versos limitados?».

Me parece, si no se me tacha de hiper crítico, que él mismo advierte su excesiva proliferación laudatoria, llamándose **lisonjero**:

«Más porque el gusto suele ser ligero
y en cuentos largos la atención se estraga
y cansa si es prolijo un lisonjero».

En efecto, la atención se estraga con tanto repetir igual motivo en todo el poema.

Fija algunos datos más concretos que en los capítulos anteriores, sin duda para aplicar cifras. Así, la ubicación, el asiento de México,

«En veintiún grado de boreal altura»,
y en la renta de las viviendas de alquiler,

«donde hay algunas de ellas tan altiva
que importa el alquiler más que un condado,
pues dá de treinta mil pesos arriba».

La obsesión irónica, que va cifrada, se hecha de ver también:

«No tienen Milán, Luca ni Florencia
ni las otras dos ricas señorías,
donde el ser mercader es excelencia
más géneros de nobles mercancías,
más pláticos y ricos mercaderes,
más trato, más ganancia y grangería».

Y vuelve sobre el tema social de la abundancia de riquezas:

«¿Pues quién dirá la cantidad de azúcar
que en una golosina que se bebe
gasta el más pobre cual si fuera un Fucar?
¿Quién a dar suma y número se atreve
a las tabernas que hay desta bebida?
¿Qué esponja alcanza lo que allí se embebe?».

Prosiguen nuevas alusiones a la «dolce vita»:

«Pida el antojo, el apetito tase
con gente grave o con humilde gente
de limpias o manchadas condiciones:
Que en toda esta gran corte es eminente
en juego, en veras, en virtud, en vicio,
en vida regalada o penitente».

Había, pues, en el paraíso mexicano, gente de manchadas condiciones, con evidente vicio, con vida regalada. Nos recuerdan estos versos aquella frase del Arcipreste de Hita que tanto se ha comentado: «si algunos (lo que non los conssejo) quisieran usar del loco amor, aquí fallarán algunas maneras para él».

Puntualiza en este capítulo una recopilación de cifras que no hizo en los anteriores, tal vez para demostrar que **todo está cifrado**:

«Cuarenta y dos conventos levantados
y ochocientas y más monjas de velo,
una universidad, tres señalados

colegios, y en diversas facultades
más de ochenta doctores graduados:
y para reparar calamidades
diez ricos hospitales ordinarios
a todo menester y enfermedades:
sin reducir a cuentas ni sumarios
la infinidad de iglesias, colaciones,
ermitas, cofradías, santuarios,
oratorios, visitas, estaciones
y los más con sagrario y Sacramento
indulgencias, gracias y perdones,
tantos que sobre el número de ciento
copiosamente igualan, si no exceden
con la curiosidad al pensamiento».

Se defiende de la maldad exterior, reaccionando contra la posible percepción de ironía:

«Este inmortal pregón, en quien la llama
del siglo tragador no haré mella
si algún rigor de estrella no la inflama».

No tiene desperdicio el terceto: no hará mella el «siglo tragador» si algún rigor de estrella no la «inflama». La estrella parece ya inflamada y ardiente a través de los siglos.

Viene luego un verdadero himno a la grandeza de España, de patriotismo exaltado, ya que el patriotismo es una de las características de Balbuena, como puede probarse en «El Bernardo». Desliza sin embargo alguna inconsciente expresión, que no consideramos intencionada, como la de

«Tus católicos hijos belicosos»
y las calamidades de la conquista:

«¿En qué guarismo hallará unidades
al rigor, los trabajos, asperezas,
calma, tormentos, hambres, mortandades,
tierras fragosas, riscos y malezas,
profundos ríos, desiertos intratables,
bárbaras gentes llenas de fiera
que en estos nuevos mundos espantables
pasaron tus católicas banderas
hasta volverlos a su trato afable?».

Aquí parece que Balbuena olvida la «Grandeza mexicana» para sobreponer a todo la grandeza española. Canta a «La España altiva y fiel» y describe sus imperios con acendrados rasgos. Y como final, y a pesar del paraíso mexicano y del cielo de México, inserta una súplica transida de apasionante emoción:

«El mundo que gobiernas y autorizas
te alabe, patria dulce, y a tus playas
mi humilde cuerpo vuelva o sus cenizas».

La nostalgia de España enturbiaba el corazón del doctor Bernardo de Balbuena, no obstante la grandeza en que vivía y a pesar de que en el «Siglo de Oro» soñaba ya con la grandeza mexicana. Su voluntad, su deseo era dormir en su patria dulce. Yo lanzo aquí la idea, pues tal era su voluntad y su deseo, de que ahora, con motivo del cuarto centenario de su nacimiento, que tan dudosamente celebramos, y que sin duda debiéramos haber celebrado hace seis años, se inicie una gestión diplomática para que los restos de Balbuena sean trasladados a su pueblo natal y enterrados en la misma Parroquia de la Asunción de Valdepeñas en la que posiblemente fuera bautizado. La gestión ha de hacerse sobre el gobierno de Puerto Rico, en cuya catedral, en la capilla que fué de San Bernardo, fundada por él y que hoy es la del Santo Sepulcro, según las investigaciones de Gómez Junco, yacen sus restos en el sueño de la muerte. Para que así cuando la trompeta del ángel, nos llame para el juicio final, nuestro Bernardo de Balbuena despierte en la misma tierra que meció su cuna.

Quiero también pedir que en el pedestal de la estatua de Balbuena, que está erigida en la Plaza de su nombre, se graben los versos de «Grandeza mexicana» que he citado últimamente:

«El mundo que gobiernas y autorizas
te alabe, patria dulce, y a tus playas
mi humilde cuerpo vuelva o sus cenizas».

La traslación de los restos de Balbuena desde Puerto Rico a España sería la última singladura de nuestro autor que tantas otras había realizado. Pero yo quisiera que sus restos vinieran así, en singladura, navegando por el mar Atlántico, como él iba y venía. Para que las olas del océano lamieran su ataúd, esas mismas olas que otras veces lamieran sus plumas de cisne.

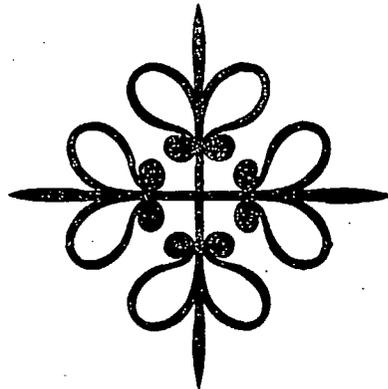
Pido también que en el pedestal aludido se grave la silueta de un cisne. Para que así como a Rubén Daría llamamos «El cisne de Nicaragua» a nuestro Bernardo de Balbuena que a sí mismo se llama **cisne** con imágenes tomadas de Horacio, podamos llamar en adelante, «El cisne de Valdepeñas», de este «valle amenísimo de peñas», del que levantó su vuelo inmortal.

Tengo que agradecer vuestra atención. Si Balbuena dijo que a otro de su mismo nombre estaba reservado el cantar las proezas de

Bernardo del Carpio, ahora, en mi posición, tengo que mostrar el orgullo de haber sido yo otro, no de su mismo nombre, pero sí de su mismo pueblo, y poeta también de vuelos mínimos, quien ha estudiado su pensamiento, tal vez con más cariño que respeto y con más tosca sinceridad que radiante efectismo.

Y nada más. No quiera sacrificar vuestra fatiga en oírme, que ya fué demasiado.

He terminado.



**Caminos recorridos por
Santa Teresa de Jesús
y San Juan de la Cruz
en La Mancha**

por Manuel Corchado y Soriano

Dedicado al R. P. Ludovico de la Vir-
gen del Carmen, restaurador del Car-
melo en Almodovar del Campo.

CONSIDERAMOS este Estudio como una aportación al conocimiento de la caminería en el siglo XVI, en relación con el mucho uso que de ella hicieron dos grandes personajes de dicha época, muy relacionados entre sí, como fueron la Doctora de la Iglesia Santa Teresa de Jesús y el excelso poeta San Juan de la Cruz.

Por las mismas razones que en anteriores trabajos sobre caminería histórica regional hemos aducido, la zona a estudiar la consideramos limitada por los ríos Tajo y Guadalquivir, pues por conocerla más de cerca, ya que estamos en ella radicados, y por haber investigado casi todos sus aspectos geográfico-históricos, creemos poder aportar datos de algún interés para la historiografía general, y para la particular biografía de los dos egregios personajes citados.

La Caminería Real del XVI nos es conocido básicamente a través de los notables «Reportorios» de Juan Villuga y Alonso de Meneses, los cuales informan sobre los principales itinerarios entonces usados por los viajeros, consignando las distancias en leguas entre los pueblos donde existían posadas, y respecto de las principales ventas en despoblado; contando con estos datos no es demasiado difícil reconstruir, sobre cartografía actual, la trayectoria de dichos itinerarios y la situación de aquellas ventas; sin embargo todavía no contamos con bibliografía concluyente sobre esta materia, por lo que, preocupados por este tipo de investigación, hemos tenido que realizar dicho estudio sobre las fuentes básicas, estando sujetos a errores, sobre todo por la falta de coordinación con las regiones limítrofes.

Por otra parte, no todos los caminos que pudieron usar nuestros viajeros del XVI aparecen en los reportorios consignados, pues la mayor parte del transporte se realizaba por la arriería, sobre los lomos de las caballerías, y éstas no tenían necesidad de pisar siempre sobre los caminos reales, pues cualquier vereda en tiempo seco era suficiente; no ocurría lo mismo con la carretería, sobre todo en terreno accidentado, que necesariamente tenía que contar con un mínimo de camino para poder rodar sobre él.

Los santos a quienes nos referimos participaron de ambos medios de transporte, pues así como Santa Teresa consta que, salvo en alguna ocasión, siempre iba en un pequeño carro entoldado (1), San Juan se trasladaba en caballería o andando, y, por tanto, es posible que algunas veces no siguieran iguales itinerarios, a pesar transitar entre los mismos sitios.

Son relativamente escasas las referencias directas con que contamos, sobre estos viajes y la forma en que los efectuaron, si lo comparamos con las muchas leguas que recorrieron sobre esta geografía, y la trascendencia histórica que tales viajes supuso, no solo la estrictamente biográfica; a pesar de esto existen inapreciables testimonios, que casi nos bastan, para dejar completo el catálogo de los viajes que realizaron a través de esta región, y que esperamos podrán servir de base, en este parcial aspecto, para aquellos que estudien esta parcela histórica.

Siguiendo un obligado orden cronológico, no dejamos de notar que el período que queremos abarcar comprende desde el 1568, con la ida de Santa Teresa a la fundación de Malagón, al 1591 con el último viaje de San Juan de la Cruz a Ubeda, donde muere; en este espacio de 23 años ambos viajeros cruzaron numerosas veces el área estudiada, aunque nunca llegaron a encontrarse en ninguno de los puntos en ella situados.

Evidentemente, el punto de partida de las fundaciones de Santa Teresa al sur del Tajo, tuvo origen en la del convento de San José de Malagón en 1568; los biógrafos de la santa fijan en 30 de marzo de este año el momento en que firma la oportuna escritura de fundación con doña Luisa de la Cerda, viuda de don Antonio Arias Pardo (2, 3), el cual en 1543 había adquirido la encomienda de Malagón, de la Orden de Calatrava, entre las que fueron enajenadas por el emperador Carlos, como maestre y con autorización papal, para allegar recursos a la corona.

Al siguiente día emprende Santa Teresa el camino desde Toledo hacia Malagón, 31 de marzo a 2 de abril de 1568, para lo que tuvo necesariamente que seguir el camino real de Toledo a Córdoba, una de las principales vías de su tiempo, el cual pasaba por la venta de Viedma, Orgaz, Los Yébenes, venta de Guadalerza, venta de Darazutan y venta de la Zarzuela, hasta llegar a Malagón (4), por lo que basándonos en las jornadas normales que solía hacer la santa, fijadas según algunos de sus biógrafos en unos treinta kilómetros, o cinco leguas, tendremos que suponer que el primer día llegarían a hacer noche en Los Yébenes, el segundo en la venta de Darazutan o de en medio, y el tercero con una jornada más corta llegaría a Malagón a media tarde; este camino sólo en algunos puntos coincide con la actual carretera de Toledo a Ciudad Real, pero en varios trozos dis-

- 1 Santa Teresa en Malagón y en La Mancha, por Matías del Niño Jesús O. C. D., Malagón 1967.
- 2 Obras de Santa Teresa de Jesús, por el P. Efrén de la Madre de Dios O. C. D., M. 1967.
- 3 Santa Teresa en Malagón (Op. Cit.).
- 4 Corchado y Soriano, Manuel. El Camino de Toledo a Córdoba. Ciudad Real 1964.

curre próximo a ella, como en la salida de Orgaz, donde existe un puente, en el puerto de Los Yébenes y paso del río Algodor, y en el estrecho o congosto de Guadalerza donde puede verse la venta, convertida hoy en casa de labor; en todo el resto su recorrido es distinto (5).

En Malagón consta se alojó la Santa durante unos días en el castillo (6), perteneciente a la encomienda adquirida por Arias Pardo, que fueron los días 2 al 10 de abril, mientras se terminó de preparar las «casas de la Quintería» para que pudieran servir de convento provisional, las cuales estaban situadas en una plaza, junto a la iglesia (7), y también eligieron solar adecuado para construir el definitivo, el cual efectivamente estaba situado al NO del pueblo y cerca del castillo, en un olivar, por donde tiene su entrada el camino real; la fortaleza de Malagón, tal vez construída por los moros sobre anteriores restos prehistóricos, es hoy solo un informe montón situado dentro de un cercado, próximo y al sur del convento.

La Santa se detuvo en esta nueva fundación, la tercera de las que realizó, hasta el 19 de mayo (8), en que partió para Avila, por Toledo, para lo que tuvo que desandar el mismo camino, y en esta ocasión, excepcionalmente, realizó el traslado en un sillón, o jamuga, sobre una caballería, pero según su propio testimonio el viaje no le sentó muy bien, y tuvo que guardar cama en Toledo para reponerse y poder continuar (9); siguiendo después a Escalona, donde llegó el 30 de mayo y desde donde escribió a doña Luisa de la Cerda remitiendo el Libro de su Vida al Maestro Juan de Avila, a Montilla, solicitando su aprobación; consta que este santo natural de Almodóvar le contestó afirmativamente, según unos el mismo año (10), y, según otros en abril del siguiente, poco antes de su muerte (11).

Este trayecto del camino real de Toledo a Córdoba, hasta Malagón, fué el más usado por ambos santos, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, pues poco después de pasado este pueblo se separa el ramal que conduce a Granada, por lo que para los viajes a Beas, Ubeda y La Peñuela, viniendo desde Toledo, tuvieron que seguir esta misma vía (12).

En el siguiente año de 1570 tuvo lugar la toma de hábito de la

- 5 Corchado y Soriano (Op. Cit.).
- 6 Libro de las Fundaciones de Santa Teresa de Jesús, escrito por ella misma.
- 7 Santa Teresa en Malagón (Op. Cit.).
- 8 Cartelas conmemorativas de las estancias de Santa Teresa en el convento de Malagón, que se conservan en el locutorio del mismo.
- 9 Santa Teresa en Malagón (Op. Cit.).
- 10 Obras de Santa Teresa, por el P. Efrén (Op. Cit.).
- 11 Obras y Escritos de Santa Teresa de Jesús..., bajo la dirección del prob. D. Pedro García San Juan. M. 1971.
- 12 Corchado y Soriano (Op. Cit.).

Madre María de San José, compañera de la Santa en sus viajes y gracias a la cual conocemos algunos detalles (13), la cual tuvo lugar en el convento provisional de Malagón, habiendo constancia de que Santa Teresa asistió (14), trasladándose desde Toledo, donde estuvo más de un año, y regresando por el mismo camino, ya descrito anteriormente (15); en esta visita es posible que hubieran empezado ciertas obras del nuevo convento, que no se terminó hasta el 79, y la Santa pudiera descansar sobre la piedra que se conserva, según tradición continuada.

Cinco años más tarde, en 2 de enero de 1575, parte la Santa desde Medina del Campo para la fundación de Beas de Segura, donde llegó el 16 de febrero; el itinerario que siguió en su primera parte, hasta su parada en Malagón (16), no ofrece duda alguna ya que tuvo que pasar por Toledo y seguir el mismo camino que en anteriores traslados, pero su segundo tramo ya es menos seguro (17), pues hay autores que sostienen siguió el mismo camino real de Córdoba hasta Almodóvar del Campo (18), donde fué protagonista de una milagrosa predicción sobre el futuro Beato Juan Bautista de la Concepción, entonces de corta edad, en cuya casa se hospedaba (19, 20), y atravesando desde allí la Sierra Morena, donde se perdió según su propio testimonio (21), la hacen llegar al reino de Jaén desde donde continuaría por el valle del Guadalquivir hasta Beas.

La probabilidad de que llegara hasta Almodóvar en este viaje es admisible, aunque supone una desviación de su ruta, pues existe tradición sobre ello y tuvo tiempo suficiente, en el mes y medio que duró este traslado, para realizar varias detenciones, sobre las que ignoramos cuales otras fueran y cuanto tiempo durara cada una, pero lo que es difícilmente aceptable es que desde dicho punto se lanzara a atravesar Sierra Morena en un carrito, pues no existían caminos en tal dirección que pudiera haber seguido; por otra parte, existe el inapelable testimonio de ella misma cuando afirma no conocer que Beas estuviera en Andalucía (22), lo que lleva a la consecuencia de que no pudo llegar hasta ese pueblo atravesando por esta región, valle del Guadalquivir arriba, ya que a su perspicacia le hubiera resultado evidente.

Por tanto, ello nos lleva a suponer que, desde Almodóvar, se

dirigiera por Argamasilla, Calzada, venta de la Reina y Santa Cruz, hacia el Partido de Infantes, perteneciente como Beas a la Orden de Santiago, y ya por el interior de esta jurisdicción, donde existían comunicaciones utilizables, se dirigiera por Torrenueva y Castellar de Santiago a tomar el camino real, atravesando el Puerto de San Esteban por las ventas Nueva, de la Sal, y de Beas, hasta llegar al pueblo de Beas (23); este último trozo de sierra es donde pudo perderse, y volver a encontrar el camino por una providencial ayuda, y sin salir del territorio de la Orden de Santiago, es decir sin tener que pisar Andalucía, pasar desde el Arzobispado de Toledo a la Diócesis de Cartagena, a la que pertenecía entonces Beas, lo que puede explicar satisfactoriamente el error de la Santa en ese asunto.

En este mismo año, el 7 de marzo, es la fundación del convento de religiosos de Nuestra Señora del Carmen, en Almodóvar del Campo (24), de la misma provincia toledana del Espíritu Santo, lo que puede también justificar la visita de la Santa a este pueblo un mes antes.

Desde Beas se traslada la Santa el 18 de mayo hasta Sevilla, donde llega el 26 del mismo mes, en un viaje lleno de curiosos detalles que conocemos por ella misma y por la madre María de San José (25, 26); el día que salieron de Beas llegaron al mediodía a cruzar el río Guadalimar, donde existiría un espeso soto de cuya sombra no había manera de arrancar a la Santa, que se confiesa temerosa del duro sol de Andalucía, pues tenían que continuar todavía un largo espacio por el camino del Condado, para llegar a hacer noche en la venta y ermita de San Andrés (27), cerca de Santisteban del Puerto, donde existe una importante bifurcación de antiguos caminos, y probablemente se trata del emplazamiento de lo romana Ilugo, sobre la vía Hercúlea, que conocemos gracias al hallazgo de los Vasos Apollinares, en los que aparece grabado dicho itinerario desde Cádiz a Roma (28); desde San Andrés siguieron ya dicha vía, entonces conocida por Camino de Aníbal, y también en este trozo por Camino de La Mancha, y pasando al pie de Navas de San Juan y la venta de Arquillos, donde probablemente harían noche, cruzarían el Guadalén y el Guarrizas por sus hermosos puentes de origen romano, y pasando por Linares y la venta de don Juan de Benavides llegarían anochecido al río Guadalquivir, por bajo de la venta del

13 Obras de Santa Teresa, por el P. Efrén (Op. Cit.).

14 Cartelas del convento de Malagón (Op. Cit.).

15 Santa Teresa en Malagón (Op. Cit.).

16 Cartelas del convento de Malagón (Op. Cit.).

17 Obras de Santa Teresa, por el P. Efrén (Op. Cit.).

18 Santa Teresa en Malagón (Op. Cit.).

19 Obras y Escritos..., por el prob. D. Pedro García (Op. Cit.).

20 Santa Teresa en Malagón (Op. Cit.).

21 Libro de las Fundaciones (Op. Cit.).

22 Libro de las Fundaciones (Op. Cit.).

23 Corchado y Soriano, Manuel. Pasos Naturales y Antiguos Caminos entre Jaén y La Mancha. Jaén 1967-68.

24 San Juan de la Cruz, por Manuel Muñoz Garnica. Jaén 1875.

25 Libro de las Fundaciones (Op. Cit.).

26 Libro de las Recreaciones, escrito por la M. María de San José.

27 Citas de las Relaciones de las MM. Ana de San Bartolomé y Ana de San Agustín, en carta particular del P. Lucinio del SS. Sacramento O. C. D., Vigo 1968.

28 Corchado: Pasos Naturales (Op. Cit.).

Toledillo o del Duque, frente a la torre de Espeluy, donde siempre ha existido una barca para cruzar el río, cuya casa del barquero todavía subsiste (29), y donde la Santa y sus acompañantes corrieron serio peligro de naufragar (30).

Todo el recorrido descrito, desde la floresta de orillas del Guadalimar hasta la venta del Toledillo, discurre sobre antiguas vías romanas usadas en el XVI como caminos reales de intensa circulación, pues eran las principales comunicaciones que existían entre Andalucía y Levante (31); una vez cruzado el Guadalquivir, o Río Grande según el calificativo que subsiste popularmente en el país, es probable que la Santa siguiera otras antiguas vías romanas hasta Córdoba, pues existen varias en la orilla izquierda.

En 4 de junio del siguiente año de 1576 regresó desde Sevilla la Santa, llegando el 23 a Toledo (32); para este traslado siguió, desde Córdoba, el camino real que llevaba directamente a Toledo, pasando por Almodóvar del Campo y Malagón; este camino, en su primera parte que atraviesa zonas despobladas de Sierra Morena, estaba entonces jalonado por numerosas ventas, hoy desaparecidas la mayor parte, y salía de Córdoba por la venta del Montón de Tierra hasta Alcolea, venta de Malabrigo hasta el pueblo de Adamúz, donde probablemente haría noche pues se cumplen las cinco leguas de camino; luego seguían las ventas de Aguadulce, Navahonda, del Fresno, Dos Hermanas y Fresnedillas, donde se cumplen otras cinco leguas; a continuación las ventas de Orán, de los Locos, de la Cruz, Alhama y Nuevas, donde se suman otras cuatro leguas de sierra; siguen las ventas de Porquerizas hoy pueblo de Conquista, Guadalmeiz donde termina el reino de Córdoba y comienza el Campo de Calatrava, del Herrero y Tejada, que son otras seis leguas; continuando las ventas del Alcalde, Molinillo, Tartanero hoy estación de Veredas, y Almodóvar del Campo, que son otras cinco y media leguas; desde Almodóvar hay diez leguas hasta Malagón, pasando por Caracuel, Ciudad Real y Peralvillo, pero ya en terreno llano y fácil (33); este cálculo hipotético supone de 6 a 7 jornadas entre Córdoba y Malagón, lo que no concuerda exactamente con las ocho que biógrafos de la Santa suponen tardaría desde Sevilla, para llegar el día 11 a Malagón; donde en esta ocasión le propusieron la fundación de Villanueva de la Jara (34); la Santa estuvo varios días en el convento provisional de Malagón (35), partiendo para Toledo el día 23 y

no constando cuándo llegarà, pero el día 30 firma la escritura para la nueva fábrica del convento de Malagón, sobre planos del arquitecto Nicolás de Vergara, maestro mayor de las obras del Hospital Tavera, concertándose la construcción en tres años, al cabo de los cuales se la entregarían «llave en mano» (36).

Dos meses más tarde, el 8 de agosto, se reúne en Almodóvar el Primer Capítulo de los Descalzos (37), al cual asiste San Juan de la Cruz desde Toledo, para lo cual tuvo que seguir igual itinerario que la Santa meses antes; a últimos de octubre, después del Capítulo, continúa San Juan viaje hacia Andalucía (38), en dirección a Beas y al Calvario, no conservándose datos sobre su itinerario, por lo que constando su partida desde Almodóvar, y su probable paso por La Peñuela, entonces transitoriamente abandonada, es lo más probable que se dirigiera por Argamasilla, Aldea del Rey y Calzada a tomar el Camino Real de Granada en El Viso, y ya sobre él atravesara el puerto del Muradal, por las ventas de La Iruela, Miranda, Los Palacios y Baeza, esta última en la cercanía de La Peñuela; continuando camino por el mismo Real de Granada, a Vilches y a las ventas de Arquillos, Navas y San Andrés, estas ya en el camino real del Condado, hasta el río Guadalimar, cruzado el cual es ya corta la distancia hasta Beas (39); el conventillo del Calvario está situado unos 6 kilómetros al SO de Beas, ya en la vertiente del Guadalquivir, y no está unido por buen camino, por lo que el trayecto es fragoso, como de sierra.

Entre las cartelas conmemorativas de las visitas de la Santa a Malagón, que aparecen colgadas en el portal de entrada de este convento, donde está el torno, figura una en que dice fue a llevarse a la madre Brianda (40); que debe corresponder a los años 1578 ó 79, pues no consta fecha, cuando enfermó la priora Brianda de San José, y la Santa se ocupó en trasladarla a Toledo para mejor atender a su curación, quedando ya en aquel convento (41), por lo que el viaje de la fundadora se realizó entre Toledo y Malagón, y su regreso con la enferma.

En este mismo año tuvo lugar la prisión de San Juan de la Cruz en el convento de calzados de Toledo, entre el Alcázar y el puente de Alcántara, y su accidentada evasión ocurrida en el mes de septiembre (42); desde Toledo, y siguiendo el camino real tan-

29 Corchado: Pasos Naturales (Op. Cit.).

30 Libro de las Fundaciones (Op. Cit.).

31 Corchado: Pasos Naturales (Op. Cit.).

32 Obras de Sta. Teresa, por el P. Efrén (Op. Cit.).

33 Corchado: El Camino de Toledo (Op. Cit.).

34 Libro de las Fundaciones (Op. Cit.).

35 Cartelas del convento de Malagón (Op. Cit.).

36 Sta. Teresa en Malagón (Op. Cit.).

37 S. Juan, por Muñoz Garnica (Op. Cit.).

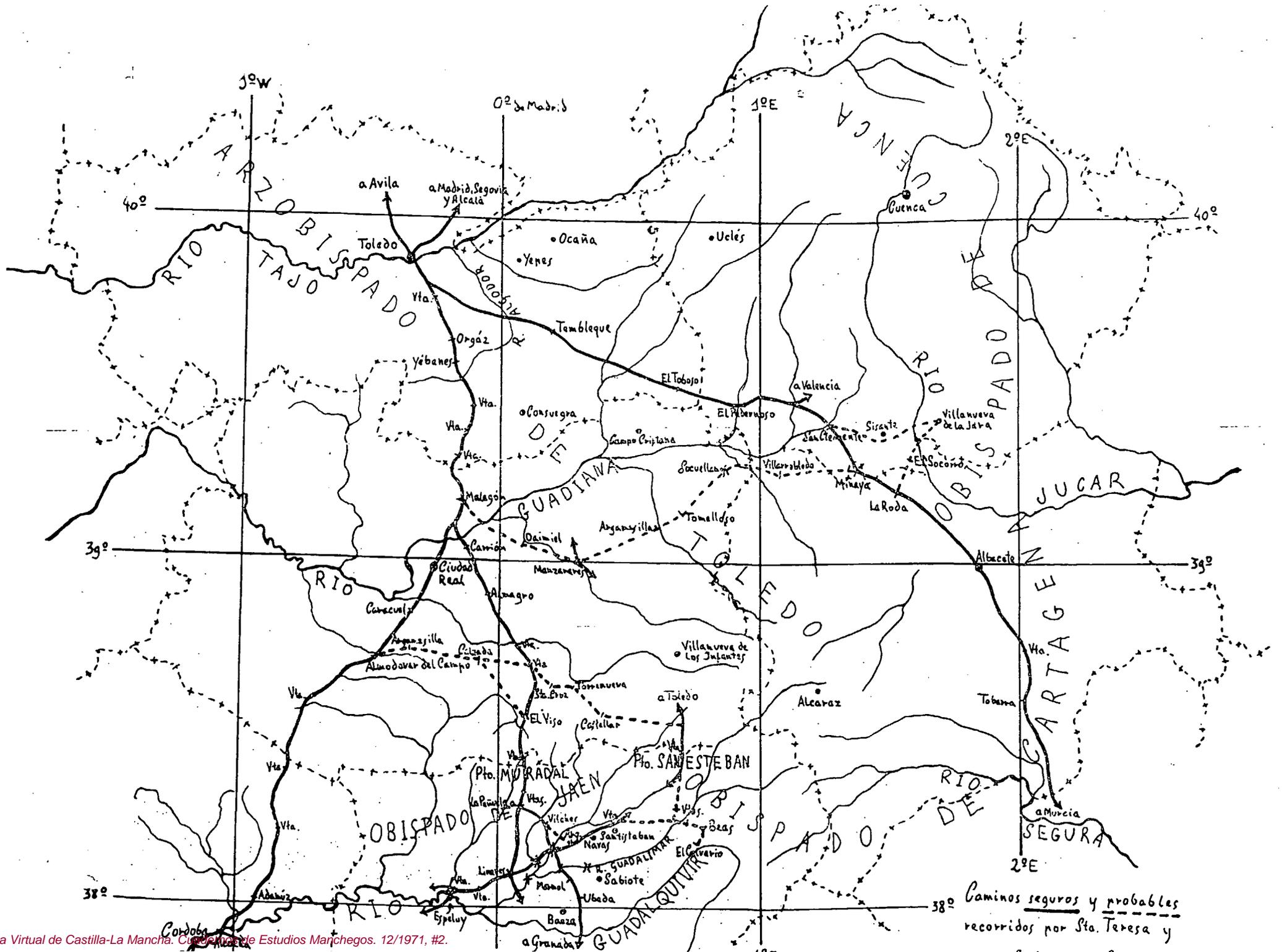
38 Vida de San Juan de la Cruz, por Crisógono de Jesús O. C. D., M. 1964.

39 Corchado: Pasos Naturales (Op. Cit.).

40 Cartelas del convento de Malagón (Op. Cit.).

41 Sta. Teresa en Malagón (Op. Cit.).

42 Obras de Sta. Teresa, por el P. Efrén (Op. Cit.).



Caminos seguros y probables
 recorridos por Sta. Teresa y

estas premisas se puede fundadamente suponer que el itinerario seguido, al salir de Malagón, pasara primeramente por Daimiel que es camino obligado para la dirección que tenía que seguir; de allí a Manzanares, donde tomaría la Vereda de Cuenca, en su ramal de la derecha, la cual seguiría hasta Socuéllamos, pasando por Argamasilla y Tomelloso; continuaría a Villarrobledo y a Minaya (53), ya ésta en el Obispado de Cuenca, y a La Roda; desde este pueblo al monasterio del Socorro, de la Venerable Catalina de Cardona, y, una vez atravesado el Júcar, llegarían a Villanueva de la Jara; este itinerario no es completamente rectilíneo, pero las desviaciones que supone son escasas, compatibles con la tradición contrastada, y aprovecha los caminos más a propósito para el medio de transporte empleado, ya que las veredas ganaderas han sido usadas, y todavía lo son, como principales vías de comunicación, principalmente en los trayectos señalados, además el camino real de Murcia se sigue desde cerca de Villarrobledo hasta La Roda, y el resto de los usados lo son vecinales, por terreno llano, y por tanto carreteros.

Una vez efectuada la fundación de Villanueva en 25 de febrero, y después de una prudente estancia en el nuevo convento (54), parte la Santa de regreso hacia Toledo el 20 de marzo, llegando el 26; estas siete jornadas de viaje (55), concuerdan casi exactamente con las treinta y cuatro leguas que se pueden calcular en este camino, a cinco leguas por jornada, pasando el Júcar por El Picazo, y siguiendo por Sisante y San Clemente, desde donde ya toman el camino real de Murcia a Toledo por El Pedernoso, El Toboso y Tembleque, que viene a confluir con el proviniente de Malagón, ya próximo a Toledo, para cruzar el Tajo por el puente de Alcántara; es este el último viaje de Santa Teresa por la Mancha.

En 1581, con ocasión del Capítulo de Alcalá de Henares del 3 de marzo (56), cruza San Juan de sur a norte Sierra Morena y toda la Mancha, desde Baeza por el camino real de Granada, pasando por Linares, La Peñuela, puerto del Muradal con sus ventas de Los Palacios, Miranda y La Iruela, El Viso, otras dos ventas intermedias y Almagro, Carrión y Malagón, Toledo y Alcalá, para regresar al mismo punto y por el mismo camino en junio; nuevamente, en octubre se traslada a Beas, y desde allí hasta Avila, pasando por Toledo (57); en noviembre desanda todo este largo camino, y todavía lo continúa hasta Granada, donde llega el 8 de diciembre (58).

53 Citas en carta P. Lucinio (Op. Cit.).

54 Libro de las Fundaciones (Op. Cit.).

55 Obras de Sta. Teresa, por el P. Egrén (Op. Cit.).

56 Vida de S. Juan, por el P. Crisógono (Op. Cit.).

57 Obras de Sta. Teresa, por el P. Efrén (Op. Cit.).

58 Vida de S. Juan, por el P. Crisógono (Op. Cit.).

En 1582 se señala un nuevo viaje de San Juan desde Beas a Granada, que tal vez sea el mismo consignado el 8 de diciembre anterior; en este año, el 4 de octubre, muere Santa Teresa (59).

El 1 de mayo de 1583 se reúne el Tercer Capítulo de Almodóvar (60), acudiendo a él San Juan desde Andalucía; viajando también hacia el capítulo los PP. Doria y Gracián, desde puntos diferentes, se encuentran en una de las ventas del camino de Toledo a Córdoba, continuando ya juntos el camino hacia Almodóvar (61).

En 1586 vuelve San Juan a viajar por este territorio, constando se trasladó desde Beas a Bujalance, en la provincia de Córdoba; y desde esta capital a Toledo y Madrid (62); y más tarde hasta Caravaca, para lo cual seguiría, aunque en sentido contrario, el camino real de Toledo a Murcia que recorrió la Santa en parte a su regreso de Villanueva de la Jara; camino que continúa, después de La Roda, por La Gineta, Albacete y Tobarra, para seguir ya luego por el valle del Segura; también, en 1587, acudió al Capítulo Grande de Valladolid, por lo que tuvo que recorrer otra vez parte del camino de Toledo (63).

En 1591 se traslada San Juan a Madrid para asistir al Capítulo de primero de junio, en el que quedó libre de cargos (64), por lo que se traslada nuevamente a La Peñuela siguiendo por última vez el camino de Toledo, Malagón, Almagro, Puerto del Muradal (65); una vez en La Peñuela, situada exactamente donde después se construyó la Nueva Población de La Carolina en tiempos de Carlos III, desde donde consta se había trasladado aquel año todos los días de cuaresma a predicar a Linares, con una distancia de más de veinte kilómetros, siguiendo uno de los ramales del camino real de Granada; y, desde allí mismo, en 28 de septiembre, emprende su último viaje hacia Ubeda, donde muere el 14 de diciembre (66).

Este traslado de San Juan, ya bastante enfermo, sobre una mulita y en compañía de un hermano, ha sido numerosas veces descrito imaginativamente, basándose en los testimonios de su proceso, suponiéndose comúnmente que siguió una ruta que pasaba por Vilches, Arquillos y el puente de Ariza, donde bajo uno de sus arcos laterales se cobijaría a descansar; un problema de difícil solución se nos plantea en orden a este itinerario, ya que del estudio

59 Vida de S. Juan, por el P. Crisógono (Op. Cit.).

60 Vida de S. Juan, por el P. Crisógono (Op. Cit.).

61 San Juan, por Muñoz Garnica (Op. Cit.).

62 Vida de S. Juan, por el P. Crisógono (Op. Cit.).

63 Sta. Teresa en Malagón (Op. Cit.).

64 Boletín del Carmen. Valladolid 1970.

65 Corchado: Pasos Naturales (Op. Cit.).

66 Vida de S. Juan, por el P. Crisógono (Op. Cit.).

de fuentes se deduce la existencia de otro camino, más recto y principal, que unía a La Peñuela con Ubeda, y es el ramal de la izquierda del camino real de Granada (67); en efecto, a corta distancia de La Peñuela existía la venta de Baeza, donde ahora la Nueva Población llamada Navas de Tolosa, y en ella se separaban dos ramales que conducían a Granada, el de la izquierda pasando por Vilches, el puente mocho del Guadalén, la barca de los Escuderos para cruzar el Guadalimar, la Torre del Mármol y Ubeda; la trayectoria de este camino es casi rectilínea, y supone unos cuarenta kilómetros de recorrido, a diferencia del aceptado hasta ahora por los biógrafos que, a partir de Vilches, se desvía por la venta de Arquillos hasta cerca de Navas de San Juan, siguiendo el ya mencionado camino del Condado, para tomar desde allí la ruta que pasa por el puente nuevo, o de Ariza, que suma unos cincuenta kilómetros de distancia; parece poco probable, a menos que causas desconocidas le impidieran utilizar el camino real, y normal, que una persona enferma no procurara utilizar el trayecto más corto; no obstante esta hipótesis deberá ser sometida a detenida comprobación.

Después de su muerte un último viaje le quedaría por realizar a San Juan de la Cruz, y este tuvo lugar dos años más tarde, en 1593, cuando el traslado de sus reliquias a Castilla la Vieja; el alguacil de corte que recibió esta comisión, temiendo la oposición activa de la gente de Ubeda a que los restos del santo salieran del sitio donde había muerto, «...desenterrólo a deshora, y hallándolo entero, aunque más enjuto... lo acomodó en una maleta para más disimulo...», poniéndose en camino de noche, y antes de llegar a la Torre del Mármol, sobre el camino real de Granada a Toledo, «...de repente se les apareció un hombre, que a grandes voces les dijo: ¿Dónde lleváis el cuerpo del Santo?, dejadlo donde estaba; aunque causó pavor al alguacil, pasó adelante...» (68); este traslado y suceso tuvo que trascender en su época, pues es, evidentemente, el reflejado pocos años después por Cervantes en la llamada aventura del cuerpo muerto, en el capítulo 19 de la primera parte del Quijote.

Sólo nos resta consignar, para complemento de los viajes de los dos santos carmelitas por esta región, que la orden la dividió en tres provincias, la del Espíritu Santo con cabecera en Toledo, la de Santa Ana con cabeza en Villanueva de la Jara, y la de San Angelo con cabeza en Ubeda; a la del Espíritu Santo pertenecieron

67 Corchado: Pasos Naturales (Op. Cit.).

68 Vida del Beato San Juan de la Cruz, por Fr. Jerónimo de San José (cita in extenso por Padilla Amat, Juan Alfonso: Naturaleza y vecindad del Quijote...).

los siguientes conventos de religiosas: San Joseph en Toledo, Malagón, Consuegra, Ocaña y Yepes, y San Antonio en Ciudad Real; y los de religiosos del Espíritu Santo en Toledo, Ntra. Señora del Carmen en Almodóvar del Campo, San Angelo en Ciudad Real y San Alberto en Ocaña; a la provincia de Santa Ana pertenecieron las siguientes fundaciones de religiosas: La de la misma advocación en Villanueva de la Jara, San Joseph en San Clemente, y Nuestra Señora de la Paz en Daimiel, más el de Nuestra Señora del Buen Consejo en Villarrobledo que dependía directamente del Ordinario; y los de religiosos de Santiago en Campo de Criptana, San Joseph en Daimiel, Nuestra Señora de Altagracia en Manzanares, Santa Teresa en San Clemente, Nuestra Señora del Carmen en Uclés y Nuestra Señora de las Nieves en Villanueva de la Jara; y a la provincia de San Angelo los de religiosas siguientes: San Joseph de Beas y de Sabote, la Concepción de Ubeda, y la Encarnación de Baeza; y los de religiosos de San Miguel de Ubeda, San Basilio de Baeza y San Juan de la Cruz de la Peñuela (69).

69 Garma, Francisco Xavier de. *Theatro Universal*. M. 1738.

**DATOS para la HISTORIA TERCIARIA y
CUATERNARIA del CAMPO de CALATRAYA**

por el Prof. Dr. Emiliano Aguirre Enriquez
Profesor de Paleontología General y Paleontología
Humana en la UNIVERSIDAD DE MADRID

EL interés geológico y geográfico de la cuenta del Guadiana es tal vez mayor de lo que parece, tanto en el campo de la ciencia pura como en el dominio aplicado de la explotación de recursos naturales. La naturaleza no es estática: tiene historia, y sin conocer esta historia natural de una comarca como la nuestra, andamos casi a ciegas tanto en la comprensión de sus paisaje, como en la explotación de sus tierras y sus aguas.

Al final de la era Terciaria, o «de los Mamíferos», apaciguados en general los procesos de la orogenia alpina, todavía, como ecos del alzamiento de las montañas jóvenes, se producen aquí y allí levantamientos, pliegues, dislocaciones, hundimientos. La Meseta se porta como cratón, esto es, como bloque estable de la corteza, y, al mismo tiempo, las sierras béticas continúan inquietas y elevándose, el golfo de Sevilla hundiéndose lenta pero continuamente, se colmatan las cuencas interiores en la parte oriental de las mesetas, entre el cratón occidental y el sistema Ibérico; los fenómenos en todo el borde mediterráneo son más complejos. Son éstos los períodos del Mioceno Terminal, o Andalucienses, y Plioceno, que van desde hace doce millones y medio de años hasta hace cerca de tres millones. Con referencia a las cuencas interiores, de sedimentación continental, estos períodos se llaman, sucesivamente, Vallesiense, Turoliense, Rusciniense y Villafranquiense inferior.

Durante ellos, ocurren también cambios climáticos y ecológicos, procesos más bien lentos y graduales, pero importantes para el paisaje y la naturaleza de Europa, ya que, a partir del Vallesiense, se producen verdaderas revoluciones faunísticas con la entrada de especies inmigrantes de Asia y Africa, a través del Oriente mediterráneo, a favor de una estepización paulatina pero firme, con clima cálido uniforme, y una desecación parcial del Mediterráneo Oriental y Central: ésta coincide con la colmatación de las tres grandes depresiones interiores españolas (Ebro, Duero y Tajo-Guadiana), y otras menores en Andalucía, Aragón y Cataluña, cuyo paisaje y vegetación se hacen también esteparios.

En todo este lapso, el Campo de Calatrava ha sido un área inestable, como atestiguan los fenómenos de volcanismo, que se producen desde el final del Mioceno hasta el Pleistoceno inferior, y los plegamientos desiguales de sus depósitos lacustres miocenos, e incluso, quizá, superiores.

Al final del Plioceno, después de la inmigración villafranquiense de los primeros elefantes, caballos y del bovino **Leptobos**, antes

de que se extinguieran las últimas convulsiones importantes de la corteza en el marco mediterráneo, el clima comienza a inestabilizarse y se constituye en factor principal de los cambios geográficos y ecológicos, a través de los cuales se desarrolló la difícil infancia de la humanidad.

La intensidad y ritmo acentuado de estos cambios cíclicos del clima caracterizan el período siguiente, el Pleistoceno, o «Edad del Hielo», con su serie cuasi-periódica de glaciaciones e interglaciales. Esta oscilación se refleja también en el nivel mundial de la superficie de los océanos, y, en consecuencia, en las líneas de costa, con un subeybaja de playas, acantilados y dunas. Tierra adentro, a causa de los fenómenos de glaciación y de fusión de los casquetes de hielo, de la alternancia de climas continentales y oceánicos, de las subidas y bajas del nivel de base en los mares, se alterna también los fenómenos de deposición, formación de suelos y excavación en los valles fluviales, que adquieren así su configuración actual en terrazas.

El número, modelado, evolución sedimentaria y altitudes seriadas de éstas con respecto al nivel actual de los ríos, tienen una correspondencia más o menos exacta incluso en cuencas de países muy distantes; con todo, la cuenca del Guadiana parece haber evolucionado durante este período de manera muy peculiar, distinta de las otras grandes cuencas españolas.

El problema del paso de la era Terciaria a la Cuaternaria, o del límite Plio-Pleistoceno, que ha de ser una frontera convencional, pero basada en hechos geográficos reconocibles y correlacionables a grandes distancias, es objeto en la actualidad de estudios especiales en cooperación internacional, que ocupa a diversos organismos mundiales, congresos y coloquios, y la región manchega, y particularmente el Campo de Calatrava, se prestan a estudios y determinaciones muy interesantes en esta cuestión.

La geología neógena y cuaternaria de Ciudad Real no es de las más complicadas, y ha sido objeto de interesantes trabajos, que ilustran el historial de esta ciencia en España (NARANJO y GARZA 1850; CORTAZAR 1880; E. HERNANDEZ-PACHECO 1928; F. HERNANDEZ-PACHECO 1932 ab).

No obstante, nuestra provincia es de las menos conocidas de España en este aspecto. La mayor parte de los estudios precedentes, o bien se incluyen en obras más amplias y generales (E. HERNANDEZ-PACHECO 1911; F. HERNANDEZ-PACHECO 1952; O. JESSEN 1946), o, al contrario, se limitan a cuestiones muy especiales, o se hallan en trabajos de escasa difusión, como informes de empresas o artículos muy restringidos desde el punto de vista geográfico o disciplinar (CALDERON 1883; BURRI y PARGA PONDAL 1933; 1935; PARGA PONDAL 1935; I. ROSO DE LUNA 1943; I. SANZ

1946; E. RAMIREZ 1957; F. MINGARRO 1959). En materia de Paleontología, sólo se conocía el yacimiento pleistoceno de Valverde de CALATRAVA (E. HERNANDEZ-PACHECO 1921a); SCHAUB 1923; CRUSAFONT PAIRO 1961; 1962). Como se ve, el resurgimiento de la investigación geológica en España durante los últimos 30 años, que cuenta con una abundante y meritoria floración de publicaciones de todas las ciencias de la tierra en otras provincias españolas, apenas se ha acercado a Ciudad Real, salvo algunas excepciones. Entre los trabajos más recientes pueden contarse algunas aportaciones muy valiosas, pero también escasas y especializadas (CAMPO VIGURI 1966; QUIROS LINARES 1969; MONTURIOL, GALLARDO y ALEIZANDRE 1970; MEDINA, CAPOTE y HERNANDEZ ENRILE 1971). En la actualidad, se cuenta con la continuación de estos últimos trabajos en edafología y tectónica, así como en volcanismo.

Así el Guadiana sigue siendo el más misterioso y el menos conocido de los grandes ríos peninsulares, y entre los dos centenares de yacimientos de Mamíferos fósiles de las cuencas terciarias en España, sólo uno se conocía de la «llanura manchega» (E. HERNANDEZ-PACHECO 1921b) y ninguno de la provincia de Ciudad Real, donde, en cambio, la extensión superficial de los afloramientos terciarios es muy considerable, particularmente del Terciario superior o Neógeno.

Frente a esta escasez de datos y parquedad de divulgación, un hecho ocurrido este verano ha sido, por su naturaleza, lo bastante espectacular y ha obtenido, por el celo de las autoridades científicas y civiles de la provincia, una resonancia tal, que ha determinado la elección de tema para esta lección inaugural.

He de referirme ante todo al marco de la investigación en que este hecho y descubrimiento se ha producido; a continuación es preciso presentar a Vds. una información, la más breve y completa posible sobre este hecho, en la fase sólo inicial de los trabajos presentes, y, por fin, trataremos de sacar unas consecuencias, que no serán, por ello, sino perspectivas y compromisos para un trabajo más extenso, tan urgente como prometedor, y para una garantía de su continuidad y maduración.

La investigación en que se enmarca la excavación de Las Higueuelas, en el término de Alcolea de Calatrava, es el objeto de la tesis para el grado de Doctor de un geólogo toledano, D. Eloy MOLINA, a quien confié mi preocupación por el estudio del Campo de Calatrava en los aspectos cuaternarísticos y de paleontología de mamíferos, y que emprendió con tanta tenacidad como entusiasmo y exigente observación esta tarea; a su labor y perspicacia se deben muchos de los nuevos conocimientos sobre la geología de esta comarca, que aquí pretendo reflejar, y que ya comienzan a desbordar

nuestras fronteras, despertando el interés de especialistas y entrando en la problemática y en los programas de coloquios internacionales.

En la primera fase de su trabajo, el Sr. MOLINA ha delimitado cartográficamente y definido estratigráficamente, con importantes precisiones paleogeográficas y tectónicas, la serie miocena del Campo de Caltrava, con un detalle y exactitud sin precedentes en los trabajos anteriores; ha encontrado formaciones geológicas hasta ahora desinadvertidas; ha señalado la antigüedad y el relevo en el tiempo geológico de fases sucesivas de las manifestaciones volcánicas que distinguen esta comarca, y se ha adentrado en la compleja problemática de los accidentes geológicos y geomorfológicos del Plioceno y del Pleistoceno inferior o antiguo. Aun cuando este trabajo no está completo, ni se podrá publicar antes de dos o tres años, un público reconocimiento por la labor ya realizada y todo estímulo y apoyo para la que tiene delante, es de pura justicia. (1)

Debo manifestar que mi interés y esperanza por la geología cenozoica y antropozoica del Campo de Calatrava, provenía de algunos indicios que invitaban a buscar yacimientos de Mamíferos pleistocenos, por una parte, y, por otra, el desarrollo en la última década de técnicas que permiten obtener dataciones cronostratigráficas de gran precisión mediante análisis radiométricos de minerales contenidos en rocas originadas y afloradas en efusiones volcánicas, parecía poder aplicarse casi singularmente en esta región de España a la datación de estas posibles faunas de Mamíferos y al estudio del límite Plioceno-Pleistoceno, como se está haciendo desde los últimos años, sobre todo en Africa Oriental en relación con el origen de la humanidad en esa época, en el Macizo Central francés, y muy recientemente en algunos otros puntos de Europa del Este y del Oeste.

Los fósiles de Mamíferos conocidos hasta la fecha eran los siguientes, casi todos en los alrededores de esta capital:

—A) VALVERDE DE CALATRAVA I:

Mammuthus meridionalis (NESTI)

Equus caballus mosbachensis

Hippopotamus amphibius maior

Cervus

(1) Es preciso extender asimismo esta gratitud a algunos compañeros que le han asistido valiosamente en las necesidades de su duro trabajo, sirviéndole de guía en la región.

Edad: Pleistoceno inferior (E. HERNANDEZ-PACHECO 1921b; SCHAUB 1923; CRUSAFONT PAIRO 1961); más bien una subfase alta de este período.

—B) CASTILLO DE CALATRAVA:

Mammuthus meridionalis.

Procedente de las explotaciones de mangeso, del INI, hoy cerradas, me había sido confiada en 1957, para su restauración e identificación una muela última, muy fragmentada, de esta especie, por medio del Prof. J. M. FONTBOTE, del entonces Laboratorio, hoy Departamento de Geología de la Universidad de Granada, la cual fue hábilmente restaurada por D. Manuel Martín Calpena.

Edad: Pleistoceno inferior; fauna «villafranquiense».

—C) VALVERDE DE CALATRAVA:

El año 1963 visité por vez primera con alumnos de Paleontología Humana, de la Universidad Complutense de Madrid, el Campo de Calatrava, deseoso de completar y renovar con nuevos hallazgos los estudios antiguos sobre la fauna «villafranquiense» de esta localidad. No había lugar a volver a excavar el antiguo pozo; pero, buscando posibles afloramientos nuevos, nos fue indicada una cantera de arena, donde se habían visto indicios de fósiles. Dicha cantera está abandonada, pero, en efecto, es fosilífera, aunque pobre y costosa de explotar con este fin.

Las arenas gruesas, levigadas, de los niveles inferiores, con algunos moldes de moluscos, como *Unio* y un gasterópodo tal vez del grupo de las *Melanopsis*, dan testimonio de un antiguo curso fluvial importante; pero ¿de qué época? Los fósiles de mamíferos recogidos demuestran una fauna variada; pero son muy precarios y no permiten identificación alguna específica ni aun genérica. Sólo puede decirse que contiene un proboscideo, un súido, probablemente un bóvido y un carnívoro. Sería preciso emprender excavaciones metódicas, que se presentan técnicamente difíciles, y, además, costosas. Pero la secuencia estratigráfica que contiene en su base estos materiales está coronada por unos bancos calizos, plegados, que se pueden seguir en cierta extensión, y representan el final del ciclo sedimentario mioceno. Tenemos, pues, una fauna, no identificada, pero que puede caracterizarse en esta comarca el Mioceno Terminal, bien conocido por ricas faunas mastológicas en el Vallés-Penedés, y en las fosas tectónicas de Teruel y Calatayud, y por yacimientos más pobres, pero de cierta consideración en las cuencas del Duero, Tajo y Genil, además de otros, más escasos, en Murcia, Alicante y Valencia.

Cabe añadir, aun cuando se halle fuera del Campo de Cala-

trava y en plena Mancha, concretamente en el Campo de Daimiel, el yacimiento de Villarrubia de los Ojos, desflorado en un pozo, y que me fue comunicado por los hermanos Sánchez Crespo.

El estudio sedimentológico de Villarrubia de los Ojos fue el objeto de la tesina para el grado de Licenciado en Ciencias Geológicas de la Srta. Carmen GARCIA PALACIOS. Los fósiles eran demasiado fragmentarios para poder basar en ellos una conclusión precisa: se trata de un metacarpiano incompleto de un proboscídeo no identificado, en estado de deficiente conservación, y varios huesos en buen estado del tarso de un Bovino, que sería con toda probabilidad un *Leptobos*, género antecesor de *Bos* al que pertenecen los toros modernos, más grácil que éstos, y que vivió en torno al mediterráneo durante el Villafranchiense, esto es, en los medios continentales de final del Plioceno y del Pleistoceno inferior.

El hallazgo de este género, relativamente moderno, necesitaría completarse con fósiles más representativos de este animal, como serían cráneos, astas y dientes; pero plantea ya un problema, pues se halla 15 metros por debajo de unas calizas evaporíticas que se habían atribuido comúnmente al Mioceno terminal («Pontiense» de los autores antiguos), y cuya edad sería preciso rejuvenecer.

||

La excavación del mes pasado en Las Higuieruelas se debe a una ejemplar colaboración, en el marco de intentos que acabo de exponer. Conocedor del estudio que el Sr. MOLINA había emprendido en el Campo de Calatrava, D. Efraín Redondo, también geólogo, de esta capital, le informó del descubrimiento de restos de un gran mamífero el año 1935, que apenas había tenido una primera resonancia en la prensa local, por un artículo del profesor, D. Fidel Fuidio, y cuyo estudio fue cortado con la vida de este religioso marianista el año siguiente. El autor del hallazgo, en esa finca que era su propiedad, fue D. Casimiro Plaza, padre del actual Maestro nacional de Alcolea de Calatrava —en cuyo término está el yacimiento—, D. Santiago Plaza Coello, quien se interesó por los trabajos del Sr. MOLINA, y recogió nuevos fósiles del gran proboscídeo en aquella finca. Generosamente nos confió estos fósiles, a fines de 1969, para su estudio, y se interesó en las posibilidades de desarrollar una excavación metódica, para lo cual pidió orientación al Departamento de Paleontología de la Universidad de Madrid, y al Profesor Dr. Miguel CRUSAFONT PAIRO, Director del Instituto Provincial de Paleontología de Sabadell. Al final del mismo año, el jesuita belga, P. Eduardo BONE, paleontólogo, profesor de la Universidad de Lovaina y de la de Chicago, me manifestó su deseo de pedir ayuda a una fundación internacional para hacer juntos una excavación paleontológica en España: le hice visitar varios yacimientos poco

explotados, y decidimos hacer el intento de comenzar una exploración sistemática de yacimientos del Neógeno y Cuaternario inferior del Campo de Calatrava. La ayuda para una excavación exploratoria le fue concedida este año por la **Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Inc.**, de Nueva York, y fijamos el 15 de septiembre de este año para comenzarla, bajo su dirección, con unas calicatas de tanteo en Las Higuieruelas, previa autorización del Delegado Provincial de Educación y Ciencia, de Ciudad Real.

Los fósiles levantados por las labores en este olivar, y recogidos por D. Santiago Plaza, eran fragmentos de un cráneo y mandíbulas, más un húmero y otros huesos fragmentarios de una especie de mastodonte, *Anancus arvernensis*, representante de una subfamilia peculiar de estos proboscídeos, los Anancinos, que se caracteriza por una disposición encabalgada de cada media fila de cúspides sobre la otra media, en sus molares, y además por poseer un solo par de defensas, superiores, y una tendencia al acortamiento de las mandíbulas y maxilares gracias al relevo de los dientes molares, que no surgen de la encía sino cuando se está consumiendo por el desgaste la pieza anterior, de modo que, a partir de la dentición infantil o de leche, sólo tienen una muela en cada rama mandibular, lo cual favorece también la longevidad de los individuos de estas especies. De estas tres características, las dos últimas son propias también de los elefantes, que descienden de otra familia afín a los Anancinos, y acaban por prevalecer sobre éstos al comienzo del Pleistoceno, favorecido por otra tendencia evolutiva peculiar, el aumento considerable de filas transversales de cúspides, favorecido por el adelgazamiento constante de éstas y de su capa de esmalte.

Los *Anancus* se originan ya en el Mioceno inferior de África Oriental, hace unos 18 millones de años, y, al comienzo del Mioceno superior, pasan al Sureste de Europa por el puente establecido entonces en el Próximo Oriente. No penetra en España sino en el período que sigue al Vallesiense, esto es, el Turolense, con la sección-tipo en la colina de Los Mansuetos (Teruel), que dura entre hace 9 y hace 6,5 millones de años, y se señala por condiciones climáticas de progresiva aridez, a las que responde una fuerte estepización del paisaje. Estos fenómenos corresponden al máximo de desecación, progresiva desde el período anterior, en casi todo el Mediterráneo: en medios marinos, esta época geológica recibe el nombre de Andaluciense, y se caracteriza por una fauna de microforaminíferos plantónicos, que se obtuvieron del subsuelo de Sevilla en unos ondeos de «Adaro», y se correlacionan con el «albero» de Carmona, Alcalá de Guadaíra, Dos Hermanas, y del nuevo tramo de la carretera Cádiz-Algeciras saliendo de la Barca de Vejer.

El *Anancus arvernensis* ha pervivido en España, como en toda Europa meridional, hasta hace algo más de 2 millones de años. Se

habían encontrado en nuestra Península algunos restos, de edad Turolense, en Alfacar (provincia de Granada) y Teruel, y el Dr. J. F. de VILLALTA ha recogido otros fósiles de esta especie en el Plioceno final de Olot (Gerona). Este sólo hallazgo, en Las Higueruelas, no podía, pues, por sí solo, dada la longevidad de la especie en cronostratigrafía, datar con precisión el terreno en que se había encontrado. Era necesario dar con fósiles de otras especies más características, y sobre todo, con una fauna más representativa.

El dejar los restos, tal como se hallaban en estas visitas previas, sin tocarlos, en superficie, permitió señalar en Las Higueruelas, uno de los puntos en que los fragmentos de fósiles se veían en mayor cantidad, para cavar las primeras calicatas de exploración.

Se acordonaron dos bandas de dos metros de ancho, en «T»; la rama transversa, orientada aproximadamente de Oeste a Este, siguiendo la pendiente del terreno, de 24 m. de largo, dividida con estacas de hierro en cuatro secciones, de 6 m. cada una, y la otra, perpendicular a la primera, de 12 m. también dividida en dos secciones de 6 m. Los cuatro segmentos de la primera trinchera se llamaron A, B, C, D, y los otros dos, E y F.

Sólo se han excavado los segmentos A, B, C y E, subdividiéndolos en 12 cuadrados cada uno, de 1 m. de lado. Con estas cifras se han signado todos los fósiles recogidos, añadiendo una más para numerar los más completos o interesantes de cada cuartel de 1m², y se ha fijado su posición antes de recoger cada objeto, en planos detallados sobre papel milimetrado, a escala 1:10. Algunos fósiles pequeños se han encontrado cribando los sedimentos, y los más importantes se han registrado también en su altura respecto de la superficie del suelo. En estas tareas han asistido al P. BONE las Srtas. Nieves López, bióloga, y María Dolores Garralda, antropóloga. Se han hecho además fotografías de cada segmento de estas trincheras, antes también de levantar los fósiles de cierto tamaño, y, una vez avanzada la excavación en profundidad, se han fotografiado y registrado en croquis a escala las secciones verticales de las trincheras, distinguiendo y numerando las capas sucesivas de materiales sedimentarios, recogiendo muestras de los mismos, labor que ha correspondido a los geólogos, Sres. Molina y Alfredo Pérez González, asistidos también ocasionalmente por D. Antonio Rincón, también geólogo. La potencia (profundidad de estratos) excavada en total ha sido 2,32 m., no muy grande, pues los fósiles han comenzado a aparecer muy próximos a la superficie, como hacía prever el hecho de que algunos hubieran sido removidos por el arado.

Se encontraron «in situ», esto es, en su contexto geológico original, cinco defensas, dos medias pelvis, dos fémures, tres tibias, un húmero y un cráneo incompleto de *Anancus arvernensis*, ade-

más de algunas vértebras, varias costillas y unos pocos huesos de la mano y del pie, y diversos fragmentos menores de otros huesos grandes de la misma especie.

Cuatro de las defensas se dejaron sin extraer, porque alguno de sus extremos se metía en la pared de la trinchera, y es norma en estos casos no intentar la extracción hasta que se extienda la excavación al área adyacente una vez acuertelada, cosa que hemos tenido que dejar por esta vez para otra campaña de excavación. El cráneo y los huesos grandes se extrajeron previa envoltura en escayola, y se depositaron en la Sección de Arqueología del Museo Provincial de Ciudad Real, junto con envoltorios o cajas que contienen los fragmentos menores, en espera de un destino definitivo, que no puede ser otro sino una nueva Sección de Geología o de Ciencias Naturales en este Museo, pues a estas ciencias y no a la Arqueología corresponde el estudio de tales objetos. Las bolsas que contenían unas 30 muestras de sedimentos han de ser analizadas en diversos laboratorios especializados, y en la Sección de Paleontología de Vertebrados y Paleontología Humana del Instituto Lucas Mallada (C.S.I.C.) se ha comenzado el estudio de los escasos, pero ya interesantes restos de otras especies de Mamíferos.

Con esto, conocemos ya las formas siguientes de la fauna del Campo de Calatrava en el período que corresponde a estos estratos:

MAMIFEROS

PROBOSCIDEOS

Gomphotheriidae:

Anancus arvernensis CROIZET et JOBERT (las piezas relacionadas).

PERISODACTILOS

Equidae:

Hipparion rocinantis E. HERNANDEZ-PACHECO.

(2 muelas inferiores, axis y otras vértebras, costilla, fragmentos de algunos huesos de extremidades).

ARTIODACTILOS

Cervidae:

género indeterminado (2 fragmentos de cuerna).

Bovidae:

Gazella sp. cf. *brevicornis* WAGNER

(un núcleo óseo de asta, 1 fragmento de cañón, varias falanges, 1 fragmento de calcáneo, restos de una mandíbula destrozada).

Además de algunos indicios de mamíferos pequeños indeterminados.

REPTILES

QUELONIOS (dos fragmentos de géneros distintos, no identificados).

Estos elementos faunísticos no aportan todavía mucha mayor precisión a la cronostratigrafía de la formación de Las Higuieruelas. La entrada del género **Hipparion** en España marca el comienzo del Vallesiense (12,5 millones de años), y pervive hasta la segunda fase del Villafranquiense, hace algo menos de 3 millones de años, en Villarroya (Logroño). Todo este tiempo ha florecido en la Península con sucesivas ramificaciones en diversas especies y subespecies. Afortunadamente, y, gracias sobre todo a un amplio trabajo en curso por María Teresa Alberdi de Rey, se va a poder precisar mucho acerca de los parentescos evolutivos de las variadas especies españolas de **Hipparion**, y de su distribución en el espacio peninsular y en el tiempo geológico. El **Hipparion rocinantis** se describió por primera vez (E. HERNANDEZ-PACHECO 1921b) de La Puebla de Almoradiel, atribuyéndosele una edad «Portiense» —término por lo demás equívoco, con que se designaba en Europa occidental el Mioceno terminal, hoy dividido en Vallesiense y Turolense—; este yacimiento, por lo demás conocido sólo por un escaso puñado de fósiles, puede muy bien ser más moderno, cabe sospechar que del Rusciniense inferior. Con esta especie está emparentado el más moderno de los hipariones españoles, último superviviente ante la invasión de los caballos con un solo dedo, el **Hipparion crusafonti de Villarroya**: ha debido, pues, pervivir en España todo a lo largo del Rusciniense, esta línea evolutiva (6.5 a 4 millones de años).

La gacela es de talla menor que la **Gazella depereti** del Sur de Francia, de La Puebla de Almoradiel (tal vez subespecie o especie distinta) y otras de Europa central, y se diferencia también por la sección del núcleo óseo del cuerno y de su pedúnculo. Se parece más por este carácter a una forma griega del Turolense, y se distingue bien de las pleistocenas.

No hay elementos suficientes para una identificación del cérvido; pero la robustez y la longitud presumible de sus cuernas sugieren una edad más moderna que el Turolense, mientras que la gacela podría ser, como el **Anancus**, un superviviente de esta época.

Parece, pues, lo más probable, que nos encontremos en el comienzo del período Rusciniense (6.5 a 4 millones de años), que corresponde a casi todo el Plioceno marino.

Algo que permiten ya inferior estos pocos elementos de la fauna de Las Higuieruelas, son los rasgos generales del clima y de la flora en esa época: algo parecido a la sabana arbolada de gran

parte del África subsahariana actual, con hierba abundante e incluso dominante, y una temperatura media anual más elevada que la de España en nuestros días.

Estos datos podrán precisarse más cuando una mayor variedad de formas fósiles permitan una comparación más adecuada, incluso desde el punto de vista biostadístico, con las biocenosis más ricas y mejor conocidas del Turolense de varias regiones españolas y del Rusciniense del Sureste de la Península —mal conocido aún— y del Sureste de Francia.

Hay empero una posibilidad de datación cronostratigráfica gracias a las observaciones de los geólogos que colaboran en estos trabajos, quienes sitúan la formación de Las Higuieruelas justo por encima de las calizas finales del Mioceno (Turolense), y plegada con ellas por un movimiento tectónico intraplioceno.

Cabe aún esperar la confirmación, o la corrección de la hipótesis aquí expuesta, por un hecho de fortuna y de enorme interés. El sedimento que envuelve estos fósiles y que ha permitido su conservación hasta nuestros días, es una toba volcánica de lapilli, con bombas volcánicas que se encuentran en gran abundancia entre los huesos e incluso incrustadas en ellos. El examen de estos materiales petrográficos de origen eruptivo, por técnicas muy modernas y costosas —aún no introducidas en España— podrá permitir a los petrógrafos indicarnos si han estado expuestos o no largo tiempo a la acción atmosférica, y si se han sedimentado —probablemente en la ribera de una laguna— rápida o lentamente tras la erupción: la dispersión de los huesos de un mismo esqueleto de mastodonte parece nula o pequeña, y no es muy considerable en los huesos de las especies de mediana talla, que, con todo, han sufrido arrastre y quizá un breve tiempo de exposición en la superficie. Se podrá quizá, también, calcular por los minerales eruptivos, con un margen de error muy pequeño la edad precisa de este fenómeno y de la muerte de estos animales extinguidos.

El estudio estratigráfico y morfológico del señor Molina, y la deseable datación radiométrica de otras formaciones volcánicas de la región, relacionadas con los terrenos terciarios y cuaternarios, permitirán definir las diversas formaciones geológicas del Campo de Calatrava en estas edades y establecer su antigüedad y su seriación en el tiempo, por ejemplo, la de un fenómeno tan extenso e importante en nuestras mesetas como es la «raña», cuya edad no se conoce aún con precisión.

III

La fauna fósil, por tanto, de Las Higuieruelas es un hito importante para la historia paleogeográfica y paleobiológica del Cam-

po de Calatrava, pero lejos aún de la meta que podemos y debemos proponernos.

Es un comienzo, y un comienzo que obliga. La existencia de otros dos yacimientos a pocos kilómetros en Valverde de Calatrava —uno más antiguo y otro más moderno—, y los indicios de otros dos al Este de la capital de la provincia, están pidiendo otros intentos de excavación, mientras que la de Las Higuieruelas debe hacerse más extensiva en busca de nuevos elementos faunísticos y de completar, para su exhibición, alguno o algunos de los esqueletos de mastodonte, de los que sólo hemos extraído algunas porciones.

Nos es lícito además suponer y augurar que no son éstos los únicos yacimientos de la comarca, y que un poco de cuidado e interés a partir de esta fecha serán premiados con nuevos descubrimientos que completarán los actuales. Cada nuevo hallazgo que llame la atención debe comunicarse a la autoridad provincial en materia de Educación y Ciencia, para que el debido control evite la dispersión y pérdida irreparable, y asegure la reunión y el estudio metódico de estos delicados y siempre fragmentarios documentos de historia biológica y geológica, preciosos, no para el lucro, pero sí para una necesaria información sobre la evolución de la naturaleza en nuestra región.

Me alegra, a la vez que me honra, el haber sido invitado a hablarles de este tema, y, a mi vez, correspondo con otra invitación, a una labor, muy en la línea de la vocación y de los desvelos de Vds., altamente constructiva y educativa, como es el abrir los ojos de la futura generación de maestros nacionales a esta preocupación y actividad, y el colaborar en una labor tenaz, a veces ingrata, pero que sólo puede ser colectiva, de equipo, y que nos ayudará a conocer nuestra comarca, para disfrute cultural, pero también para el aprovechamiento mayor de sus recursos naturales, y sobre todo de su suelo.

Para que este conocimiento no sea meramente superficial y vago, para que sea comunicable y expansivo y estrictamente científico, hace falta otra condición, y esta es una segunda invitación que me permito hacerles, a todos Vds., autoridades, profesores, estudiantes, y amigos de Ciudad Real, invitación que me hago también a mí mismo, comprometiéndome en una nueva cita con ustedes y al servicio de esta provincia que con tan cálida hospitalidad y eficiencia nos ha recibido y ayudado el mes pasado al Prof. P. BONE —cuyos sentimientos conozco y sé que interpreto fielmente—, y a nosotros todos.

Tal condición es un Museo, que ya está en la mente y en la acción de Vds., con una sección dedicada a este campo de la ciencia, y digno de esta provincia, cuya contribución al tesoro y legado cultural de España en otros dominios humanos es tan relevante.

Los Museos tienen la gran fortuna de realizar una función ca-

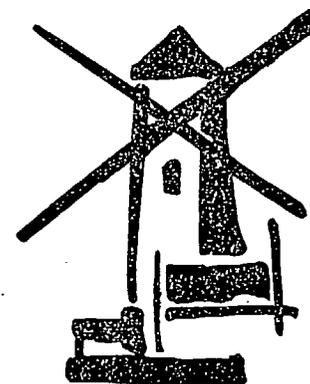
pital, la **conservación** de objetos del pasado de valor documental, para hacerlos eternamente vivos y servir a la vez en dos planos principales del saber y del goce humano: la investigación científica y la extensión cultural, el primero de profundidad y creación de saber, y el segundo de contemplación comunicativa.

Un Museo no puede ser en modo alguno tratado como un baúl o desván de cosas viejas inútiles, ni como un álbum o vitrina de recuerdos personales. Un Museo necesita el cariño y la colaboración de muchos, los aportes de todo afortunado descubridor, la dedicación de especialistas y técnicos, y la atención de todos cuantos puedan canalizar hacia él los medios materiales necesarios. Un Museo es algo vivo, y así tiene la virtud de dar vida al pasado y enriquecer con él nuestras vidas e ilusiones.

La investigación es también la vida y la juventud perenne del saber, así como la pedagogía popular es su fecundidad. Gracias al Museo, por el que ahcemos votos, y que nos comprometemos aquí a levantar y mantener, todo lo hasta hoy descubierto de historia natural manchega, junto a todo lo hasta aquí vivido de historia humana en la provincia, seguirá siendo quehacer y lección viva para las generaciones venideras de estudiantes, y objeto creciente de viva investigación para las generaciones venideras de científicos.

Sólo así la tarea y los descubrimientos de otras generaciones, que he tenido la osadía de tratar de resumir ante la atención de ustedes, tendrán sentido y continuarán inmersos en una dinámica humana lanzada hacia el futuro, que es siempre lo mejor, y al que sacrificamos con gusto inmenso nuestras vidas.

Ciudad Real, 15 de octubre, fiesta de Santa Teresa, 1971.



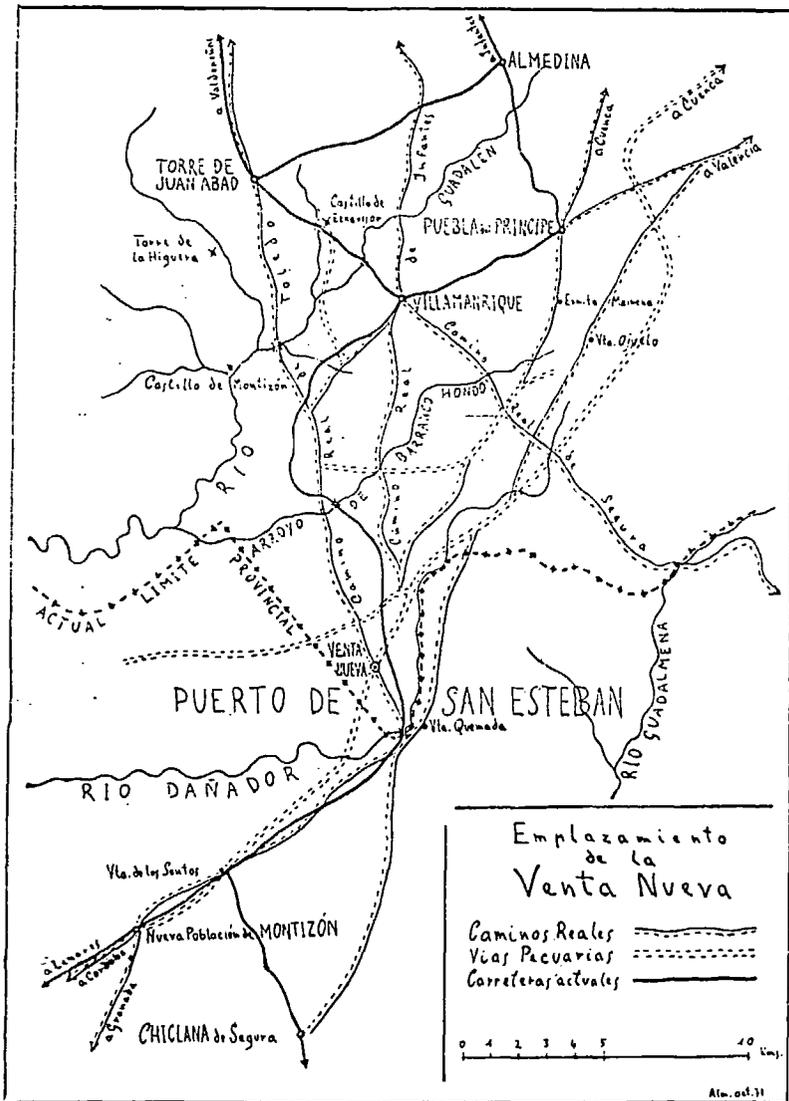
**LA VENTA NUEVA DEL TERMINO
DE VILLAMANRIQUE**

por

Ildefonso Prieto García-Ochoa

Vicente López Carricajo

Manuel Corchado Soriano

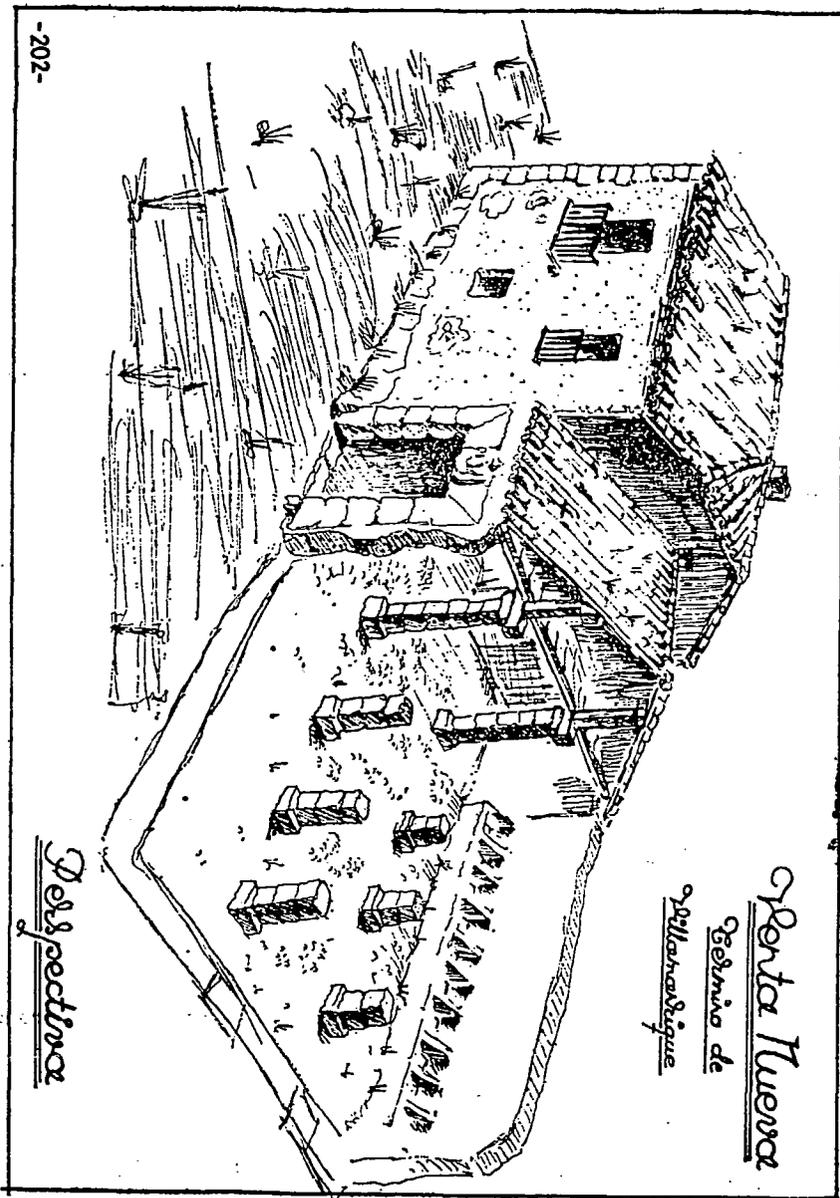


Esta antigua venta, conocida con el nombre de Nueva desde cuando fué construída, se encuentra enclavada en el límite meridional de la provincia de Ciudad Real y término municipal de Villamanrique, dentro de la demarcación histórica conocida por Campo de Montiel, uno de los que dependieron de la Orden Militar de Santiago de la Espada en la región de la Mancha; situada sobre un paso natural que fué utilizado desde la antigüedad, y en el que todavía subsiste la vía pecuaria llamada Vereda de Serranos, que discurre desde Cuenca hasta Andalucía, queda a muy corta distancia de la carretera local entre Villamanrique y Montizón, ya este último dentro de la provincia de Jaén.

La Sierra Morena que separa Andalucía de La Mancha, tiene pocos pasos que estén modernamente utilizados por vías de comunicación de cierta importancia, ya que el de Despeñaperros absorbe la casi totalidad del tránsito; sin embargo, con anterioridad a las obras realizadas en dicho paso en la segunda mitad del siglo XVIII, y que lo hicieron practicable con cierta comodidad para hacer pasar el Nuevo Camino Real de Andalucía, otros varios pasos tenían igual o superior categoría en su utilización, por lo que por ellos cruzaban caminos reales, y existían numerosas ventas para albergue de los viajeros, en el necesariamente lento transporte de las pasadas épocas (1).

Entre estos pasos destacaba por su importancia el Puerto de San Esteban, por el que desde la antigüedad cruzaba la más importante vía de la dominación romana en la península, comunicando la Bética con la Tarraconense y con Roma, según se ha podido comprobar con el hallazgo de los Vasos Apollinares, efectuado en el balneario de Vicarello, en Italia, en los que figura grabado el itinerario seguido desde Gades a Roma con las mansiones de parada y la distancia en millas entre ellas, lo que hace que esta vía sea la única entre las romanas que podemos conocer con seguridad, y comprobar su itinerario con más garantía, quedando pocas dudas de su identificación sobre el terreno (2).

1. Corchado y Soriano, Manuel. Pasos Naturales y Antiguos Caminos entre Jaén y La Mancha. Bol. Estudios Giennenses, Jaén 1968.
2. Corchado y Soriano, Manuel. Estudio sobre las Vías Romanas entre el Tajo y el Guadalquivir. AesPA, Vol. 42, M. 1969.



En posteriores civilizaciones el abandono de las vías romanas no parece que fuera total, pues existen referencias de su utilización por los visigodos, e incluso es probable que fuera por este paso por el que los árabes asaltarán la meseta, continuando sobre ella, ya sin obstáculo orográfico alguno, a la conquista de Toledo, capital de aquella monarquía (3); posteriormente no existen fuentes que nos hablen de esta vía durante la dominación musulmana, pero es probable que la continuaran utilizando de manera muy preferente, como parece atestiguar la construcción en esta época del importante castillo de Eznavéjar, que domina este paso.

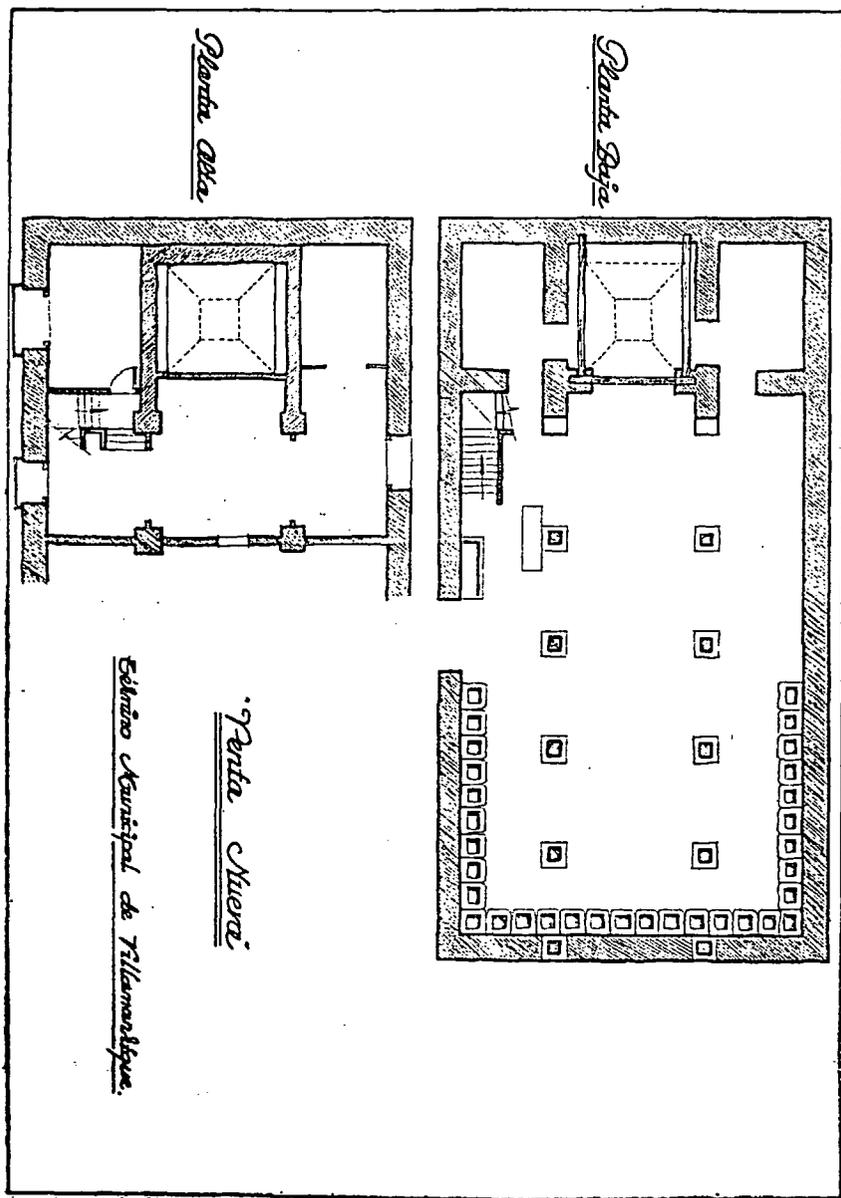
Vuelve a utilizarse esta ruta en todas sus posibilidades después de la reconquista, en que la antigua vía romana renace en el camino real de Andalucía a Valencia, y coincide para el cruce de este paso con otro camino real de Toledo a los territorios de Segura y Cazorla, que posteriormente se utilizaría hasta Granada; en el punto donde confluyen estos dos caminos reales se haría necesaria la existencia de una venta, y así surgió ésta en fecha no comprobada.

Con el nombre de Venta del Villar, o del Villar de Cecilia, lo que sugiere la existencia de ruinas antiguas, figura en mapas del XVI, y en numerosos documentos referentes a la encomienda de Segura, de la Orden de Santiago, a la que pertenecía, así como los derechos de Borrás, Roda y Portazgo, que en ella se cobraban a los que pasaban con mercancía o ganados, aplicando estos ingresos al sostenimiento de la propia venta (4); estos derechos probablemente fueron establecidos cuando la reconquista de estos territorios en el siglo XIII, anteriormente a la fundación de la encomienda de Segura, a la cual fueron asignados, por lo que para la efectividad de los mismos se haría necesario el establecimiento de un puesto de vigilancia y cobro, que indudablemente fué el origen de la venta, y también de que a ella se aplicaran estos ingresos para su sostenimiento.

Posiblemente en los últimos años del siglo XV, o principios del XVI, en que en toda Castilla pero más particularmente en las rutas que conducían a Granada, entonces recién incorporada a la civilización cristiana, se favoreció la construcción de ventas en despoblado por varias Reales Pragmáticas, una primera edificación formal se elevaría ya en este sitio, que sería la que figura en los mapas del XVI, y se inventaría como «Venta del Villar, en el camino de los carros, en el puerto de Sierra Morena, de Andalucía

3. Saavedra, Eduardo. Estudio sobre la invasión de los árabes en España. M. 1892.

4. A H N, Consejo Ordenes, Santiago, Legajo 4469.



a Madrid», como perteneciente a la encomienda de Segura, la que tenía unos beneficios de treinta mil maravedíes anuales en 1575 (5).

Indudablemente este primitivo edificio debía encontrarse casi arruinado a principios del siglo XVII, siendo comendador de Segura don Gómez Suárez de Figueroa, tercer duque de Feria, el que decidiría reconstruirla totalmente, lo que efectuó en el año 1617, según consta en la piedra dintel de su portada, junto con el escudo de armas del comendador, siendo entonces lógicamente calificada de venta nueva, y habiéndose sustantivado por un continuado uso quedó ya con este nombre de Venta Nueva hasta nuestros días.

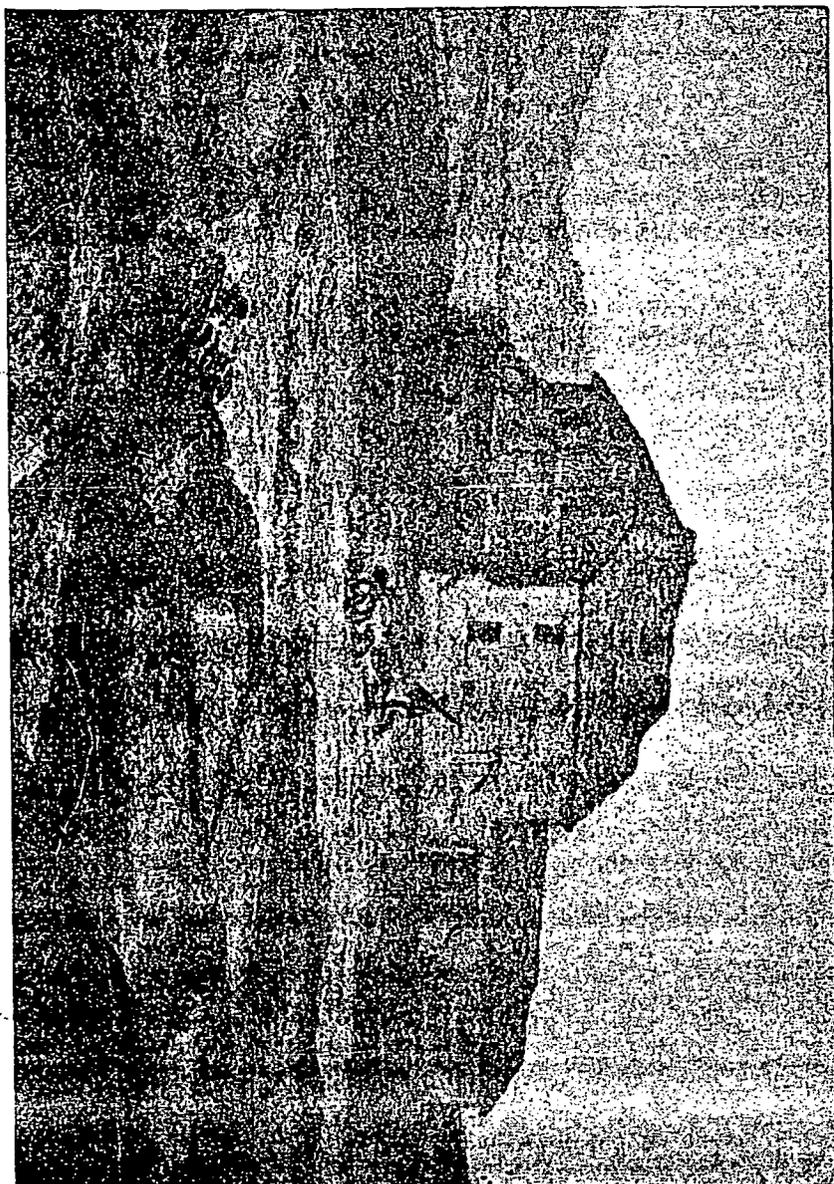
Este constructor de la venta, cuyas armas han quedado unidas a su obra, poseyó la encomienda desde 1610 a 1634, y era hijo de Lorenzo Suárez de Figueroa e Isabel de Mendoza, si bien en el escudo labrado figuran los blasones de Figueroa y Córdoba, bajo corona ducal, procediendo el segundo de su bisabuela Catalina Fernández de Córdoba, marquesa de Priego, que casó con Lorenzo Suárez de Figueroa, tercer conde de Feria, descendiente directo del 33º maestre de Santiago (1387-1409), de sus mismos nombre y apellido (6).

No muchos años después de construída esta venta nueva, tuvo que ser comtemplada por el rey Felipe IV, y su numeroso acompañamiento, al desfilar frente a ella con ocasión de su viaje a Andalucía en febrero del año 1624, a su paso entre Torre de Juan Abad y Santisteban del Puerto, no constando pararan en ella (7); de este viaje conocemos la jocosa crónica escrita precisamente por el entonces señor de la Torre de Juan Abad, pueblo donde durmieron la noche anterior los viajeros, pero desafortunadamente no menciona la venta (8).

Por contraste, en este mismo siglo otro ilustre viajero con numeroso séquito, el Gran Duque de Toscana Cosme de Médicis, llegaría a pernoctar en ella el 3 de diciembre de 1668, también en su viaje desde la corte hacia Andalucía, y gracias a este acontecimiento excepcional para la Venta Nueva, contamos con una documentación testimonial sobre ella, tanto gráfica como literaria, del más alto valor (9).

De este viaje se conservan dos crónicas en las cuales se des-

5. Relaciones Topográficas de Torre de Juan Abad (T.º 3, Fol. 416 vuelto y sig.).
6. Salazar y Castro, Luis de. Los Comendadores de Santiago. M. 1949.
7. Herrera y Sotomayor. De la Jornada que S. M. hizo a la Andalucía.
8. Quevedo y Villegas, Francisco de. Carta al Marqués de Velada escrita en Andújar el 17 feb. de 1624.
9. Sánchez Rivero, Angel. Viaje de Cósime de Médicis por España y Portugal. M. 1930 (pág. 166).



cribe sumaria pero suficientemente la venta, de una de ellas se conoce su autor Magalotti, y la otra es identificada por el nombre de manuscrito Corsini; más excepcional es el documento gráfico consistente en una acuarela de un solo color, de la que sabemos fué su autor Pier María Baldi.

La Relación Oficial del Viaje, por Lorenzo Magalotti, nos describe la venta como «una pobre casa, mandada construir no hace mucho tiempo por caridad a los viajeros», la cual comprendía «dos míseras habitaciones en alto, otra en bajo, pajar y entrada que sirve de cocina, en frente de una gran nave donde pasaron aquella noche mezclados, con igual suerte, personas y animales.»

El desconocido autor del manuscrito Corsini añade que «apenas hubo para S. A. una cámara que amenazase menos ruina que el resto», y que el acompañamiento tuvo que pasar la noche sobre tablas, o en el suelo sobre paja, no pudiendo tener reposo alguno por el ruido que hacían las bestias al comer y la incomodidad del sitio.

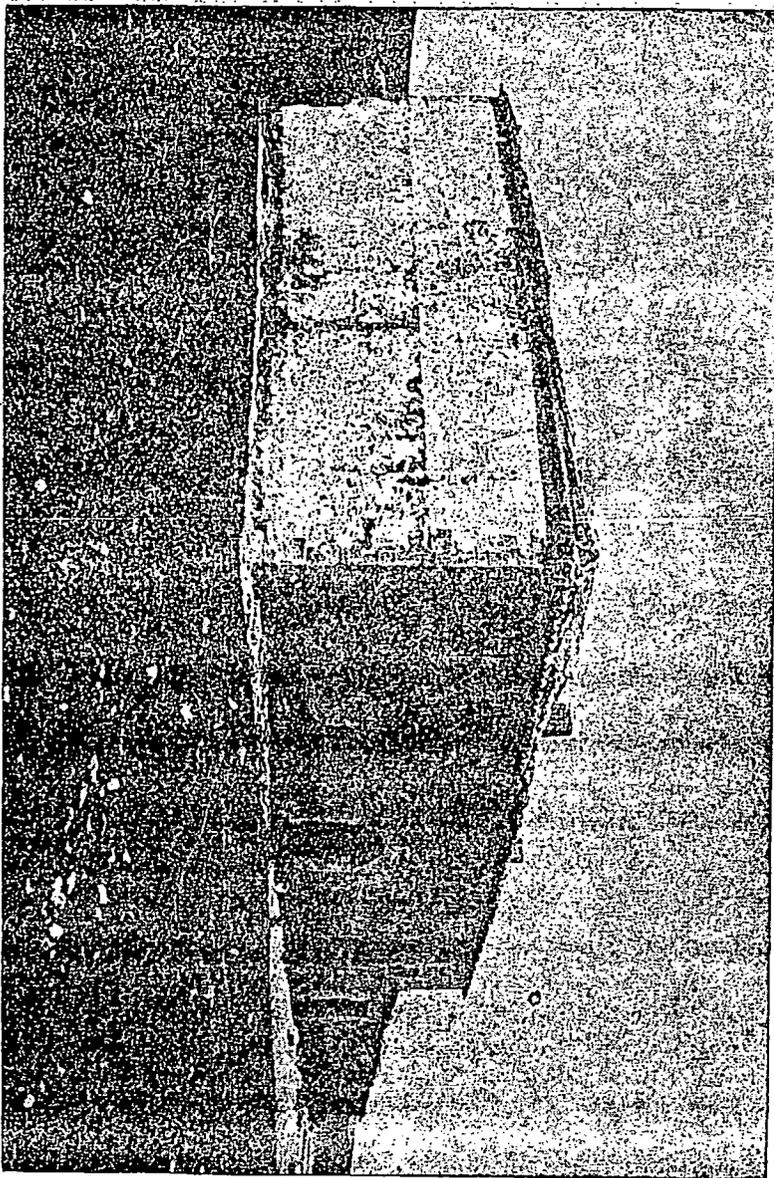
La acuarela de Baldi es un paisaje en que aparece el edificio de la venta en primer término, mirándolo desde su ángulo S O, rodeado de un contorno desarbolado y pedregoso, por el que cruza un cazador con dos perros; el edificio, que contaba entonces 51 años, no aparenta la ruina a que alude el anónimo Corsini, notándose los dos cuerpos diferenciados de que consta desde su construcción, uno más bajo y largo, de una planta, en el que está situada la portada, y que corresponde a la gran nave de cuadra, y otro de dos pisos en el que estarían las dos míseras habitaciones en alto de que habla Magalotti, y que serían las que habitara el Gran Duque aquella noche (10).

Posteriormente, y también contemporáneos de los anteriores hechos, siguen existiendo testimonios de la existencia de la venta en los documentos de la Orden de Santiago, pues figura en las tomas de posesión de los sucesivos comendadores de Segura, en las que se suele describir sumariamente (11), consignándose en algunas de ellas las reparaciones necesarias que tuvieron que irse efectuando a lo largo de su dilatada vida; sin embargo, no parece constar documentalmente la ampliación de su cuerpo alto, hacia el poniente, que se aprecia claramente en el examen de su construcción, y también por comparación entre la acuarela del XVII y su estado actual, pero lo más probable es que fuera realizada en el siglo XVIII, dadas sus características.

Más modernamente, a principios del siglo XIX, fué este paso activamente utilizado durante la Guerra de la Independencia, exis-

10. Schez. Rivero (Op. Cit.). Lámina 26 inferior.

Fotografía actual, análoga a la acuarela del siglo XVII, notándose la edificación ampliada hacia el poniente (izq. de la foto)

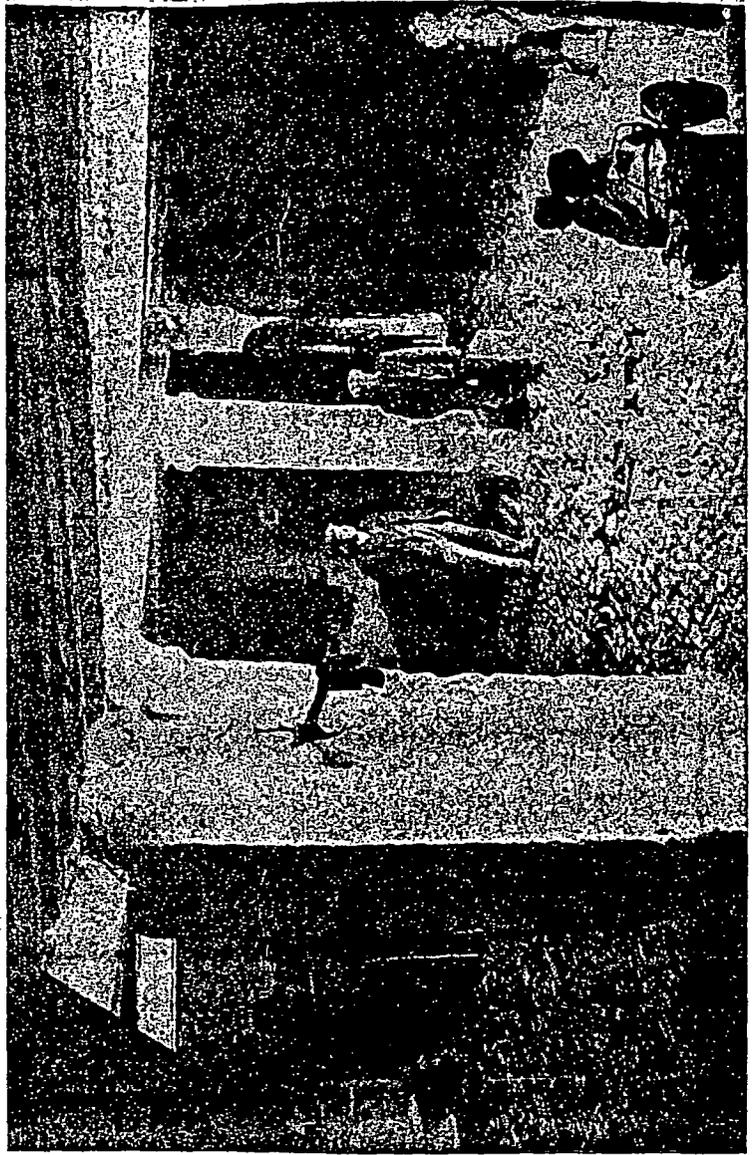
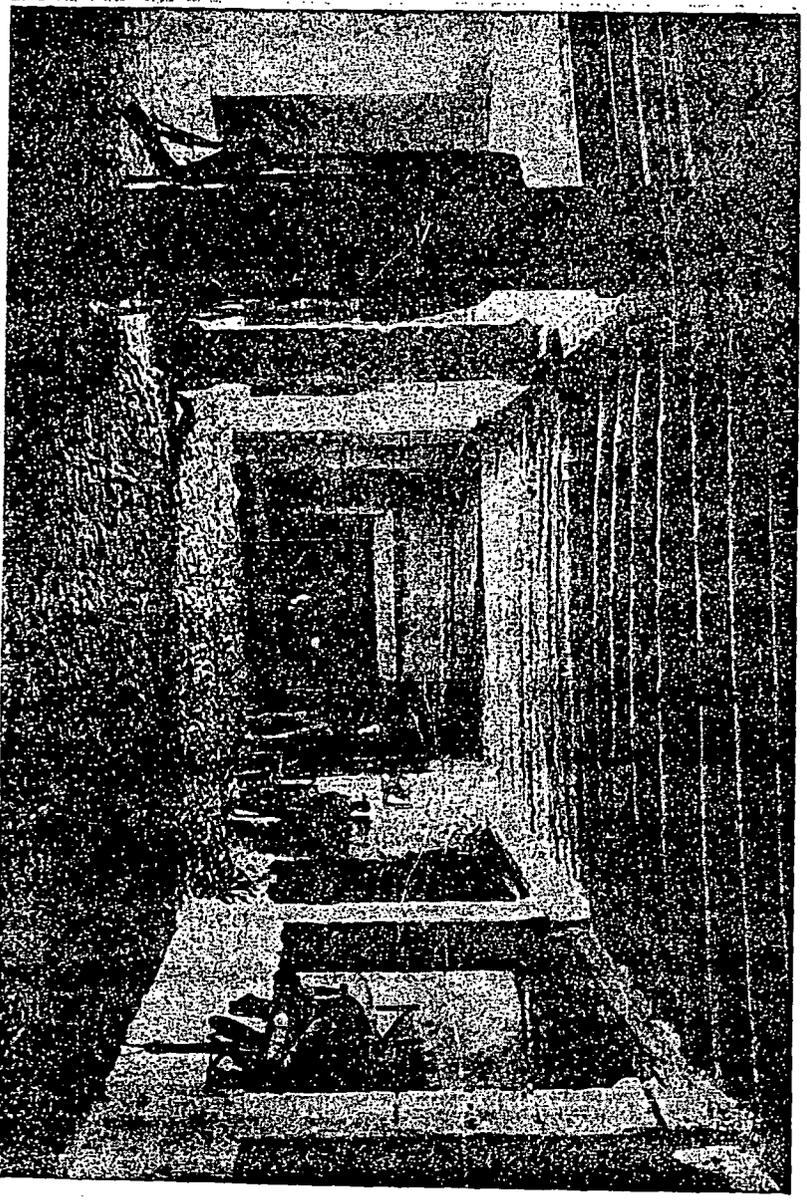


tiendo todavía restos de las defensas con que se intentó detener el paso de los franceses invasores en el sitio de Barranco Hondo (12); también hay testimonio de actividades bélicas en estos mismos lugares, lo que demuestra su permanente vigencia en determinadas circunstancias, cuando las guerras civiles dinásticas del pasado siglo (13); asimismo, parece indudable que, probablemente en esta misma época, el edificio de la venta comenzara a ser utilizado como casa de campo, sin dejar por ello de seguir sirviendo secundariamente como albergue de traganantes, y gracias a este nuevo empleo no sufrió la destrucción característica de todas las antiguas ventas, por lo que no existe ninguna completa en la actualidad, salvo este notable ejemplar que se ha podido conservar hasta nuestros días; por otra parte la escasez de otras más modernas vías de comunicación, sobre el antiguo camino real de Andalucía a Valencia, han ocasionado una utilización persistente de esta ruta, sobre todo por el tráfico arriero, el cual ha seguido funcionando con el transporte de cierto tipo de mercancías hasta hace muy pocos años, lo que ha conservado la utilización de caminos y ventas apartados, que eran para ello necesarios.

La llamada Venta Nueva se encuentra apartada, pero muy próxima a carretera, y en medio de una vía pecuaria aún vigente; su edificación es de sólida mampostería con las esquinas de sillería, siendo, asimismo, de grandes sillares labrados el portón de entrada, cuya piedra dintel de una pieza está decorada con las armas de su constructor y la fecha 1617; asimismo, están formados por sillares los doce pilares cuadrados que sustentan la cubierta de la gran cuadra, los que la dividen en tres naves a la larga; frente a la de entrada existe la escalera que lleva a los altos, y en la central sub-

11. A H N, Concejo Ordenes, Legajos 4469 y 4908. De 1731 es el siguiente testimonio sobre la estructura de la Venta, su reparación y coste: «Reconocimiento para posesión..., pasaron a Sierra Morena y en el sitio del Villar de Ceilla, jurisdicción de Villamanrique, reconocieron la venta que esta encomienda tiene en dho sitio, que llaman oy la venta nueva, la qual nezesita de diferentes reparos como son Pesebres, y hechar dos rodillos, y otros en la cavalleriza, y aderezar los poios de la cocina, y una rafa en la parte de adentro de nueve varas de largo y una de alto, hacer dos estribos de tres varas de alto y dos y media de ancho en la pared del sol saliente, y una rafa acompañada a la parte de la esquina del norte, una quiebra en la esquina del sol de medio día, otra rafa en la entrada a la izquierda de la puerta principal, como asimismo otra a la parte de avajo de la puerta, y otros cuatro rollizos en los costados de la chimenea, doce tablas, retejar los tejados y hacer una cadena al sol poniente, y otros reparos, que todos proceden de hasta siete años a esta parte, y para dejarla en todo corriente se han de gastar, y en levantar el quadro de la chimenea, de materiales y manufactura, mil y ciento treinta y dos reales».

Vista de la parte central de la gran nave, con la cocina al fondo y la portada de ingreso a la izquierda



Otro interior de la gran nave tomado desde la escalera de acceso a los altos, notándose a la derecha la entrada

siste la gran campaña cuadrada, rodeada de anchos pozos, bajo la que se sigue encendiendo el fuego.

Enfrente de la entrada, y a corta distancia, existe un somero pozo con brocal cuadrado de mampostería, que continúa suministrando el agua a los actuales habitantes; el paisaje del contorno en nada se diferencia del que aparece en la acuarela del siglo XVII, ausente de cultivos y de arbolado a causa de la escasa capa de suelo vegetal que lo cubre.

El estado actual de este monumento histórico, cuya excepcional categoría puede comprenderse, se refleja en los documentos gráficos unidos; las cambiantes circunstancias, por las que la economía rural está actualmente atravesando, pueden determinar su inmediato abandono y destrucción, haciendo desaparecer un testimonio documental irremplazable, del que no existen otros ejemplares análogos (14).

-
12. Madoz, Pascual. Diccionario Histórico... M. 1847.
 13. Madoz (Op. Cit.) y otros diccionarios del XIX.
 14. Una primera noticia y fotografías sobre este monumento figuraron en la Op. Cit. Pasos Naturales... ((Jaén 1968); posteriormente fue redactado un informe para la Deleg. Provincial del Ministerio de Información y Turismo, consecuente a la visita que varios numerarios de la Comisión Prov. de Monumentos, por acuerdo de la misma en 25 feb. 1970, hicieron a la Venta en el mes de mayo de dicho año; este informe fue publicado en el diario «Lanza» de Ciudad Real el 23 ago. 1970; por otra parte, la Com. Prov. de Monumentos se dirigió por carta al actual propietario de la venta, D. Antonio Gómez Jiménez, director de la sucursal de la Caja de Ahorros de Ronda en Santisteban del Puerto, prov. de Jaén, solicitando su colaboración.